

Jacques-Alain Miller

EL HOMBRE DE LOS LOBOS

UN SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN
PSICOANALÍTICA



Título original: *L'homme aux Loup*

© La Cause freudienne, 2009.

© de la traducción: Margarita Álvarez, Carmen Ribés y Adolfo Jiménez, 2011.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: GEBO491

ISBN: 9788424938048

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

PRÓLOGO

I. SITUACIÓN DEL PROBLEMA

II. EROTISMO ANAL, CASTRACIÓN, PARANOIA

III. EL MUNDO OCULTO POR UN VELO

IV. DISCUSIÓN CLÍNICA

V. EL FALO Y EL PADRE

VI. LA MULTIPLICIDAD DE LOS PADRES

VII. CONFIGURACIÓN (I)

VIII. CONFIGURACIÓN (II)

IX. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (I)

X. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (II)

XI. FREUD Y LA FORCLUSIÓN

XII. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (III)

XIII. EL HOMBRE DE LOS LOBOS EN «INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y
ANGUSTIA»

NOTAS

PRÓLOGO

LAS LECCIONES DEL HOMBRE DE LOS LOBOS

por
ANTONI VICENS

En febrero de 1910, llegó al despacho de Sigmund Freud un joven ruso, nacido en la actual Ucrania, llamado Serguéi Konstantínovitch Pankéyev. Provenía de una familia de ricos agricultores, y viajaba por Europa con un médico personal en busca de un tratamiento para su enfermedad. Según Freud, aquel hombre, que tenía veintitrés años, era, desde los dieciocho, un inválido, «una persona completamente dependiente e incapaz para la existencia». Se había hecho tratar por médicos de renombre, como el neurólogo Vladímir Bechterev en San Petersburgo, Theodor Ziehen, psiquiatra y neurólogo en Berlín, Emil Kraepelin en Múnich, y Moshe Wulff en Odessa. Durante su estancia en el sanatorio de Kraepelin conoció a la que sería su esposa, Teresa Keller, con la que se casó al término del primer tratamiento con Freud, y que se suicidó en 1938. Freud tuvo en análisis a Serguéi Pankéyev hasta el verano del 1914, cuando volvió a Ucrania para terminar sus estudios de Derecho, que había comenzado durante su estancia en Viena. Unas semanas después estallaba la Primera Guerra Mundial.

Freud redactó el caso del que llamó Hombre de los lobos entre 1914 y 1915, poco después de la ruptura con Jung y Adler, de la que había dado cuenta en su escrito «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico», compuesta en los primeros meses del 1914. El caso del Hombre de los lobos es el último de los grandes casos publicados por Freud, y sin duda relata uno de los tratamientos más largos que realizó.

Al acabar la Primera Guerra Mundial, Serguéi Pankéyev regresó a Viena, donde volvió a tratarse con Freud durante unos meses. En esa ocasión, algo importante había cambiado: ya no era el rico heredero de una hacienda, sino un hombre pobre, a quien la Revolución rusa había desposeído de sus propiedades. Freud le ayudó económicamente, con la contribución de sus discípulos, durante algunos años. Serguéi Pankéyev se quedó

a vivir en Viena, donde encontró un modesto empleo en una empresa de seguros. Entre octubre de 1926 y febrero de 1927 fue tratado, por indicación de Freud, por Ruth Mack Brunswick, quien durante los años siguientes se ocuparía de él de manera intermitente. A partir de 1938, tras la muerte de su esposa, se encontró ocasionalmente con la psicoanalista Muriel Gardiner, y mantuvo una correspondencia con ella, quien consideraba que no tenía en absoluto la categoría de un tratamiento; pero lo incitó a escribir sus memorias, que serían publicadas en 1971. En 1955 fue internado en un sanatorio neurológico durante tres semanas. Luego visitó con una cierta asiduidad a algún psicoanalista. Además, durante más de veinte años, Kurt Eissler, que vivía en Nueva York, aprovechaba las vacaciones de verano para visitar Viena, donde mantenía unas «conversaciones psicoanalíticamente dirigidas» con Serguéi Pankéyev. Entre 1974 y 1976, una periodista austriaca, Karin Obholzer, mantuvo una serie prolongada de entrevistas con aquel hombre que contaba ya ochenta y seis años, en las que habló de su vida, su enfermedad y sus relaciones con Freud y con el psicoanálisis. Estas entrevistas fueron recogidas en un libro, publicado en 1980, tras su muerte. En el verano de 1977, Serguéi Pankéyev sufrió un colapso debido a trastornos circulatorios; fue ingresado en el hospital psiquiátrico de Viena, donde murió casi dos años después, con más de noventa años.

En el relato del caso del Hombre de los lobos, Freud quería mostrar los resultados obtenidos en la búsqueda de algo nuevo sobre la neurosis infantil, a partir de su observación en el adulto. Si la neurosis infantil es el núcleo de la neurosis adulta, su rememoración o su reconstrucción es entonces una pieza fundamental en trabajo psicoanalítico. Por eso Freud dio a su escrito el título «De la historia de una neurosis infantil», para subrayar que el tema fundamental de todo el relato del caso es la descripción minuciosa de los contenidos de esa neurosis infantil, entendida en términos de sexualidad. Para Freud era un principio fundamental la existencia de una sexualidad infantil; sin ella no se podría establecer conexión alguna entre ese núcleo de neurosis infantil y la neurosis actual. La posibilidad misma del tratamiento psicoanalítico se disolvería sin esa conexión, bien establecida por los mecanismos del inconsciente y la repetición. En la ruptura de Jung y Adler con el psicoanálisis fue un elemento crucial que ellos no aceptaran esa exigencia clínica.

El principio es pues que, en la neurosis infantil, como modo infantil de tratar la sexualidad, aparecería lo esencial de la neurosis, sin las estratificaciones sintomáticas posteriores. Esta premisa guía el ahínco de Freud en el tratamiento del Hombre de los lobos: en el relato del paciente quiere encontrar datos sobre esa vida sexual infantil, tal como lo había conseguido en el caso de Juanito, que, por decirlo así, estaba aún en el lugar de los hechos. De este caso difícil, Freud espera un mejor esclarecimiento: en efecto, el adulto puede hablar mejor que el niño de la sexualidad, pues éste sólo se refiere a ella de manera muy parcial. Y, aunque podríamos objetar que también el adulto habla de modo deformado y parcial de su vida sexual infantil, el trabajo del psicoanálisis, con el recurso de la interpretación y la transferencia, ha de permitir levantar una censura que siempre fracasa por ser demasiado interesada y, con ello, recuperar el núcleo de verdad del relato. Tendríamos entonces la misma articulación que establecemos entre el síntoma, que es el producto de las sucesivas estratificaciones superpuestas a esa verdad deformada, y el fantasma, donde la verdad encuentra un límite: no tanto el de los hechos como el de la paradoja que da soporte a la fantasía inconsciente.

Es primordial entonces atender al hecho de que Freud considera que el Hombre de los lobos, que había sido diagnosticado por los psiquiatras de «locura maníaco-depresiva», era un neurótico obsesivo mal curado. En todo caso, el depresivo era el padre del paciente. Así las cosas, el núcleo infantil de la neurosis obsesiva del Hombre de los lobos era una zoofobia, que posteriores y complejos avatares habían transformado en un síntoma tan grave que dejaba al paciente en estado de invalidez.

El del Hombre de los lobos es un análisis largo; y durante los primeros años no hay casi ningún cambio. Por alguna razón no había prisa, mientras el paciente mantenía, durante tiempo, «una postura inabordable de dócil apatía». Era, dice Freud, como si la inteligencia estuviese cortada de las fuerzas pulsionales. Quizás presentaba las dificultades del tratamiento de un hombre rico, que no tenía prisa por ponerse a trabajar. Entonces Freud emprendió una cierta tarea educativa, con el objeto de eliminar el horror de ese sujeto a una existencia autónoma. Gracias al prestigio que daba soporte a la transferencia, Freud consiguió algunos efectos terapéuticos, como la terminación de los estudios de Derecho, al cabo de los cuales Pankéyev obtuvo el título de doctor. El caso de su matrimonio es un poco más complicado, pero sin duda se puede poner también en el registro de la emancipación del paciente.

Al Hombre de los lobos su familia no le había ayudado mucho, salvo en lo referente a

la riqueza. Vivían en dos grandes fincas rústicas, una en verano y otra en invierno, cerca de Jersón, a orillas del mar Negro, en Ucrania, país entonces fronterero del Imperio austro-húngaro. Su madre padeció de continuas afecciones abdominales, lo que fue pretexto para ocuparse muy poco de sus hijos; intentó suplir esa ausencia con la niñera (la famosa ñaña), la institutriz, etc. Recordemos que el recuerdo más antiguo del Hombre de los lobos se refiere a las quejas de su madre. Su padre tenía «ataques de mal humor», o depresiones, que lo llevaban a ausentarse frecuentemente de casa. Su hermana, dos años mayor que él, se suicidó con veneno a los veinte años, diagnosticada de demencia precoz.

La redacción que dejó Freud del caso es compleja y tortuosa; pero como siempre sucede en sus escritos, lo que se puede extraer de ellos es mucho más de lo que encontramos en cualquier otra narración. Freud escribe sin censura, sin intentar aparentar nada, y haciendo de su texto un acontecimiento. La posición de enunciación es siempre clara y deducible, y permite situar su escrito como algo vivo, donde nunca agotamos la significación. Por eso siempre podemos hacer nuevos hallazgos de un saber clínico inigualable. Así es como Lacan nos enseña a leer a Freud, buscando el agalma de su deseo, y haciendo de esta búsqueda un ejercicio fundamental en la formación de todo psicoanalista.

En 1952, Jacques Lacan dedicó un seminario al Hombre de los lobos, de cuyo contenido sólo nos han llegado unas notas tomadas por uno de sus oyentes. Pero en su enseñanza encontramos numerosas referencias a este caso, y en particular algunos hallazgos conceptuales que otros lectores de Freud habían dejado de lado. Durante el curso de 1987-1988, el *Séminaire d'études approfondies*, en el marco del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII, dedicó una serie de sesiones al caso del Hombre de los lobos, dentro de un amplio debate sobre la clínica diferencial de la neurosis y la psicosis. De esas sesiones proviene el material que presentamos en el presente volumen.

Pero antes volvamos por un momento al texto de Freud, a fin de vislumbrar la orientación lacaniana en la lectura del caso. Como decíamos, una fobia infantil a los

animales parece el síntoma más claro de su neurosis infantil. Pero enseguida empiezan a aparecer las dificultades: la cronología del caso es difícil de establecer, y siempre lo será. Observemos que éste es el único caso en el que Freud, para aclarar las cosas, añade una nota en la que intenta establecerla numéricamente y de manera ordenada. También existen otros síntomas infantiles, como el miedo al padre o los cambios de carácter, que resultan tan enigmáticos como su aparición y desaparición, aparentemente incausada.

En su insistencia en hallar la estructura de una neurosis obsesiva, Freud busca el elemento diferencial, que es, según el modo clásico que él mismo había establecido, el haber sido sujeto pasivo de una seducción en la infancia. ¿Quién fue entonces el agente de esa seducción? Quizás lo fuera la institutriz, o quizás la hermana. Entonces Freud emprende un trabajo de arqueólogo, en el que intenta suplir con ficciones las lagunas de la rememoración o del razonamiento clínico. Lo que echa en falta repetidamente es el complejo de castración, es decir, el complejo de significantes que remitan de manera inequívoca a la significación fálica. Es en esta búsqueda donde el sueño, ocurrido hacia los cuatro años del sujeto, de los lobos, o zorras, o perros, ocupa un lugar preeminente. Freud recorre todas las cadenas asociativas a las que invita ese sueño, hasta encontrar en su núcleo significativo el relato de una escena originaria: un coito reiterado de sus padres, del que el Hombre de los lobos habría sido espectador en su primera infancia. Fue precisamente del análisis de este sueño de donde Lacan extrajo el término de *nachträglich*, de efecto retardado, sucedido retroactivamente, que Freud aplica al tiempo de comprensión de este sueño, y que para Lacan corresponde a la temporalidad propia de todo proceso de significación.

En su lucha por esclarecer el caso desde la lógica de la neurosis obsesiva, Freud atiende a diversas manifestaciones sintomáticas que apuntan en este sentido, como las que parecen generadas por significaciones religiosas, o las que responden a un goce anal, o a la relación del sujeto con la mujer a partir de un fantasma organizado por la representación de un coito *a tergo*. Pero existen otros fenómenos que parecen escapar del todo a esa lógica. En particular, es lo que sucede con la fantasía del sujeto de que el mundo está escondido tras un velo que se desgarró cuando, gracias a las lavativas administradas por su criado, puede defecar. A pesar de las apariencias, la significación anal no es ahí definitiva, entre otras cosas porque el sujeto mismo da cuenta de que, con la disipación de ese velo, quedó un sentimiento de crepúsculo del mundo «y otras cosas inconcebibles [*ungreifbar*]».

Y es en el curso de la argumentación sobre este síntoma que Freud se ve forzado a introducir un concepto a cuya importancia nadie, antes de Lacan, había prestado atención: el de *Verwerfung*, traducido por José Luis Etcheverry como «desestimación» y para el que Lacan procuró la versión francesa de *forclusion*, que se ha ido imponiendo también en castellano. Más precisamente, Freud recurre a ese término para resolver la contradicción lógica que se establece entre dos términos, de un lado la identificación femenina del sujeto y del otro la angustia de castración. Tal como se expresa Freud, el sujeto «forcluyó lo nuevo [...] y se atuvo a lo antiguo», para precisar, unas líneas más abajo, que «una represión [*Verdrängung*] es algo diverso de una forclusión [desestimación, *Verwerfung*]». Unas páginas más adelante, Freud precisa aún: «Cuando dije que la forcluyó [desestimó], el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella siguiendo el sentido de la represión». La represión, en efecto, es aquí un modo de saber para el inconsciente, aunque sea poniéndolo bajo el signo de la negación. Es decir, la represión equivale al saber en el inconsciente. Bien diferente de esto es otro modo de no saber para el inconsciente, la forclusión, según la cual el inconsciente no sabe nada, ni siquiera bajo el signo de la negación. Las complejas explicaciones freudianas se aclaran entonces con la distinción rigurosa de estas dos relaciones del inconsciente con el saber: represión como saber admitido con la marca de la negación, y forclusión como saber «mandado a paseo», como ironiza Lacan, es decir, como si no hubiera existido jamás.

Una vez formulada esta explicación, Freud aplica esta lógica a un fenómeno que no dudamos en calificar de «elemental»: la alucinación del dedo cortado, que, por más que Freud lucha por encajar en su argumentación sobre la neurosis infantil, aparece con las características de algo singular y totalmente descontextualizado. El texto mismo de Freud, su manera de puntuarlo y de cambiar de tema, muestra algo de la lógica del concepto de forclusión. La cual podemos atribuir tanto al contenido de la alucinación como a la soledad en la que el niño de cinco años acoge esa vivencia. Y también como desligado de toda cadena asociativa surge el recuerdo del batido de las alas de la mariposa negra y amarilla. Si bien esas alas que se abren y se cierran remiten al sexo femenino, más allá escriben la letra V, o mejor a la cifra romana V del reloj, pues aquella letra no existe ni en el alfabeto ucraniano ni en el ruso. Esa cifra, asociada por Freud a la aparición y desaparición del pene del padre en el coito, pero que puede ser tomada en su valor de trazo, o rasgo, o rastro de goce, es lo que sobrenada en el relato de la escena originaria.

Añadamos, para concluir el tema de esa escena originaria, la observación de Freud de que el sujeto no mantenía una relación sólo de fijación con ella, sino además de «arrebato» [*gebannt*].

Ruth Mack Brunswick recogió en su artículo de 1928 el análisis de algunos síntomas del Hombre de los lobos, especialmente un agujero producido en la nariz por un grano y la certeza de que todo el mundo miraba ese agujero, para concluir con un diagnóstico de «paranoia de tipo hipocondríaco». Según Brunswick, la idea hipocondríaca sería solamente una pantalla tras la cual estarían las ideas delirantes persecutorias. En su argumentación añade también el carácter parcial de su delirio (en el sentido clásico de la paranoia), los cambios de carácter, la ausencia de alucinaciones, el delirio de grandeza y un «empuje a la mujer» bien manifiesto en el goce de la mutilación. De este goce da Brunswick manifestaciones clínicas, como la misma alucinación del dedo cortado en la infancia, u otras posteriores, como la vivencia de éxtasis cuando vio correr la sangre en la operación en la que el médico le extirpó la glándula infectada de la nariz, o el detalle del gesto feminizante del sujeto cuando se saca repetidamente un espejo del bolsillo para empolvase la nariz.

Para Jacques-Alain Miller, la introducción del término «forclusión» indica que ya para el mismo Freud el Hombre de los lobos no es un neurótico como los demás. La decisión de Freud de limitar el tiempo de la cura habría sido un modo de poner definitivamente al tratamiento dentro de la lógica del no-todo: no todo será dicho, porque ya no quedará tiempo. Y precisamente eso que no entrará jamás en la palabra de la cura es, a la vez que lo más interesante, lo más difícil de objetivar. La forclusión indica un significante que no tiene significación y que, por lo tanto, no puede entrar en la lógica de la comunicación. De ahí la soledad del sujeto psicótico, remitido al acto, al delirio, a la alucinación, a todos los síntomas que toman la forma de lo que no es contextualizable. Y, añadamos, la soledad también del psicoanalista, que no puede, en curas como la del Hombre de los lobos, embaucarse con las apariencias de una comunicación, aunque fuera de inconsciente a inconsciente.

En el caso del Hombre de los lobos entonces, el orificio anal, y el fantasma de

concepción anal, no ha de ser tomado como una expresión que daría sustento a una significación fálica, por más neurótica que sea: es un evitamiento forclusivo de la castración. La prueba es que ese «no querer saber nada» de la castración consueña perfectamente con las dificultades del Hombre de los lobos para entenderse de algún modo con su pene.

La pregunta freudiana sobre la castración es si debemos encontrar su causa en el padre. La pregunta lacaniana, en cambio, es si esa causalidad se puede extender a la significación: ¿es el significante la causa del significado? Si lo admitimos, podemos localizar fallos en esa relación, y encontrar un significante que no causa ninguna significación. Por ello Lacan traslada la pregunta freudiana sobre el padre al significante del Nombre-del-Padre. Puesto que el significado del falo sería la significación fálica o, como dice Lacan, la expresión «significación fálica» es redundante, su significante sería lo más próximo al significante sin significado. Si decimos entonces que ese Nombre-del-Padre causa la significación fálica, lo que estamos diciendo es que causa la significación como tal. La falta de este significante provocaría entonces una explosión del significado: el delirio, la alucinación, la melancolización, la hipocondría, los fenómenos elementales, etc.

Vistas así las cosas, nos podemos preguntar si todo fenómeno psicótico se puede atribuir a una causalidad en el orden de la significación paterna. ¿O basta ligar el fenómeno en sí a una forclusión de la significación misma, es decir, de la significación fálica misma? Si fuera así, podríamos distinguir dos modos de forclusión: la referida al significante del Nombre-del-Padre y la referida a la significación fálica. En este caso habríamos de incluir una consistencia no-toda de la significación, es decir, no totalizada por el significante del falo.

Jacques-Alain Miller señala que la argumentación freudiana a favor del diagnóstico de neurosis obsesiva se basa en el «debate con los temas de la religión» mantenido con el sujeto. De acuerdo, podría tratarse de las relaciones entre el significante del Nombre-del-Padre y la significación fálica causada por él. Pero ahí aparece un enigma, que muestra precisamente ese no-todo de la significación: teniendo el sujeto diez años, y tras unas conversaciones con un preceptor alemán, toda su piedad se desvaneció. Y, si bien la discusión de las interpretaciones religiosas del paciente —sobre el lugar del padre, el sacrificio, o el ritual— se prolonga a lo largo de todo el caso, en realidad se despliega entre las dos dimensiones, distinguidas por Lacan en su escrito de 1966, «La ciencia y la

verdad», de la magia y de la religión. Podemos desplazar entonces las discusiones desde el valor de causa final de un supuesto significativo paterno que operaría universalmente y de manera descifrabable al tema de la causalidad eficiente del significativo.

Miller destaca asimismo el interés del estilo de escritura del caso: no pudiendo desarrollar su forma cronológica, adopta una forma envolvente, como una reescritura de todo el caso a partir de cada detalle clínico nuevo que va introduciendo. Lo que resulta más llamativo entonces es que, en toda esa escritura freudiana que va dando vueltas en torno de un núcleo inconceptualizable, se destaca la inmensa dificultad para localizar al padre simbólico, a la vez que nunca desaparece del todo el carácter imaginario de la realidad que el sujeto describe en su análisis. Dicho de otro modo, hay tantos encuentros del sujeto con un padre, que la resultante es la inexistencia misma de ese padre. Y precisamente a partir de esta posición de un núcleo inconceptualizable, de la proliferación casi ilimitada de formaciones simbólicas, y del carácter irreal de las descripciones del Hombre de los lobos, Miller puede destacar hasta qué punto el trabajo de Lacan sobre este caso resultó fundamental para la constitución de la distinción lacaniana de lo real, lo simbólico y lo imaginario.

El seminario avanza intentando clarificar los dos órdenes de goce del sujeto, uno ligado a la forclusión del Nombre-del-Padre, y otro apoyado en el significativo, en tanto se lo puede tomar como un recorte real sobre el cuerpo. Este ordenamiento nos permite ver de qué modo Freud, llevado por su escritura, va recorriendo todas las combinaciones de estos dos elementos fundamentales con todos aquellos que podrían proporcionar una ley del goce: la oposición entre actividad y pasividad, la presunta homosexualidad del sujeto, la posición supuestamente femenina del coito anal, e incluso un atisbo de lo que sería la posición pulsional del sujeto en un exhibicionismo de sus propios malestares.

Otro tema importante es la comprensión que esperamos en la clínica psicoanalítica del complejo de castración. ¿Hay que entenderla como una feminización? ¿Como una emasculación? ¿Se trata de homosexualidad? Para responder a estas preguntas, el seminario de Miller introduce la psicosis, representada por Schreber, y la pone en un lugar de comparación con el caso del Hombre de los lobos. A partir de esa entrada en escena de Schreber, la problemática freudiana fundamental aparece bajo una luz nueva. En el horizonte se suscita la pregunta: ¿cómo hay que introducir lo genital en el inconsciente real, cuando hemos dejado a la función fálica en su lugar de elemento simbólico? O, dicho de otro modo: ¿de qué goza un padre? Y, cuando un hombre goza

de una mujer, ¿goza como padre? Para responder a estas cuestiones, ya lo vimos, la distinción entre real, imaginario y simbólico es imprescindible. A partir de esa distinción podemos distinguir el padre de la religión, el padre que goza de (todas) las mujeres, el padre de la ley, el padre que nombra, el padre real, la función paterna, etc. También así se hace funcional el concepto de forclusión (retorno en lo real de lo que fue suprimido en lo simbólico), diferenciado de la represión (retorno en lo simbólico de lo que fue censurado en lo simbólico). Si hacemos equivaler lo simbólico a la represión, entonces hemos de definir qué es forcluíble: ha de ser algo ligado a lo real de algún modo, entendiendo que ese algo real es imposible de simbolizar por naturaleza, que su dimensión simbólica es sólo parcial, o que es como la faz de algo que no tiene ningún reverso. Para entenderlo debemos establecer que hay, de un lado, lo real del discurso y, del otro, lo real del cuerpo. O, también, que hay dos tipos de agujeros, uno que puede atribuirse a la ley, y otro al cuerpo.

Como vemos, el esfuerzo de ese seminario —del que sólo evocamos aquí algún aspecto, como aperitivo— era el de adentrarse en una lógica que pueda orientarnos en la transmisión de la clínica psicoanalítica, sobre todo cuando se refiere a la psicosis. El antecedente de este esfuerzo fue la enseñanza de Lacan sobre la psicosis, que nos permite ya darnos cuenta de los gigantescos obstáculos que Freud encontraba al ponerse frente a un síntoma para el que construía, avanzando como un verdadero conquistador en un territorio nunca explorado, un tratamiento psicoanalítico.

El seminario que dirigió durante algunos años Jacques-Alain Miller tomó como objeto, entre diciembre de 1987 y marzo de 1988, el texto de Freud. En esa ocasión se trataba de preparar el Quinto Encuentro Internacional del Campo Freudiano, que debía tener lugar en Buenos Aires en julio de ese mismo año. Quienes tuvimos el privilegio de asistir aunque fuera sólo a algunas de las sesiones guardamos un recuerdo imborrable de un estilo de comentario y discusión que no dejaba a nadie indiferente. De algún modo, el texto de Freud era abordado teniendo presente todo el tiempo la lectura del escrito de Jacques Lacan «De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis» realizada anteriormente en el mismo seminario.

La fundación de la École de la Cause freudienne, realizada a comienzo de la década de 1980, había provocado un trabajo fundamental sobre el Seminario XI de Jacques Lacan,

Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis y el escrito «Posición del inconsciente», que recoge algunos de sus desarrollos. La enseñanza, orientada por Jacques-Alain Miller, giró muy a menudo durante algunos años en torno a los pares de términos síntoma y fantasma, alienación y separación, significante y objeto *a*. Este extraordinario seminario de Jacques-Alain Miller, en el que participaban muchos de los miembros más significados de esa Escuela, aún joven, emprende una discusión sobre la posibilidad de aplicar esta distinción a la psicosis. Desde este punto de vista, podemos atribuir a Freud una búsqueda, hecha bajo los términos de la sexualidad infantil, del fantasma fundamental del Hombre de los lobos. Vale decir que, ese fantasma, Freud lo encuentra a partir del sueño fundamental de los lobos. Pero ¿era el fantasma fundamental? ¿O se trataba de una escritura freudiana de la forclusión aún no inventada? La cuestión era importante, porque en ambos casos se trata de la inclusión de lo real en la clínica. Síntoma y fantasma, en una primera lectura del seminario XI y de «Posición del inconsciente», pueden entenderse como dos modos de encaje de lo simbólico y lo imaginario: la alienación al significante en el síntoma, y la separación de un objeto, el objeto *a*, descrito como real, bien delimitado por un axioma simbólico fundamental para el sujeto, e incluido en la organización imaginaria que es, a fin de cuentas, el fantasma. De ahí la doctrina del fin del análisis como travesía del fantasma, entendamos su trayecto hasta el borde del *maelstrom* que representa ahí lo real. Pero el caso del Hombre de los lobos nos enfrenta con otro problema: el objeto *a* es tomado desde su lado real, es decir, como imposible de simbolizar, y equivalente a la presencia real del psicoanalista en la cura. ¿Estaba presente Freud en el caso del Hombre de los lobos? ¿Quizás demasiado presente? ¿O quizás estuvo ausente, buscando la sexualidad infantil allí donde no organizaba nada? En cualquiera de los casos se imponía un retorno sobre lo simbólico, examinado ahora desde la psicosis. La «Cuestión preliminar» de Lacan muestra la posibilidad de que en la dimensión de lo simbólico se abra un agujero, que sólo resulta soportable para el sujeto en la medida en que una construcción imaginaria (delirio, hipocondría, alucinación, etc.) es capaz de rellenarlo con una realidad suplente. Pero diciendo eso nos saltamos el paso lógico de entender cuál es la naturaleza de ese agujero posible en lo simbólico. Lacan propone dos agujeros, que entran en una relación de homología: el que corresponde a la forclusión de un significante primordial, el del Nombre-del-Padre, y el que atribuiríamos a la forclusión de la significación fálica como tal. En el primer caso, la realidad encuentra como ley tan sólo la del significante, con lo

que todo se pone a significar, como en la paranoia. En el segundo, es el cuerpo propio el que se encuentra falto de significación, pues el significante del falo es lo que le da su unicidad; de ahí las fantasías de mutilación del Hombre de los lobos.

Pero quizás más importante que esto es la introducción, con la clínica psicoanalítica de las psicosis, de una nueva exploración de la causalidad. Los términos de alienación y separación suponen en gran medida un mecanismo causal de las neurosis; por supuesto, el sentido de la causa se modifica cuando el efecto no es un síntoma concreto, sino el sujeto mismo. Esto permite hablar de una causa freudiana, distinta de las causas conocidas por la ciencia. Pero a partir del examen de las psicosis hay que tomar en cuenta una nueva causalidad, quizás la que indica el grafismo V en el que Lacan resume toda la escena originaria cuando comenta el caso del Hombre de los lobos en su Seminario XVIII. La escena sólo es causal entonces en la medida en que deja un rastro de escritura, una escritura llena de goce por decirlo así; por tanto, como se aplica al cuerpo mismo del Hombre de los lobos, que la instala en su cuerpo con la alucinación del tajo entre el dedo meñique y la mano, en el desgarramiento del velo del mundo, y que acaba tomando como sigla de su nombre iniciándolo con una doble V, para firmar como Wolfsman sus producciones artísticas. Ese es el resto real de una transferencia interminable con Freud, quien le otorgó ese nombre al publicar su caso.

El estilo de trabajo que se practicaba en el seminario de Jacques-Alain Miller provenía de la gran escuela de lectura de los que fueron sus maestros en las letras. Esa formación sin par, en buena parte una creación de la Universidad francesa, consiste en dar al texto todo el valor que merece y considerar posible una transferencia con él, más que con su autor. El procedimiento de la lectura sigue las reglas cartesianas de buscar las evidencias, dividir las dificultades en unidades significantes, ir de lo más simple a lo más complejo y hacer enumeraciones y revisiones completas. Esto, aplicado a la lógica de un texto, revela elementos fundamentales y hace surgir niveles de sentido que una lectura inmediata, analógica, vagamente universitaria, no revelaría. Lo que la enseñanza de Lacan añade ahí es que, más allá de los niveles de sentido, está aquello que los causa, o que causa su dislocación, y que causa las tensiones y ambigüedades que se producen entre los conceptos: la enunciación de quien escribe, es decir, el deseo, que en este caso es el deseo, decisivo para el psicoanalista, de Sigmund Freud. O, si se quiere, todo se resume en tomar al texto como síntoma a analizar. Así es como este seminario de Jacques-Alain Miller nos sigue enseñando cómo hay que leer; y cómo hay que leer a Freud en

particular, a nosotros que, siguiendo el ofrecimiento de Lacan en Caracas, en la que sería su última lección de seminario, queremos ser lacanianos.

Un año más tarde, Jacques-Alain Miller interrumpió este seminario bajo la forma que podemos encontrar en el presente volumen; pero nunca interrumpió su enseñanza, que desde 1981 hasta hoy se mantiene en sus cursos sobre la Orientación Lacaniana. En aquel momento habían pasado nueve años desde la muerte de Lacan, y había que constatar que su enseñanza había pervivido, que su valor era cada vez superior, hasta el punto de que los psicoanalistas de todas las escuelas se consideraban, en mayor o menor medida, lacanianos. A nadie se le escapaba que eso implicaba también una trivialización de los contenidos y un incremento de la resistencia a esa enseñanza. Se abría una nueva época en la enseñanza de los lacanianos, y la alternativa política del primer momento —o Lacan o la IPA— se había transformado en otra, entre el psicoanálisis de un lado y, del otro, las suplencias siniestras para el malestar cuyas formas la civilización renueva sin cesar. La lectura de la que da muestra este seminario había llegado a un límite: se trataba, a partir de la convicción adquirida, de salir al campo donde se debate el futuro del psicoanálisis. Pero el valor formativo de ese estilo de lectura debe ser practicado continuamente si queremos seguir extrayendo las enseñanzas que contiene un texto como el caso del Hombre de los lobos. Se trata siempre de seguir la indicación de Freud, cuando al final de su «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» nos invitaba a seguir sustentando esa idea fuerte que es el psicoanálisis.

EL HOMBRE DE LOS LOBOS

I

SITUACIÓN DEL PROBLEMA

REINTERPRETACIONES

Me alegro de que hayamos despertado el problema del Hombre de los lobos.¹ Hemos de confesar que cualquier bibliografía que se elabore a propósito de este caso es evidentemente satírica. En efecto, tenemos a todos aquellos psicoanalistas que se ocuparon de él, a todos sus comentaristas y después a todas las variaciones de esos psicoanalistas y sus comentaristas, lo que alimenta ya una enorme literatura. En el fondo, es un asunto de *reinterpretación*. Es éste un término que encontramos a menudo en el texto del Hombre de los lobos en todos sus niveles. Por una parte, dicho texto es un escrito que polemiza contra las interpretaciones del psicoanálisis que hicieron Jung y Adler. Por otra, el propio caso es la reinterpretación de una neurosis infantil aparecida quince años antes. Otra reinterpretación, por lo tanto. ¿Qué captamos de verdadero en él quince años después? ¿Verifica este caso, o no, las interpretaciones hostiles que se hicieron de él? Saben ustedes que Freud adoptó distintas posiciones respecto a la realidad o al carácter fantasmático de la escena primitiva. En otras palabras, ese rasgo de reinterpretación está ciertamente presente en todos los planos. El estilo no es en absoluto el que Freud empleó para el Hombre de las ratas: el Hombre de los lobos está atrapado por lo que relata que le sucedió quince años antes. Resulta muy curioso. Es como si no tuviéramos el caso del momento sino el caso que se captó en su reinterpretación.

Freud confecciona este caso extrayendo ciertos rasgos que la cura analítica puso de relieve:² «la tenacidad de la fijación», su extraordinaria propensión a la ambivalencia e incluso a la vacilación y, «como tercer rasgo, una constitución que debe llamarse arcaica, la facultad de mantener las investiduras libidinales más diversas y más contradictorias», capaces de funcionar codo con codo. En el fondo, la variedad de los diagnósticos recibidos se debe a lo que Freud nos proporciona: un caso en el que coexisten los

vínculos libidinales más variados y contradictorios. El esfuerzo de Lacan, acentuando uno u otro punto, se encamina esencialmente a ordenar los diversos vínculos libidinales coexistentes. Intenta ordenarlos y repartirlos, estratificándolos a veces, incluso jerarquizándolos. Los diagnósticos dependen entonces de la manera en que se ordenan esos vínculos libidinales: neurosis con tendencia psicótica, caso límite con tendencia al *acting out*, obsesión con fuerte tinte paranoide, etc. Sustentando todo ello sobre ese tercer rasgo que Freud pone de relieve.

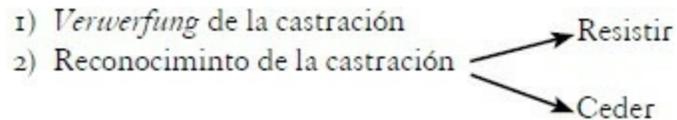
LA CASTRACIÓN: UN PROBLEMA FREUDIANO

No podremos retomar el conjunto del caso sobre esta base, pero podemos ir a lo esencial, es decir, al problema de la castración. Señalemos rápidamente que no parece que Lacan pusiera la cuestión del Nombre-del-Padre en el centro del caso, aun cuando es algo importante. Cuando introduce, no la forclusión como tal —lo que realizó dos años antes—, sino la forclusión del Nombre del Padre, ya no cuestiona el Hombre de los lobos. Sin embargo, es una indicación que hay que tener en cuenta.

Este problema de la castración, que no está muy claro en Freud, trata de resolverlo Lacan. Son tentativas de solución. Evidentemente, al poco tiempo, esas tentativas de solución pueden convertirse a su vez en problemas. Pero, en fin, son ante todo intentos de solución de un problema freudiano.

Tomemos el pasaje en que Lacan se apoya para su «Respuesta al comentario de Jean Hyppolite».³ Freud hace un resumen extremadamente claro de esa coexistencia de vínculos libidinales. En un sentido, el Hombre de los lobos nunca ha reconocido la castración y, en otro sentido, la reconoce. Les cito a Freud: «Nos ha devenido notoria la inicial toma de posición de nuestro paciente frente al problema de la castración. La desestimó [*verwarf*] y se atuvo al punto de vista del comercio por el ano. Cuando dije que la desestimó, el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella siguiendo el sentido de la represión [esfuerzo de desalojo]. Con ello, en verdad, no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera. Ahora bien, esta actitud no puede ser la definitiva, ni siquiera podía seguir siéndolo en los años de su neurosis infantil. Existen buenas pruebas de que él había reconocido la castración como un hecho. Se había comportado también en este punto

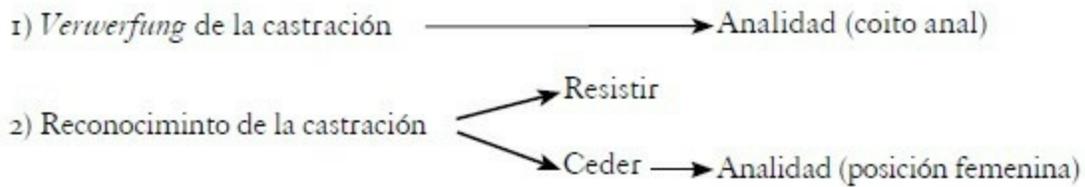
como era característico de su naturaleza, lo cual por otra parte nos dificulta muchísimo tanto la exposición como la empatía».4 Tenemos entonces, en primer lugar, la *Verwerfung* de la castración y, en segundo, su reconocimiento, pero con el hecho de que este reconocimiento de la castración reviste dos modalidades: primero resistió y luego cedió. Pero la segunda reacción, nos dice Freud, no suprime la primera. Tenemos pues una triple arquitectura:



Freud precisa: «Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba de la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y a consolarse con la feminidad como sustituto. La tercera corriente, más antigua y profunda, que simplemente había desestimado la castración, con lo cual no estaba todavía en cuestión el juicio acerca de su realidad objetiva, seguía siendo sin duda activable».

En un sentido, es verdad que el conjunto del caso del Hombre de los lobos se nos presenta en el marco de su neurosis infantil, e incluso de su neurosis adulta. Sin embargo, existe la anotación de una resistencia masculina a la castración y la adopción de una posición femenina, con un asunto, por debajo, capaz siempre de entrar en actividad. Lo que dice Freud es extraordinario a pesar de todo. Indica sin embargo que lo que pasó a continuación ya estaba anunciado. Ahí radica también la importancia de la famosa escena primitiva, puesto que se supone que tuvo el efecto de producir en el paciente la convicción de realidad de la castración. La convicción, *Überzeugung*, es una posición subjetiva. El punto de partida de Freud es que una neurosis infantil precede a la neurosis ulterior.

En este marco, ¿cuál es el problema teórico que plantea la manera con la que Freud expone este caso en sus diferentes etapas? Freud descubre la *Verwerfung* de la castración en la teoría anal del coito. La analidad está implicada allí, pero también lo está en la adopción de la posición femenina. La analidad se encuentra pues en dos lugares mientras que, de hecho, tiene dos relaciones diferentes desde el punto de vista estructural.



¿Cuál es entonces el problema teórico? El problema que Lacan plantea simplemente es: ¿cómo formular la coexistencia de la *Verwerfung* con el reconocimiento de la realidad? No hay treinta y seis soluciones: o decimos que se produce en el mismo punto —rechaza la castración y al mismo tiempo la reconoce—, o bien las repartimos —se distingue a qué nivel se produce una y a qué nivel la otra.

ENTRE SIMBÓLICO E IMAGINARIO

Lacan las repartirá entre simbólico e imaginario. Es la primera distribución que hace diciendo que, desde el punto de vista imaginario, hay una captura homosexualizante, feminizante, etc. Sitúa la identificación con la madre en el registro imaginario, y coloca en el registro simbólico todo lo que se reafirma como identificación con el padre. Tenemos entonces esta distribución: el *yo no estoy castrado* en el nivel simbólico y la posición femenina en el nivel imaginario. Ésta es su primera tentativa. Freud, nos dice Lacan, reconoce «en el aislamiento simbólico del “yo no estoy castrado”, en que se afirma el sujeto, la forma compulsiva a la que queda encadenada su elección heterosexual». ⁵ Lacan lo convierte en un paquete. Coloca juntos la posición masculina y el *yo no estoy castrado*. Lo que designa más bien el plano en el que hay una resistencia, en el que se abomina de la castración; lo que en Freud es compatible por completo con la posición masculina. Por un lado, tenemos esa posición subjetiva simbólica del *yo no estoy castrado* y la constancia de una elección de objeto heterosexual compulsiva: *me gustan las sirvientas a cuatro patas cuando friegan el suelo junto a una escoba*. Por el otro, tenemos el registro imaginario de la identificación con la madre, es decir «el efecto de captura homosexualizante que ha sufrido el yo conducido a la matriz imaginaria de la escena primitiva».

Agnès Aflalo ⁶ ha señalado este desfase, este emplazamiento de lo imaginario y lo simbólico. En cierta manera, la cuestión fundamental va a ser el reparto de lo imaginario

y lo simbólico. La primera distribución consiste en decir que lo imaginario está aquí y lo simbólico allá, entre la protesta viril y la posición femenina. Finalmente se desplaza, y ese reconocimiento será sin embargo esencialmente del orden de la suplencia.

Es totalmente exacto que no hay referencia al Hombre de los lobos en la «Cuestión preliminar...». Sin embargo, me parece que está presente, aun sin ser explícita, cuando Lacan, para sorpresa general y de una manera que no parece desprenderse directamente de la lógica del texto, distingue entre la forclusión del Nombre del Padre y la elisión del falo. Se pregunta si Φ_0 es solamente consecuencia de la forclusión del Nombre del Padre o si es un mecanismo independiente. En un primer análisis, me parece que no es ilegítimo distinguirlas en tanto que esa elisión del falo está singularmente próxima al caso por un lado, y por otro a lo que el propio Lacan escribe en esta primera propuesta que menciona, del lado imaginario, «el efecto de captura homosexualizante del yo llevado a la matriz imaginaria de la escena primitiva».

Lacan se esfuerza por solucionar la paradoja distinguiendo dos planos, el del reconocimiento y el de la *Verwerfung*. Tenemos siempre dos términos que intentan oponerse lógicamente. La respuesta a Jean Hyppolite supone una escansión lógica. Se trata del momento en que aísla la forclusión como el mecanismo simbólico contrario a la *Bejahung*. El reconocimiento de la castración, incluyendo la protesta viril y la posición femenina, se convierte a partir de ahí en algo imaginario. Una vez planteada como tal, la forclusión permitirá leer el caso Schreber apoyado esencialmente en el Nombre-del-Padre. No parece que Lacan haya puesto nunca en tela de juicio la forclusión del Nombre-del-Padre en el Hombre de los lobos. Lo que traducimos diciendo que es una *Verwerfung* que no alcanza a implicar al orden simbólico en su totalidad. Si en este momento decimos que es un *borderline*, avanzamos algo estructural. Si no hay forclusión del Nombredel-Padre, ¿es psicótico o no? ¿Se trataría de un neurótico? Porque hay, pese a todo, esa corriente, la más profunda, que no admite la castración, que es del orden de un: $\overline{\exists x} \cdot \overline{\Phi x}$.

Esto plantea algunas dificultades respecto a la neurosis. El Hombre de los lobos no es un neurótico como los demás. En cuanto a la dificultad propia de este caso —para nosotros, para quienes nos han precedido y para el propio Freud—, Lacan da la siguiente explicación. En esta ocasión, Freud se encontró en la posición de producir un $\exists x \cdot \Phi x$. al plantear que la cura ya había durado bastante; su iniciativa de ponerle un límite a la cura. En esa «iniciativa de Freud —dice Lacan— [...] podemos reconocer, tanto como en su

insistencia en volver sobre el caso, la subjetivación no resuelta en él de los problemas que este caso deja en suspenso».⁷

10 de diciembre de 1987

II

EROTISMO ANAL, CASTRACIÓN, PARANOIA

La vez anterior, nuestro hilo conductor consistió en mostrar cómo, en distintas ocasiones, Lacan intenta elaborar un sistema binario a propósito de la posición del Hombre de los lobos con respecto a la castración. Y que no siempre parece que sitúe ese binarismo en idénticos términos. En todo caso, no siempre son los mismos términos los que están explícitamente en juego. Después, cuando adopte una posición radical en relación con la *Verwerfung*, ya no hablará del Hombre de los lobos. Resumo así las cosas.

Tenemos en primer lugar la ignorancia a propósito de la castración, es decir la concepción oral de la relación sexual. En segundo lugar, el problema planteado sobre la concepción genital de la relación sexual. Después, y respecto a esta concepción genital, tenemos igualmente dos actitudes del Hombre de los lobos: su *Verwerfung* y su reconocimiento. Pero, como apunta Freud, este elemento nunca fue completamente eliminado y continuó coexistiendo. Ya les cité este pasaje clave: «Al final subsistieron en él, codo con codo, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y consolarse con la feminidad como sustituto. La tercera corriente, más antigua y profunda, que simplemente había desestimado la castración, con lo cual no estaba todavía en cuestión el juicio acerca de su realidad objetiva, seguía siendo sin duda activable».

Es éste el diagnóstico más completo que formula Freud en su texto sobre el Hombre de los lobos. Existe esa actitud ambivalente respecto a la castración y, por debajo, una actitud de *Verwerfung* fundamental. Lo que quiere decir que el propio reconocimiento está dividido a su vez: abominar de la castración o aceptarla, lo que hace que el erotismo anal se encuentre en dos lugares. Hay por lo tanto tres corrientes fundamentales: abominar de la castración o aceptarla, pero con la tercera corriente siempre reactivable.

Si Freud se apresuró de esa manera para desembarazarse de este paciente y si, habiéndose desembarazado de él, volvió teóricamente al caso con tanta insistencia es

porque él, Freud, no había subjetivado los problemas que estaban en juego. Es el diagnóstico de Lacan. Me permití indicar la última vez que, al quedar como un problema sin resolver, el diagnóstico de Lacan sobre el caso podría extenderse al conjunto de la comunidad analítica.

LO QUE NO SE REABSORBE EN EL SIGNIFICANTE

El punto preciso del que se trata es el que queda fuera del significante. En el momento en que emprende su enseñanza, Lacan no ha adoptado del todo ese punto. Para él, se trata de plantear una teoría del psicoanálisis partiendo ante todo del inconsciente y su interpretación, es decir del sentido. Incluso aunque destaque a continuación la función del significante, es la función del sentido la que se impone. En Freud hay ya una oposición entre la búsqueda de la causa en el plano de la pulsión, del instinto o del desarrollo, y la interpretación de los sueños. Freud parte de la voluntad de encontrar la causa del proceso, de encontrarla a través de las fechas, teniendo en cuenta la maduración del sujeto, con la incidencia del abuso genital, del incidente, etc. Intenta dar una teoría neuronal del aparato psíquico y, al mismo tiempo, atiende a cierto número de pacientes y descifra sueños. Se da cuenta entonces de que no puede dar una forma definitiva a ese proyecto científico, pero que, en cambio, hay resultados por el lado del sueño y de su interpretación. Publica entonces *La interpretación de los sueños* en lugar de la teoría neuronal. Solamente con los *Tres ensayos de teoría sexual* vuelve a poner al día la otra corriente.

Tenemos así una doble vertiente del descubrimiento freudiano. Dos vertientes que encontramos formuladas de nuevo, diferenciadas y jerarquizadas por Lacan en su informe de Roma. En él indica de manera especial que en toda interpretación hay fenómenos de sentido. Hay pues una causalidad específica: la causalidad semántica, que se convertirá en la causalidad significativa. A este respecto, el psicoanálisis es como la historia y eso no tiene nada que ver con el desarrollo. En psicoanálisis hay que separar por tanto la teoría del desciframiento del inconsciente de la teoría de las pulsiones. La teoría de las pulsiones, que es incluso el fundamento de la *Egopsychology*, es una dimensión secundaria e hipotética.

Hay que fijarse bien en que éste es el problema *princeps* del psicoanálisis como

disciplina. Es el problema *princeps* de la unidad del psicoanálisis. Aún permanecemos en él, es decir: ¿hay un desarrollo autónomo del instinto?, ¿y cómo puede hacerse compatible con lo que el propio Otto Kernberg nos aporta tímidamente con la relación de objeto? Precisemos que la relación de objeto representa en el fondo una relación con el Otro. La elección de la *Egopsychology*, es decir, que haya que orientarse con la teoría de las pulsiones —subordinando a ella los fenómenos de interpretación— es contraria por completo a la de Lacan. Si Lacan se hubiera limitado a eso, habría podido calificarse su actitud, evidentemente, como una represión de la pulsión, o incluso una forclusión de la pulsión. Por lo tanto, se esforzará por escribir de nuevo la llamada teoría instintiva de manera compatible con los datos de la relación con el Otro. Decir, como digo, *los datos*, es tomar como punto de partida la propia relación analítica. Lo que vincula a Lacan con Freud, y de manera necesaria, es que Freud, para inventar el psicoanálisis, partió de un punto exterior que le sirvió de palanca, mientras que el punto de partida de Lacan es la relación analítica ya existente como tal, lo que pone en primer plano la relación con el Otro, los fenómenos de interpretación, etc.

Vean entonces que expongo un punto de vista que puede fundamentarse de muchas maneras. Se fundamenta en el mismo itinerario de Freud. Se fundamenta en la elección de la *Egopsychology*. Se fundamenta también en el gesto inaugural de Lacan, que sitúa las pulsiones en un lugar subordinado para luego hacer el esfuerzo de reconocer que *no todo* es significativo y significado.

Dije que lo que ante todo era impensable en el informe de Roma era el objeto *a*. Agnès Aflalo señala de una manera muy pertinente que eso tiene una incidencia precisa sobre el problema de la represión y la forclusión. No sólo que el objeto *a* es impensable, sino que también lo es el concepto de forclusión. Entonces, en el fondo, el traumatismo podría ser reabsorbido: o bien se borra y no prende en la cadena indestructible del inconsciente, o bien tiene un sentido que puede ser revelado y modificado. A este respecto, ya no existiría el traumatismo como tal ni el goce que lo acompaña. Se podría reabsorber íntegramente en el discurso, en el significante y el significado. Esto en cuanto al *a* minúscula.

Pero hay más. Cuando estamos en el campo de la palabra y el lenguaje, todo tiene un sentido, un sentido que puede aprehenderse y circular. Por el contrario la forclusión significa, en su uso radical, que hay un elemento del lenguaje que ya no entra en el circuito, que está aparte, que no deja sentir sus efectos sino a través de su ausencia, y

que moviliza gran cantidad de significaciones en torno a esta ausencia sin que tales significaciones lleguen a reunir ese significante. Lo que enseña, entre paréntesis, hasta qué punto el estatuto del significante-amo, el significante solitario, tiene un estatuto bastante próximo al del objeto.

La noción de *Verwerfung* supone que hay un elemento lingüístico significante —y no un sentido— que queda sustraído del circuito. En caso contrario tendríamos solamente, como dimensión fundamental, la represión del significado. Por otra parte, ¿qué es el síntoma en el informe de Roma? El significante de un significado reprimido. Y cuando son los significados los que se reprimen, ¡pues bien!, la *Verwerfung* no es pensable.

Hay que situar la tesis de la comunicación invertida en relación con esto. ¿En qué consiste la famosa forma invertida? En la *Verdrängung*, especialmente apropiada para la denegación. Implica el *no es eso, pero acabas de decirlo*. Es el *je t'aime, moi non plus*.^{*} La comunicación invertida es una fórmula seductora para Lacan porque vincula el fenómeno de la denegación con el estadio del espejo, es decir, con la inversión de la relación especular. No olvidemos que, para el Lacan de esa época, la *Verdrängung* se vincula con el yo. Tiene, en cada ocasión, el estatuto de una inversión especular. Sólo de una manera progresiva separa Lacan la represión de esa inserción en el registro especular. En «Acerca de la causalidad psíquica», donde, en el fondo, la única categoría en funcionamiento es lo imaginario, la noción de inversión lleva a una teoría imaginaria de la denegación. Lo que, evidentemente, empieza a cambiar de sentido a partir del momento en que, en el informe de Roma, lo imaginario y lo simbólico se distinguen.

Para que el concepto de forclusión tenga valor, es preciso un elemento que no sea susceptible de ser comunicado en el lenguaje. Un elemento sin embargo paradójico, puesto que es un significante que no tiene significado y que no puede entrar de ninguna manera en la comunicación. En todo caso, es un elemento que escapa a la dialéctica del sentido. La tesis que Lacan elabora ulteriormente sobre el goce en las psicosis parece tener aquí su origen, su punto de sujeción. Hay una conexión entre reconocer la forclusión en su radicalidad —es decir, como la existencia de un elemento no reabsorbible en el lenguaje— y reconocer la existencia de un goce que, de hecho, no es reabsorbible en el circuito de la palabra. De manera que el *plusdegozar* no entra en lo universal, contrariamente a lo que Lacan quería hacernos creer en un principio. No olvidemos que el Lacan que inventa el objeto *a* es el mismo que formuló, al final de su informe de Roma, que la satisfacción de cada cual puede encontrarse, cruzarse y llevarse

a efecto en la satisfacción de todos. No hay satisfacción particular en el informe de Roma. La satisfacción particular está destinada a concordar con la satisfacción de todos, teniendo como horizonte la humanidad. En esa época, entre 1946 y 1953, Lacan pensaba en una armonización, en un cierto consenso de la humanidad, en una mediación siempre posible, siempre operante, en que consistiría el oficio de psicoanalista. Por el contrario, el plus-de-gozar, así como la forclusión del Nombre-del-Padre, suponen la idea de una mediación imposible. Es la propia idea de una mediación imposible lo que acerca estos dos términos.

EROTISMO ANAL Y CASTRACIÓN

Es un hecho que lo que se ha retenido en lo imaginario, es el apelativo de «Hombre de los lobos», puesto que Freud se aplica muy especialmente a descifrar todos los elementos del sueño, y existe además un dibujito. Se comprende que, con el tiempo, el paciente haya pasado a ser designado así a causa de ese sueño. Pero desde el punto de vista teórico y de diagnóstico, quizás no sea ése el capítulo central. Puede que lo sea el que se llama «Erotismo anal y complejo de castración». Al oponer la compulsión amorosa del Hombre de los lobos —compulsión viril muy unívoca—, así como su posición homosexual o de captura homosexualizante, Lacan pone de relieve el binarismo del caso.

Tenemos pues estas dos posiciones: actividad viril por un un lado y elementos de pasividad femenina, de identificación con las mujeres, por otro. Freud sitúa un primer estatuto del erotismo anal: «El órgano en que podía exteriorizarse la identificación con la mujer, la actitud homosexual pasiva del varón, era la zona anal».¹ Ahí están las dos relaciones sexuales del Hombre de los lobos. Todo lo que se descifra, tras la escena de los lobos y las asociaciones que evoca, remite en definitiva a eso. Tenemos dos nociones de la relación sexual. Está la concepción anal, es decir, que no hay noción de *faltadepene* (*pasdepenis*). Y tenemos después lo que es para él un reconocimiento de la castración, es decir una noción de *falta de pene*: las mujeres tienen una herida en ese lugar. Es concebible entonces que el estatuto del ser humano y el atributo «disponer de un pene» se separen. Freud llama a esto castración. La castración, para retomar sus términos, es la condición necesaria de la feminidad. Es lo que está en juego en lo que él llama castración. Lo que quiere decir que, en el Hombre de los lobos, el debate entre

concepción anal y concepción genital o desarrollada, implica el intestino o la vagina. De hecho, formula la elección en estos términos: o ano o castración. O bien el ano, que evita reconocer la posibilidad de la castración, o bien castración. El título del capítulo alude por lo tanto a las dos grandes ramas de la alternativa en que Freud sitúa el caso.

El sueño del Hombre de los lobos, tal como Freud lo analiza, es la prueba del acceso al estadio genital. Distingue, a partir de él, una primera y una segunda actitud del Hombre de los lobos: «Nos ha devenido notoria la inicial toma de posición de nuestro paciente frente al problema de la castración. La desestimó [*verwarf*] y se atuvo al punto de vista del comercio por el ano. Cuando dije que la desestimó, el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella siguiendo el sentido de la represión». La analidad está en este caso sobredeterminada.

Continúo con el pasaje, puesto que Lacan se apoya en él: «Con ello, en verdad, no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera. Ahora bien, esta actitud no puede ser la definitiva, ni siquiera podía seguir siéndolo en los años de su neurosis infantil. Después se encuentran buenas pruebas de que él había reconocido la castración como un hecho. [...] Primero se había revuelto y luego cedió, pero una reacción no había cancelado la otra. Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas». Siguiendo este hilo, Freud llega a la alucinación del dedo seccionado. Esta alucinación traduce, según Lacan, lo que no había sido reconocido y admitido de la castración. No me parece abusivo.

PARANOIA

De la misma manera, lo que se llamó la paranoia del Hombre de los lobos, que puede localizarse sencillamente como la reactivación de esa corriente más antigua de la que emergerá la alucinación y, después, la queja a propósito de su nariz. La nariz era efectivamente un desplazamiento del órgano genital. Podemos traducir así un enunciado importante del Hombre de los lobos: «He tenido siempre mala pata con mi pene». Da un gran número de ejemplos de esa persistente mala pata: «Llamemos a las cosas por su nombre. He tenido siempre mala pata con mi pene, con mi miembro, incluso antes de la gonorrea. ¿Conoce usted esos bichos que se llaman garrapatas? En la propiedad, corríamos entre los matorrales, rodábamos sobre la hierba, trepábamos a los árboles.

Siempre ocurrió que comenzaba a tener picores. Me frotaba, me rascaba. Finalmente vi que eso tomaba proporciones extraordinarias, que el miembro quedaba tumefacto, que se hinchaba y se ponía rojo. Se lo dije a mi padre y fue a buscar a uno de nuestros empleados que era cirujano militar. No era un verdadero médico, solamente un medio médico, pero sabía de este género de cosas. Me libró de las garrapatas de un modo u otro y todo volvió a su orden. Creo que estuve en cama durante dos semanas y me pusieron bolsas de hielo. [Tenía alrededor de] ocho años. Fue quizás por esa desventura por lo que la gonorrea me produjo tan mala impresión. Pero yo se lo... No sé si se lo conté ya a Freud». ² Después le ocurrió otra cosa a la edad de quince años. También se rascó, el miembro se le puso rojo y tumefacto, con inflamación, y un médico le dio un remedio. A continuación, la gonorrea. Tenemos ahí lo que Freud llama *un punto débil de su disposición*, y considera que se había reactivado con la alucinación del dedo cortado. De la misma manera —no hay motivos para sorprenderse—, eso pudo reactivarse bajo la forma de esa inquietud, de esa insistencia, por el hecho de que le estropearan la nariz.

A este respecto, la posición del Hombre de los lobos es incluso bastante divertida. La historia que cuenta de sus dermatólogos es muy graciosa. ³ Uno le dice una cosa, otro le dice otra. Es una historia de médicos y de diagnósticos. Afirma asimismo que sabía muy bien lo que era la paranoia: «Tenía un tío que vivía a la manera de Luis II de Baviera. Un caso típico de salvajismo que huye del contacto humano. Por otra parte, del lado materno, tuve un primo, hijo de la hermana mayor de mi madre, afectado de una forma ligera de paranoia. [...] Por supuesto que esto [el diagnóstico de paranoia] no me gustaba en absoluto. Entonces, de repente, me hice el propósito de no pasar por un paranoico. He estado muy orgulloso de lo que Freud ha escrito de mí: su inteligencia irreprochable, etc. Era, como usted sabe, un adversario de la religión y le conté que, ya en mi infancia, tuve dudas a causa de la contradicción que hay entre un Dios de bondad y todo el mal que existe en el mundo. [...] Y estaba naturalmente orgulloso de que él dijera que sólo un niño podía pensar tan lógicamente, que me alabara como un pensador de primer orden y no sé qué más. Y ahora, de repente, tenía que ser etiquetado de paranoico. Reuní entonces todas mis fuerzas para no mirarme más en el espejo; superé de un modo u otro mis ideas fijas. Duró algunos días. Al cabo de los cuales, se acabó. [...] Ve usted entonces cómo un falso diagnóstico puede llevar a veces a ese resultado, a que un paciente reúna todas sus fuerzas para superar cierto estado».

Es algo que se inscribe perfectamente, me parece, en lo que dice Freud cuando

subraya que hay una tercera corriente siempre reactivable en el Hombre de los lobos. Aunque sólo fuera por la agudeza clínica de Freud, este caso me despierta una gran admiración. Lo que se le puede reprochar es que se le ocurriera que era mucho tiempo cuatro años de análisis, cuando el Hombre de los lobos era un paciente moderno, un paciente verdaderamente moderno, es decir, un paciente que pertenece a los que forzaron los límites temporales del tratamiento analítico. Freud no lo reconoció. No reconoció más que lo que él mismo planteaba: que la tercera corriente, siempre reactivable podía, llegado el caso, resquebrajar los diques temporales del análisis.

Podemos volver con detalle a todo lo que Freud encuentra de ambiguo en el acceso a la virilidad del Hombre de los lobos con respecto a la castración. Comprende la castración, en el fondo, como un daño narcisista. Descubre que puede haber ahí un atentado a la integridad del cuerpo. Freud considera que es el yo lo que pone en marcha la represión a causa del narcisismo. En ciertos aspectos, el narcisismo es la causa de la represión. Se pregunta pues en qué medida el Hombre de los lobos ha logrado una represión que ha supuesto un éxito de la virilidad. Dice primero que ha sido un éxito de la virilidad. Después, que la virilidad no ha ganado verdaderamente. Por último, que la homosexualidad se replegó en el intestino y que por eso está histerizado. Por lo tanto, ese impulso violento hacia la mujer, que puede parecer una asunción de la masculinidad, disimula de hecho que la virilidad ha sido asumida de manera incompleta. Puesto que, nos dice Freud, al mismo tiempo que tiene hacia la mujer esa actitud de conquistador, cae bajo su dependencia de manera especialmente constante. Es algo que se aprecia a lo largo de toda la vida del Hombre de los lobos. No deja de tener amantes, pero mostrando al mismo tiempo lo contrario a una actitud de dominio. El Hombre de los lobos se presenta sin cesar en dependencia de las mujeres a las que conquista. Me parece que la manera en que Freud analiza el estilo de conquista del Hombre de los lobos se confirma del todo con lo que sabemos de su vida.

CAUSALIDAD DIFERENCIAL

Las coordenadas imaginarias de la castración que estamos tratando están bastante marcadas. El propio Freud las presenta. El Hombre de los lobos, nos dice, no tiene ninguna idea del padre castrador hasta el momento en que le enseñan religión. En un

segundo tiempo, hay como una vuelta de la castración imaginaria que suscita la insurrección del yo a causa del atentado a la integridad de la forma. Freud introduce al padre castrador en un tiempo posterior de la cronología del Hombre de los lobos. Hay una relación constante entre la castración y la figura del padre, y es a Lacan a quien se le ocurrió que había una relación de causalidad entre ambas. ¿Qué es la metáfora paterna? Es la presentación de la relación de causalidad entre el padre como causa y la castración como efecto. En el momento de situar la relación de causalidad que conviene a los fenómenos de sentido —que de hecho son relaciones de causalidad ordenadas según el significante como causa—, Lacan se esfuerza por no abandonar el concepto de causalidad freudiana. Desde el principio el significante aparece como causa. Antes de poder decir que lo que constituye la causa es el objeto *a*, fue necesario dar un tratamiento bastante sofisticado a un excedente de sexualidad que pudiera a su vez entrar en la relación de causalidad.

Tenemos ahí una relación de causalidad completamente lineal: *padre* → *significación fálica*. Lo que vuelve tanto más notable un pasaje del texto de Lacan que parece desconectar esa relación directa, tan estrechamente establecida. Les decía que el caso del Hombre de los lobos estaba ausente de la «Cuestión preliminar...», pero que quizás tuviera en ella su justificación. No sería tan impensable concebir una causa cuyo efecto estuviera retenido, cuyo efecto no se hubiera desplegado. No me parece impensable. Precisamente porque en ese escrito hay un punto que Lacan presenta interrogativamente y que no se comprende, trataba de explicarles que la clínica del Hombre de los lobos quizás pudiera justificarlo. Es una clínica en la que no se oye decir que haya forclusión del Nombre-del-Padre y en la que, sin embargo, todo el problema parece centrarse en la castración. No en la asunción del Nombre-del-Padre o de la función paterna, sino en la asunción de la castración. Entonces, ¿no es oportuno desconectarlas, al menos en parte, y elaborarlo? No sé hasta dónde habría que llevar las cosas. Es cierto que, en el caso del Hombre de los lobos, no puede hablarse de una elisión del falo en el mismo sentido en que puede cuestionarse en Schreber. Hay que introducir pues otro término, utilizando las indicaciones de Freud.

El hecho de que la forclusión tenga como efecto la supresión, la elisión de la emergencia de la significación fálica, supone el reverso de la metáfora paterna. Lo que se interpreta exactamente al revés. Propongo que comentemos este párrafo en enero. Esto flexibiliza la relación de causalidad y la problematiza. Generalmente, no se ve por qué

aparece ahí. ¿Por qué no contentarse simplemente con decir que cuando hay Φ_0 , hay P_0 ? En el caso Schreber hay de todas maneras P_0 . No tenemos el caso en que se dé $P \rightarrow \Phi_0$. Si queremos tenerlo, habría que construirlo. Tenemos idea sin embargo de dos vías posibles, dos tratamientos, dos salidas posibles. En el caso de los borderlines, la manera más sencilla de comprenderlo sería decir que algunos casos son considerados como neurosis porque hay P pero que, a pesar de todo, hay cierto número de fenómenos que se producen a causa de Φ_0 . No es una idea absurda.

Estamos verdaderamente en el núcleo de la causalidad de este asunto. En efecto ¿qué dice Freud cuando menciona la gonorrea del Hombre de los lobos? «La ocasión de esta enfermedad no se sitúa entre los “tipos de contracción de neurosis” que me fue posible reunir como casos especiales de “frustración” [...]. El paciente se quebrantó cuando una afección orgánica de los genitales revivió su angustia ante la castración, su narcisismo se desmoronó compeliéndolo a resignar su expectativa de ser un predilecto del destino».⁴ Vemos ahí al Hombre de los lobos enfermo de una frustración narcisista. Freud sitúa bien la coyuntura del desencadenamiento: en primer lugar, nos dice, cuando hay una afección en el órgano genital; otra se relaciona con la nariz, pero esto no nos preocupa porque sabemos construir, con Freud, la serie de los sustitutos.

En otras palabras, hay aquí la noción de un factor desencadenante que no parece ser en nada un restablecimiento forzado de lo ternario allí donde no está el elemento para responder. Después de todo, el Hombre de los lobos lleva a cabo tranquilamente cuatro años de análisis sin desencadenarse. La coyuntura de desencadenamiento, como la sitúa Freud, se verifica más tarde. La coyuntura de desencadenamiento se produce más bien por el lado Φ_0 que por el lado P . De todas formas, tenemos poco más o menos todos los casos posibles. Tenemos el caso estándar de la metáfora paterna: $P \rightarrow \Phi$. Tenemos el caso, claro para todo el mundo, que ilustra Schreber: $P_0 \rightarrow \Phi_0$. Tenemos el caso borderline: $P \rightarrow \Phi_0$. Añadamos, para completar, el $P_0 \rightarrow \Phi$. Con esta plantilla, debemos poder ordenar las lagunas de nuestras series clínicas. Todo reposa sobre la noción que se tenga de causalidad. Lacan impulsó de tal manera la suya — $P_0 \rightarrow \Phi_0$ —, que podemos tratar de seguirla hasta el final, pero también preguntarnos si no podríamos relajarla un poquitín. Si no se pudiera, habría que decir que se trata entonces de un pseudo Nombre-del-Padre. No habría más que semblantes.

Estas diferentes fórmulas no están escritas en el cielo. Se trata de saber lo que se gana con ellas y lo que es posible pensar a partir de estas diferentes formas de causalidad. Una

clínica diferencial no consiste simplemente en etiquetar los casos como se etiquetan mariposas. Una clínica diferencial sólo tiene interés si se articula con una causalidad diferencial que la sostiene. Estamos dando vueltas a la idea de una causalidad diferencial de las psicosis.

Admitimos, con Freud, el elemento Φ_0 en el Hombre de los lobos. Es así como retranscribimos la *Verwerfung* de la castración, aunque en su época calificara antes que nada su estatuto imaginario. A este respecto, es necesario desplegar el caso con una mayor profundidad. Hay etapas, pero en fin, a partir del momento en que aceptamos ese rasgo, escribimos Φ_0 . Puede que con ese Φ_0 para nombrar la corriente más arcaica tengamos el principio de cierto número de fenómenos. El problema está en saber si esos fenómenos de tipo psicótico pueden situarse en una línea causal independiente, o relativamente independiente, de la forclusión del Nombre-del-Padre. Después, se plantea el problema de si sólo podemos hablar de psicosis cuando se den Φ_0 y P_0 , o bien cuando solamente se dé Φ_0 , pero no P_0 . Es un problema clínico importante pero también una cuestión de terminología. Implicaría que modificáramos nuestro concepto de psicosis, o al menos que lo problematizáramos. En otras palabras, me parece que hay cierto interés en razonar con estas fórmulas. El problema es si se puede concebir Φ_0 sin P_0 , o si la existencia de fenómenos ordenados por Φ_0 indica que, en todos los casos, hay P_0 , es decir, forclusión del Nombre-del-Padre.

17 de diciembre de 1987

III

EL MUNDO OCULTO POR UN VELO

Les leo el pasaje: «El análisis sería insuficiente si no nos permitiera entender la queja en que el paciente resumía su padecer. Decía que el mundo se le escondía tras un velo, y la disciplina psicoanalítica rechaza la expectativa de que tales palabras pudieran considerarse carentes de significado y como escogidas al azar». Freud confirma pues esta queja del Hombre de los lobos: el mundo se le oculta tras un velo. «El velo se desgarraba —cosa asombrosa— sólo en una situación, a saber, cuando a consecuencia de una lavativa, el bolo fecal atravesaba el ano. Entonces se sentía de nuevo bien y por un breve lapso veía el mundo claro». Es éste un pasaje muy importante. «La interpretación de este “velo” avanzó con pareja dificultad a la de la angustia a la mariposa. Por lo demás, él no perseveró en este velo; se le fue disipando cada vez más en un sentimiento de crepúsculo, de “*ténèbres*”, y otras cosas inconcebibles [*ungreifbar*]». ¹

Y Freud lo interpreta, es decir, no se detiene ante el testimonio del Hombre de los lobos diciendo que, para él, el mundo está cubierto por un velo que sólo se desgarrar en el momento de sus lavativas. Freud no se detiene ante esta manifestación como ante un fenómeno opaco a la interpretación. No considera que sea un fenómeno terminal del que hubiera que considerar, a semejanza del fenómeno elemental, que se trata de un *es así*. Freud interpreta el fenómeno y da dos interpretaciones que no son exclusivas, sino que se sitúan en planos diferentes. La primera interpretación es propiamente significativa y la segunda se sitúa en el registro del objeto.

Primera interpretación: ese velo es la cofia con la que el sujeto cree que vino al mundo. De su nacimiento, piensa que nació *cubierto*. Freud dice al respecto: «apenas un poco antes de la separación de la cura se acordó de que había escuchado que vino al mundo con una cofia fetal [*Glückshaube*]. Por eso siempre se tuvo por un afortunado [*Glückskind*] a quien nada malo podía pasarle». ² Por otra parte, incluso en análisis creía ser afortunado por tener, para Freud, un lugar del todo privilegiado. Éste subraya más

adelante: «Sólo perdió esta confianza cuando se vio precisado a reconocer la afección gonorreica como un grave deterioro en su cuerpo. Ante esa afrenta, su narcisismo se desmoronó».

Por tanto, primera interpretación: Freud considera que el velo refleja esa cofia. Es la interpretación del velo. A continuación, hay que interpretar el momento del desgarramiento del velo: ¿por qué la lavativa produce su desgarramiento? Freud dice: «Cuando desgarras el velo del nacimiento, ves el mundo y renaces. [...] Sería, pues, la fantasía de renacimiento sobre la que Jung ha llamado la atención hace poco [...]. Sería magnífico si [eso] fuera todo. Ciertos detalles de la situación [...] nos obligan a llevar más adelante la interpretación. La condición del renacimiento es que sea un hombre quien le administre el enema». Freud insiste pues en el carácter sexuado del operador, indicando que el Hombre de los lobos está en posición femenina cuando sufre pasivamente esa operación. «Esto sólo puede significar que se ha identificado con la madre; el hombre hace el papel de padre, el enema repite el acto de la cópula, como fruto de la cual nace el hijo-caca — él nuevamente—». Los elementos son aquí el padre, la madre y el niño como producto fecal, estando el Hombre de los lobos en dos lugares, el de la madre y el del hijo. «Por tanto, la fantasía de renacimiento se enlaza de manera estrecha con la condición de satisfacción sexual por el varón. En consecuencia, la traducción es ahora: su enfermedad sólo lo abandona cuando le es permitido sustituir a la mujer, a la madre, para hacerse satisfacer por el padre y parirle un hijo. En este caso, pues, la fantasía de renacimiento no era más que un reflejo censurado, mutilado, de la fantasía de deseo homosexual». Incluso si no es más que un fantasma, es una escena realizada que reproduce en sí misma lo que Freud considera determinante para el sujeto, a saber, un fantasma homosexual.

Por lo tanto, hemos remitido simplemente a su contexto ese fenómeno de crepúsculo permanente del mundo, enteramente articulado por una escena edípica. Éste es el desciframiento que hace Freud, persuadido, en todo caso, de que hay ahí una articulación. No se trata en absoluto de un fenómeno límite o terminal, sino de un fenómeno fuertemente articulado por el Edipo.

La pequeña clasificación que hemos extraído del texto permite desplegar la multiplicidad de puntuaciones posibles. El propio Freud subraya que son posibles muchas puntuaciones en la clasificación clínica del caso. Distingue tres corrientes fundamentales: 1) El Hombre de los lobos no quería saber nada de la castración, incluso en el sentido de la represión, de donde Lacan instituyó la forclusión, apoyándose en la palabra *Verwerfung* que aparece en Freud. 2) El Hombre de los lobos se ha visto forzado a reconocer la castración. Hay pues reconocimiento, y ese reconocimiento se hace de dos maneras: o acepta la castración o 3) abomina de ella. Cada uno de los fenómenos puede imputarse a una de estas tres corrientes. Lo que se complica bastante cuando hay rechazo: ¿se trata del rechazo forclusivo o del rechazo interno al reconocimiento? La dificultad del caso proviene del doble valor de ese «no». ¿Dónde se condensa ese *reconocer abominando* que es la tercera corriente del esquema? Freud emplea los términos de fantasma homosexual, pero aquí se trata más bien de *ser una mujer*. En el episodio, muy preciso, que hemos leído, me parece que tenemos más bien la posición 3, con la cual Freud descifra el fenómeno clarificador de la lavativa.

SER UNA MUJER

En cuanto a la relación con la psicosis, me parece interesante destacar cuál es el conmutador que permite pasar al caso de Schreber. Lo que hace de *shifter* con el caso Schreber es el *ser una mujer*. Podemos decir incluso: *ser una mujer en el momento del acoplamiento*. Existe pues ese *ser una mujer* alrededor del cual gira igualmente gran parte del caso, con todo lo que toma el aspecto del erotismo anal. Podemos interrogarnos sobre el valor que se da a este *ser una mujer* que Freud señala tantas veces. A través de esta controversia tenemos ese *ser una mujer*. ¿Cómo podemos traducirlo? Tenemos aquí, verdaderamente, la sexuación inconsciente del Hombre de los lobos. Así lo interpreta Freud. Hay una sexuación inconsciente a pesar de una virilidad manifiesta que se despierta automáticamente en una situación típica. Tanto para Freud como para Lacan, esta virilidad carece de autenticidad, es decir que pertenece al registro imaginario, al registro del yo. Incluso es así como Lacan puede utilizar el caso como demostración de las dos vertientes: el inconsciente de un lado y el yo del otro. Lacan reinterpreta las dos vertientes distinguidas por Freud como una oposición entre el inconsciente y el yo. En el

inconsciente, el Hombre de los lobos es una mujer. En el plano imaginario, hay una afirmación de virilidad.

Lacan lo plantea así en las notas del Seminario³ y, al final de la primera parte del informe de Roma, evoca «el efecto de captura homosexualizante...».⁴ El primer uso que hace Lacan de este caso es para distinguir el inconsciente y el yo en términos de conflicto. Todo gira alrededor del valor que se da al *ser una mujer*. ¿Designa la sexuación inconsciente del sujeto, o es del orden imaginario? ¿Qué valor dar a este *ser una mujer* que, para Freud, constituye el fantasma homosexual? ¿En qué registro lo situamos? ¿Es del orden del *empuje a la mujer*? ¿Es de orden imaginario? Pueden tomarse, sin duda, otros índices, pero he aquí uno que me parece bastante preciso como para que podamos desplegar, en relación con él, las ambigüedades del caso.

LA CASTRACIÓN

En este caso y en la polémica sobre el diagnóstico, hay que admitir que la cuestión se centra en la castración. Es el capítulo central de Freud: «Erotismo anal y complejo de castración». Lo subrayo porque vamos a pasar al fragmento de Lacan sobre los dos agujeros, fálico y paterno. La duda diagnóstica se centra pues en el hecho de saber si hay, o no, significación fálica. Se centra en lo fundamental, es decir: ¿forclusión o reconocimiento? ¿Se trataría de un reconocimiento en el rechazo?

Lo que hasta el momento no hemos interrogado es la relación del Hombre de los lobos con el padre. Pero podríamos hacerlo después de todo. Pues, en efecto, en su seminario de 1952, Lacan menciona un punto ya señalado, es decir, que en el caso del Hombre de los lobos hay ruptura social. Considera que «una parte de su drama se basa en esto»: que su posición «en la sociedad está por así decirlo desinsertada». La Revolución rusa, con sus efectos de desocialización, no hace más que intensificar una posición que está presente desde el punto de partida. Lacan añade: «Hay que señalar que fue muy precozmente separado de todo lo que en el plano social podía constituir para él un modelo». Esta frase, en el lenguaje de la época, ¿pone en jaque, o no, la relación con el padre? No olvidemos que, por el contrario, esta relación con el padre parece totalmente constituida en el caso del Hombre de los lobos. En el episodio llamado psicótico encontramos aún una distribución de funciones paternas totalmente compacta.

Dicho esto, falta por saber qué valor hay que dar a esa distribución. Podemos seguir a Lacan, e incluso hacerlo un poco mejor, puesto que disponemos de las categorías que él mismo elaboró después pero de las que aún no disponía. En otras palabras, la dificultad se refiere a los problemas que conciernen a Φ_0 . En los estudios realizados sobre el caso no se cuestiona P_0 . Por lo tanto, uno de los interrogantes que nos plantea este caso es si se puede desvincular la relación de causalidad —que parece establecida por Lacan— entre el padre y el falo, entre el padre y el advenimiento de la significación fálica.

Les recuerdo el esquema completo del que disponemos:

Primero el esquema estándar: existe el Nombre-del-Padre y, por lo tanto, hay significación fálica: $P \rightarrow \Phi$.

Después el esquema schreberiano: $P_0 \rightarrow \Phi_0$.

Y el problema está en saber si puede haber P y Φ_0 , con lo que este cuadro nos obliga a llegar a proponer P_0 y Φ .

7 de enero de 1988

IV DISCUSIÓN CLÍNICA

LA DUDA Y LO APOFÁNTICO

Una de las dificultades con que nos encontramos en la investigación a propósito de este caso es que no estamos muy habituados a las discusiones clínicas. En el IRMA,¹ hacemos frecuentemente las discusiones clínicas de un modo bastante rápido, dado el formato del acontecimiento. No quisiera conceder sin embargo grandes virtudes a la discusión como hace el filósofo Jürgen Habermas, quien piensa que, sobre la discusión, sobre su estructura, reposan el futuro del mundo y el nacimiento de un nuevo universal. Pero, en fin, me parece cierta la virtud de la discusión. Cuando se produce entre nosotros, se acompaña de un sentimiento de novedad.

En el IRMA tomamos como base un caso de Freud. A veces lo criticamos severamente, y Freud lo soporta con una ecuanimidad que merece nuestra admiración. No se muestra susceptible, no dice: *Si eso es así, me voy*. El propio Lacan no se anda con chiquitas. Supone incluso que Freud no resolvió el caso porque quedó lejos, él mismo, en cuanto a la asunción de la castración. Bien saben ustedes lo mal visto que estaría hacer entre nosotros ese género de imputaciones. Pues bien, sí que se las hacemos a Freud, quien, impávido, continúa todavía entre nosotros. Habría que ser más borgiano para desarrollar este tema.

Tendemos a desarrollar la teoría analítica bajo la modalidad de la certeza porque, en la propia práctica psicoanalítica, el acto se realiza con el elemento de la certeza. La interpretación es creadora de efectos. Interpretación y discusión son dos posiciones totalmente extrañas entre sí, lo que se traslada entonces, con toda naturalidad, sobre el estilo teórico. En la teoría analítica hay como una obligación de utilizar el estilo apofántico, es decir, de mostrar lo verdadero.

El estilo de Lacan es ciertamente apofántico. Lo que nos ha conducido sin duda a

obcecarnos en su lectura e interpretación. No puede uno imaginarse ahora hasta qué punto estaba perturbada su lectura —a causa de ese estilo— por la convicción con la que Lacan decía, poco más o menos, lo mismo desde el principio hasta el final. Desde donde estamos, podemos ver hasta qué punto eso representaba un callejón sin salida para comprender de qué se trata. Podemos llegar a deplorar los excesos de *cronologización* respecto a las presentaciones teóricas de Lacan, pero me parece que ese inconveniente es menor que su absoluta sincronización por el elemento de la certeza. Creo que eso perjudicó verdaderamente el trabajo que se hacía en la EFP. No es que queramos poner en duda la función eminente de la teoría. Por otra parte, y a propósito del Hombre de los lobos, Freud dedica un párrafo bastante interesante a la duda como un medio de la resistencia en la cura del obsesivo. Pero quizás entre lo apofántico —es decir, la mostración de lo verdadero— y la duda haya lugar para un tercer estilo intermediario y problemático, un estilo que nos incite a volver sobre la manera en que planteamos los problemas. ¿Cómo los planteamos? ¿Cómo los plantea Freud y cómo lo hacemos nosotros? ¿Cómo surgen? ¿Cómo se estructuran? ¿Cómo quedamos atrapados en ellos? Se trata de poder aislar el punto en torno al cual gira todo esto, a saber: por qué la significación fálica de uno no es la significación fálica de otro.

Podemos percibir de qué manera esos sintagmas un poco petrificados que utilizamos sufren la refracción de diferentes lecturas. A través de una discusión *embarullada*, confusa, polémica, animada, vacilante... podemos esperar que las cosas se renueven un poco, acotando esos puntos de encrucijadas en los que el simple desplazamiento de una puntuación se traduce en diferentes opciones. Lo que evidentemente puede llegar a cristalizarse, en un momento dado, entre neurosis o psicosis. Es una apuesta. No es la única, y no vamos a dividirnos, como en *Los viajes de Gulliver*, entre los partidarios del lado ancho y los partidarios del lado estrecho. Cuando entramos en el régimen de la discusión, vemos con certeza que podemos depender de un solo voto. Al final se vota, y luego se ve el resultado. Ése no es el problema. El problema está en asumir, a veces, unas cristalizaciones que se presentan alternativamente, pero también, y al mismo tiempo, intentar tener un estilo problemático. En este examen de las cosas, no seguimos un plan rígido.

Centremos un poco las cosas sobre el estatuto del padre. Puesto que no tenemos tiempo para emprender hoy esta discusión, querría simplemente recordar la posición de Freud al respecto.

La posición de Freud es, indiscutiblemente, que en el Hombre de los lobos se constituyó el Edipo. Esta posición es inequívoca en la propia exposición y se observa ya en el plano del diagnóstico de neurosis obsesiva. Freud ordena el caso en torno al momento de la neurosis obsesiva. En la compleja historia del Hombre de los lobos, hay un momento que puede llamarse de neurosis obsesiva: aquel en que discute los temas religiosos. A este respecto, Freud considera *indudable* —es su término— que en ese momento el padre representa para el sujeto una amenaza de castración. Es la conclusión del capítulo llamado «Erotismo anal y complejo de castración». Habrá que volver sobre los razonamientos y las vueltas a través de las cuales Freud llega a ello, pero ese capítulo acaba en la función del padre: «Es indudable que hacia esa época el padre había devenido para él aquella persona terrible que amenaza la castración».²

Freud elabora a fondo dos posiciones paternas que pueden convertirse en series: una nota preciosa nos muestra dónde puede deslizarse exactamente la enseñanza de Lacan. Freud considera que «el varoncito tiene que cumplir aquí un esquema filogenético y lo lleva a cabo aunque sus vivencias personales no armonicen con él». El esquema filogenético freudiano es el propio de la especie humana que parece reflejar, según Freud, la prehistoria de la humanidad. Hay un esquema ya constituido que pertenece a la historia humana. Lo llama la herencia humana: «La herencia prevaleció sobre el vivenciar accidental». Es una frase sorprendente. Para *lacanizar* —si podemos decirlo así— ese momento, basta con entender que, mediante la filogenia, Freud trata de explicar exactamente lo mismo que Lacan explica mediante la estructura. Freud recurre a esa hipótesis filogenética, es decir, a la hipótesis de un esquema edípico fijo y determinado. La hipótesis estructural consiste simplemente en comprobar la existencia de ese esquema que prevalece sobre lo accidental, pero sin hacer hipótesis histórica. La hipótesis estructural es mucho más minimalista que la hipótesis histórica.

El punto de referencia teórica de Freud es la existencia de tal esquema o tal estructura. Señala que hay una diferencia entre lo que exige esa estructura y las experiencias afectivas del sujeto, es decir, entre lo filogenético y lo ontogenético, pero que, en definitiva, Freud logró llenar los compartimentos de esa estructura. El ejemplo que da resulta muy impresionante: «Las amenazas o indicios de castración que había

experimentado partieron más bien de mujeres, pero ello no pudo demorar el resultado final. En definitiva, pasó a ser el padre a pesar de todo, aquel de quien temía la castración». La posición de Freud es inequívoca e incluso nos muestra la coherencia que hay para él entre la estructura del Edipo y el padre castrador, es decir, la conexión entre el padre y la castración, o sea la conexión del Edipo con lo que resumimos como la relación del padre con el falo: la metáfora paterna.

La posición freudiana ahí es inequívoca. Gracias a ella, Freud distingue una segunda versión del padre que no es ya el padre castrador, sino el padre castrado y enfermo. Freud señala los efectos de las confrontaciones del Hombre de los lobos con una deficiencia física. Recuerda cómo necesitaba jadear cada vez que encontraba tullidos, mendigos: «este síntoma se remontaba al padre que le había causado pena en su condición de enfermo cuando lo visitó en el sanatorio».³ Sabemos también que el apercebimiento de un Freud disminuido jugó un papel en el episodio siguiente. Freud rememora el sordomudo que encontró el Hombre de los lobos: «Cuando murió, lo buscaba en el cielo. Ése fue, pues, el primero de los tullidos por quien sintió compasión; de acuerdo con la trabazón y la secuencia dentro del análisis, sin duda alguna se trataba de un sustituto del padre».

La figura del sastre se inscribe en la serie de la primera versión: «Entre los más torturantes, pero también más grotescos síntomas de su padecimiento posterior, se contaba su relación con cada sastre a quien encargaba un traje: su respeto y su intimidación ante esa alta persona, sus intentos de granjearse su simpatía mediante propinas desmedidas y su desesperación por el resultado del trabajo, como quiera que saliese éste».

He aquí ya la indicación de lo que ordena la función paterna, a saber, estas dos posiciones del padre, a las que se encuentra explícitamente vinculada la noción de series sustitutivas.

14 de enero 1988

V

EL FALO Y EL PADRE

EL ASESINATO DE ALMAS DE SCHREBER

¿Nos atenemos a una relación causal entre P_0 y Φ_0 , o Lacan nos autoriza a relajar ese vínculo a fin de que pueda darse el uno sin el otro? Este texto, que introduce una complicación respecto a la relación entre P_0 y Φ_0 , ¿nos permite desvincularlos, o no? No es tan sólo una cuestión de exégesis del párrafo de Lacan. Si nos fiamos de él, esta pregunta condiciona la idea que podemos tener del Hombre de los lobos.

Al igual que Freud, Lacan aborda la psicosis a partir del Edipo. Sin duda, la referencia al Edipo no figura en primer plano en el análisis freudiano del caso Schreber, pero algunos años más tarde, cuando haya afinado la estructura edípica, Freud interpelará el caso Schreber en función de la presencia del Edipo. Lo abordará a partir de la neurosis y de la conjunción entre el padre y el complejo de castración. Extrayendo estos dos elementos, el padre y el complejo de castración, Lacan plantea un mecanismo, una estructura simple que explica la relación de articulación entre ambos términos, y lo hace sirviéndose del esquema de la metáfora, que no es por cierto el primer uso que hace de ella. Considera que este esquema le permite articular el padre y el complejo de castración.

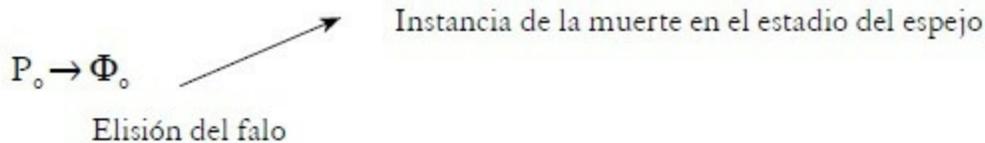
Al mismo tiempo, renuncia a cualquier indicio de pudor semantófilo respecto a la causa y trata la relación entre el padre y el complejo de castración en términos causalistas. El tema de la causa y el efecto es aquí central. La metáfora —como la metonimia— representa para él un esquema de causalidad. Si hay causalidad, hay entonces una relación orientada de un término a otro, así como una relación de dominación de uno sobre el otro. Lacan encuentra la solución, que ha hecho célebre su metáfora paterna, diciendo que el padre como significante es causa y que el falo como significado es efecto. El falo como significación acabada es pues un efecto. P tiene como

efecto $\Phi: P \rightarrow \Phi$. A partir de aquí, obtenemos también una doctrina de la psicosis. Tenemos por tanto una relación de causalidad simple entre dos términos que están sin embargo desnivelados: uno es causa y, el otro, efecto; uno es simbólico y el otro, imaginario.

¿En qué momento se introduce el problema que podría inaugurar cierta disyunción? Habiendo encontrado en Schreber las pruebas y las expresiones de P_0 , habiendo demostrado las distorsiones subsiguientes en las funciones simbólicas vinculadas a P —I y M en su esquema—,¹ Lacan se ocupa de lo que permanece en el lado de lo imaginario. Ve en el «asesinato de almas» de Schreber algo correlativo a P_0 . Esto, destaquémoslo, después de haber tratado los problemas que rodean ese punto, es decir, los problemas que se refieren a las identificaciones narcisistas. Después de haber tratado P_0 y la distorsión de las funciones simbólicas, Lacan arriba a la distorsión de las funciones imaginarias. Se ocupa entonces de ese punto designado como «asesinato de almas». En el párrafo que nos ocupa, lo que denomina la resolución de este punto es distinto de las identificaciones imaginarias, que se despliegan en la línea $i \ m$ y que ya fueron evocadas por Lacan en su escrito: «goce transexualista», «imagen de la criatura», etc. Una vez abordadas esas distorsiones y estas modificaciones imaginarias, llega al «asesinato de almas». Saben ustedes que este «asesinato de almas» es central en Schreber al tiempo que sigue siendo completamente enigmático para nosotros, puesto que figura en el capítulo III de las *Memorias...* y no pasó a la publicación. Entonces, sobre el acontecimiento del «asesinato de almas» tenemos un punto de interrogación.

Para explicar este «asesinato de almas», Lacan se pregunta si es suficiente apelar a la relación de causalidad negativa entre P_0 y Φ_0 , a saber, lo que llama el efecto simple. Pero en este párrafo de la p. 552 emplea la expresión: «En un segundo grado». ¿Cómo debemos representarnos la relación de causalidad en un segundo grado? Podemos decir que esto introduce una nueva causalidad independiente. ¿Es eso lo que dice Lacan? Me parece que dice otra cosa. Dice que hay un razonamiento complicado o de doble resorte. En un primer tiempo, P_0 traduce una elisión del falo y, en un segundo tiempo, para resolverse, esta elisión del falo produce el efecto llamado «asesinato de almas». Lo que aparece como solución final es el propio «asesinato de almas». Las identificaciones imaginarias no están en la resolución. Explotan el estadio del espejo, pero no su hiancia mortífera. Lacan llama aquí resolución a la resolución de la elisión del falo causada por P_0 y que en Schreber cobra la forma del «asesinato de almas».

Este texto complica la relación entre P_0 y Φ_0 , pero no desvincula ambos términos. Abre un margen, es decir que hay diferentes maneras de resolver esta elisión del falo. La que escogió Schreber es la instancia de la muerte en el estadio del espejo, pero cabe suponer que hay otras maneras de resolver la elisión del falo, otras maneras que no toman la dimensión llamada «asesinato de almas».



Lacan puede decirnos que hay que buscar la forclusión del Nombre-del-Padre, pero no nos dice que en toda psicosis haya que buscar la presencia del «asesinato de almas». «El asesinato de almas» es la solución schreberiana. Es la solución schreberiana a la elisión del falo por la muerte. Este párrafo, por sí solo, no nos autoriza de ninguna manera a desvincular P_0 y Φ_0 . Sólo nos abre un margen de resolución para la elisión del falo. Así es como lo leo, siendo compatible con lo que Lacan dice al respecto. «Este otro abismo —dice—, ¿se formó por el simple efecto en lo imaginario del llamado vano en lo simbólico a la metáfora paterna?». Se comprende su pregunta. Se interroga sobre el «asesinato de almas» precisamente porque generaliza la forclusión del Nombre-del-Padre en la psicosis. Conocemos suficientemente la clínica de la psicosis para comprobar que, en la experiencia, el «asesinato de almas» o un equivalente de esa intensidad no es en absoluto la regla general. Se trata de dos puntos diferentes, puesto que no se observa la forclusión del Nombre-del-Padre. No se observa, se infiere. Es simbólica y se infiere en un plano radical. Por el contrario, cuando se trata de lo imaginario, hay que tener testimonios. La experiencia, o el texto mismo del psicótico, es por lo tanto decisiva.

Si Lacan no emplease la forma interrogativa y dijera *Este otro abismo se formó por el simple efecto en lo imaginario del llamado vano en lo simbólico a la metáfora paterna*, querría decir que toda psicosis comportaría un «asesinato de almas». Por eso Lacan se plantea la pregunta. Y es lo que hace que elija esa otra vía, es decir que la forclusión del Nombre-del-Padre produce en lo imaginario un efecto de doble resorte. El primer efecto, que vamos a llamar necesario, es la elisión del falo. El segundo efecto, que vamos a

llamar contingente, es la vía de resolución que el sujeto elige para resolver esa elisión del falo.

Lo propio de la vía schreberiana consiste en elegir como solución el «asesinato de almas». Hay en ella una idea de solución que no es en absoluto una solución apaciguadora y que distingue completamente la solución y el complemento. La solución allí es una catástrofe psicológica, pero constituye sin embargo una manera de hacer con la elisión, una manera de designarla, de nombrarla, de asignarle un lugar. Y pone también en primer plano los diferentes valores posibles del narcisismo. Existe el narcisismo que podemos llamar narcisismo de distorsión, de modificación. Podemos preguntarnos si no habrá también un narcisismo de solución. ¿Podemos decir que las diferentes soluciones de la elisión del falo recurren regularmente al estadio del espejo? ¿Podemos decir que en Schreber se dirigen hacia la hiancia mortífera de ese estadio, pero que, en otros sujetos, otras funciones distintas del estadio del espejo podrían permitir resolver la elisión del falo, manteniendo la distinción entre la función que aquéllas ocupan en ese lugar y la función que ocupan en su perímetro? Es por el momento problemático.

En todo caso, la cuestión que Lacan plantea me parece totalmente necesaria. Generalizando la función del Nombre-del-Padre, Lacan no generaliza el «asesinato de almas». Es preciso empujar ese «asesinato de almas» a efecto segundo y contingente en relación con los efectos necesarios de la causalidad $P_0 \rightarrow \Phi_0$. Lacan indica que es una causalidad de doble resorte. Lo que tiene interés para los casos que nos ocupan y en particular para el del Hombre de los lobos.

Si se sigue el texto a partir de la página 550 de los *Escritos*, vemos en ella primero la práctica transexualista, después la criatura al infinito en un fantasma que carece de mediación. Por fin, en la página 552, llega a lo que le es central: «Y allí también la línea gira alrededor de un agujero, precisamente aquel donde el “asesinato de almas” ha instalado la muerte». Podemos decir que Φ_0 toma el valor de la muerte. Viene entonces ese párrafo del que nos hemos ocupado y que dice que Φ_0 no tiene siempre la significación de la muerte. Mientras que en Schreber la significación fálica es reemplazada por la significación de la muerte, en otros sujetos psicóticos la forclusión del Nombre-del-Padre se acomoda bastante bien con una significación vital que perdura a pesar de todo. La muerte es verdaderamente una negación muy fuerte de la vida. Es lo inverso de la vida. Pero podemos imaginar también que, para ciertos sujetos, la significación no sea solamente la negación de la vida sino, por ejemplo, el velo de la vida.

Ese velo de la vida no es una asunción de las funciones vitales, una identificación con su ser de vivo, sino una identificación con su ser de muerto viviente o de vida deficitaria. Podríamos declinar aquí los diferentes perjuicios del sentimiento de vida que no llegan hasta el sentimiento de muerte.

Evidentemente, esto se apoya en muchas cosas. En primer lugar, en la manera de comprender «producido en un segundo grado». Podríamos comprender —pero no es el camino que hemos elegido— que hubiera P_0 y luego que hay en marcha una segunda causalidad, diferente. Me parece que no es eso lo que quiere decir «en un segundo grado». «En un segundo grado» quiere decir que la causalidad necesaria se prolonga un paso más. Es por lo tanto una causalidad de doble resorte. Puede apoyarse también en la manera en que se interpreta «la hiancia mortífera del estadio del espejo». Para mí, tal como lo leo, quiere decir que Lacan lleva la elisión al estadio del espejo, a su hiancia mortífera. Ahora bien, es una instancia especial del estadio del espejo la que particulariza, a este respecto, el caso Schreber.

RETORNO SOBRE EL DIAGNÓSTICO

Volvamos al Hombre de los lobos. En este caso, dependemos mucho de la elección de Freud puesto que, como el propio título indica, sólo tenemos una parte del caso. Freud adopta un punto de vista forzosamente parcial sobre este caso clínico. Curiosamente, se centra en un momento que es en el fondo muy antiguo y que aparece clínicamente patente, a saber, una neurosis obsesiva declarada antes de la edad de cuatro años, que comienza con una fobia a los animales para convertirse en una neurosis obsesiva de carácter religioso. Freud anuncia las cosas así. Recibe a un adulto y, cuando nos lo presenta, para designar su estructura clínica, decide seleccionar de la historia del paciente un momento que va desde la edad de cuatro años hasta alrededor de los diez. Aún resulta más extraño el hecho de que nos diga que si el paciente viene a verle es porque está enfermo en ese momento: hundido en la enfermedad desde la edad de dieciocho años, «tras una infección de gonorrea».

La declaración preliminar de Freud a este propósito es impactante. Nos anuncia que es imposible ver la conexión entre la enfermedad anterior y la definitiva enfermedad posterior. Es una declaración totalmente sorprendente: Freud va a buscar una neurosis

obsesiva en la infancia y nos anuncia de entrada que la desvincula completamente del estado presente del enfermo. Este caso posee en Freud una escritura del todo especial. Solamente al final veremos llegar una serie de datos sobre la enfermedad del momento. Arrastramos con nosotros el diagnóstico freudiano del Hombre de los lobos, a saber, que el núcleo de la enfermedad de este sujeto es su neurosis obsesiva infantil. Freud anota por otra parte que el diagnóstico psiquiátrico de la época es totalmente distinto, puesto que es el de «insania maníaco-depresiva».

Podemos preguntarnos por qué Freud eligió ese momento. Lo dice así: «Lo esencial de la neurosis obsesiva aparece de una manera que no engaña».² Es sorprendente. Hay una certeza del diagnóstico respecto al momento de la neurosis infantil.

El reto del *rediagnóstico* del Hombre de los lobos consiste, a mi parecer, en saber cuál es el fundamento de la certeza freudiana en la materia. Hubo neurosis obsesiva y lo que vino después, por extravagante que sea, son las secuelas de esa neurosis obsesiva.

Les hice notar que este texto está ocupado de entrada por la reinterpretación. En primer lugar, porque Freud apunta a un episodio muy antiguo, que ha sido reinterpretado muchas veces por el propio sujeto, y también porque el mismo Freud lo reinterpreta. Encontramos además en el texto la huella de sus arrepentimientos o vacilaciones. A continuación, porque están las interpretaciones que hicieron Jung y Adler de los datos del análisis. Finalmente, porque ha sido reinterpretado por psicoanalistas y por adversarios del psicoanálisis, y luego reinterpretado por Lacan de una manera totalmente distinta. *De una manera totalmente distinta* significa que no es sólo porque puede interpretarlo a partir del desencadenamiento del episodio según Ruth Mac Brunswick, sino porque pone a prueba los rasgos de la neurosis obsesiva.

Podemos ver hasta qué punto no son las formaciones imaginarias las que aquí pueden guiarnos. Creo que hay que conservar su primera teoría causalista, la que hay al principio de los *Escritos*, que formula que, al revés que la estructura simbólica, las formaciones imaginarias no son determinantes. En el plano de las formaciones imaginarias, podremos combatir durante mucho tiempo. En el plano de las estructuras simbólicas, consideramos que no hay que batirse. No tienen el mismo estatuto que las formaciones imaginarias, que son patentes. Allí donde la cosa es patente, es la guerra. En el campo de las estructuras simbólicas, no hay que batirse. Es solamente problemático y por lo tanto, a pesar de todo, se puede discutir.

Podemos decir que la primera parte del informe de Roma es un texto dedicado al caso

del Hombre de los lobos. Esta primera parte pretende asentar el psicoanálisis a partir de la historia, es decir, en una configuración de sentido. La referencia constante y subyacente de Lacan en este texto es el Hombre de los lobos y sus efectos de retroacción [*d'après-coup*], efectos presentes en los propios títulos —la parte octava del Hombre de los lobos es la retroacción [*l'après-coup*]—. De manera incidental, Lacan no menciona al Hombre de los lobos sino al final del informe de Roma, pero puede leerse entre líneas en el texto. Cuando nos explica que la teoría de las pulsiones está captada fundamentalmente en una historización primaria, debemos leerlo sobre el fondo del caso del Hombre de los lobos. Cuando nos explica que la fijación al estadio anal es de hecho una fijación a una página de gloria o a una página de vergüenza, traduce exactamente lo que Freud nos explica de la educación anal del Hombre de los lobos. El esquema retroactivo del sentido —desde cierto punto del presente apuntar al porvenir para volver a dar sentido al pasado— está en el centro del caso del Hombre de los lobos tal como Freud nos lo presenta.

EL GENIO LITERARIO DE FREUD

Esto explica lo que, a pesar de todo, resulta muy singular en este texto de Freud. ¿Cómo está escrito el caso clínico? No está escrito simplemente en forma cronológica. Al principio, tenemos una aparente forma cronológica. Pero, de hecho, en la propia escritura y capítulo a capítulo, asistimos a un efecto de involucramiento. Dentro se encuentra el genio literario de Freud. La concepción del caso en el capítulo II se transforma en el III, que, al aportar un nuevo dato, rehace la lectura del conjunto. De esa manera, solamente al final se conocen los datos verdaderamente importantes. Freud nos dice que eso sucede porque sólo los conoció al final del análisis, pero de hecho, a lo largo de él, capítulo a capítulo, vemos cómo se modifica la perspectiva del caso. No es en absoluto una escritura plana, pretendidamente objetiva o científica, sino una escritura que da impresión de volumen. Tenemos ante nosotros una montaña por escalar cuyo aspecto se modifica paso a paso. En otras palabras, la propia lectura del texto nos restituye el efecto retroactivo presente en el propio caso. El texto está escrito mediante movimientos de retorno imitando al caso. Resulta del todo prodigioso.

Si se examina de manera objetiva, uno se pregunta por qué Freud no lo puso todo en

un solo plano. Esta pregunta retorna además muchas veces en el texto. ¿Cómo presentar las tres dimensiones en dos? Así por ejemplo, en la página 45 hay un pasaje que muestra el giro de escritura de Freud. Se trata de un pasaje del capítulo IV en el que Freud se ocupa del sueño y sus consecuencias: «Debemos interrumpir aquí el examen de su desarrollo sexual hasta que posteriores estadios de su historia proyecten retrospectivamente nueva luz sobre esos estadios tempranos».³ Este juego de manos es aún más sorprendente cuando Freud tiene que comentar la fase de maldad del Hombre de los lobos. Aparece al principio como una «época de maldad». A continuación, en el capítulo III, como «época sádica». Después, en el capítulo VI y su continuación, como «época anal». A medida que avanza el texto, el mismo período de tiempo recibe calificaciones que se van modificando y que hacen cambiar la perspectiva.

El enigma consiste por lo tanto en que Freud no centra el caso en el paciente tal como le llega, sino en lo que llama el tiempo primordial de la infancia. Lo que le parece que exige una explicación causal es la época de la neurosis obsesiva entre los cuatro y los ocho años. Freud decide explicar la neurosis obsesiva, es decir, la secuencia de angustia, fobia, perversidades. Para él, esta secuencia requiere una explicación.

Todo el mundo estará de acuerdo en decir que Freud lee esta neurosis con la plantilla del Edipo, de un Edipo que él concibe con la fórmula del esquema filogenético heredado —y que Lacan sólo tendrá que recoger para convertirlo en una estructura—. ¿Podríamos decir qué es lo que parece orientar este abordaje del caso por parte de Freud? No es otra cosa que el diagnóstico de homosexualidad inconsciente. Freud considera que hay en este sujeto una pasividad fundamental. No sólo a causa del trauma de la seducción, sino a causa de su posición de espectador en la escena primordial. En ella, la seducción anterior de la hermana, ya hay pasividad. Esa pasividad retrocede cada vez más atrás en la cronología como una disposición, como una elección fundamental que adquiere significaciones nuevas en el curso del desarrollo. La pasividad fundamental del sujeto adopta una primera significación en el momento de la seducción y adquirirá su significación genital en el momento del sueño que reactiva la escena primordial. La neurosis obsesiva fija todavía más la significación de pasividad en este sujeto. Parece que hubiera en él una disposición originaria a esa pasividad.

Sin embargo es en el momento en que levanta el velo cuando Freud nos dice cuál era la queja del sujeto. A su llegada, hay dos quejas que Freud presenta como fundamentales. La primera es la de tener un velo sobre el mundo. Freud nos dice que

«es la queja en la que el sujeto resume su padecer». Luego nos indica otro valor para su queja: «No podía cohabitar con la mujer, y todo el trabajo se dirigió a descubrirle su relación con el varón, inconsciente para él».4 Freud nos proporciona aquí toda la dirección de la cura. El tipo llegó diciendo que no podía soportar a la mujer, y todo el trabajo de Freud se centró en la homosexualidad inconsciente.

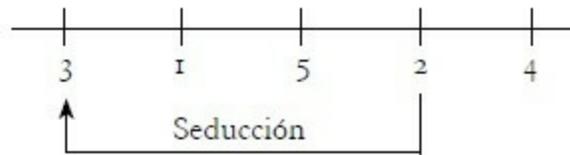
DISCONTINUIDADES

Podemos vernos tentados de empezar por la rápida síntesis del caso que Freud nos presenta hacia el final de su texto, en el capítulo IX, donde despliega toda su periodización. Nos ofrece también un rápido resumen en el capítulo precedente, y resulta divertido constatar cómo sus síntesis cambian de sentido, en cada ocasión, por la confluencia de nuevos elementos que no son simplemente acumulativos, sino que tienen efectos retroactivos. Pero supongo que ya tienen ustedes idea de todo esto. Prefiero tomar como ejemplo el primer abordaje del caso que hace Freud, aquel en el que se centra desde que nos presentó la constelación familiar con los cinco personajes iniciales, es decir, el padre, la madre, la hermana, la niñera y la gobernanta inglesa —quien viene un momento, da un par de vueltas y desaparece muy rápidamente, siendo Groucha la verdadera *vedette américaine*; lo que el sujeto sólo revelará *in extremis*.

Tenemos pues de entrada esa constelación familiar. ¿En qué se fija Freud? Sitúa su punto de referencia en una discontinuidad muy precisa: el cambio de carácter del sujeto alrededor de los tres años y cuarto o tres años y medio. Lo que requiere tener como referencia una posible continuidad. Pero Freud elige subrayar una discontinuidad del carácter, reconocida y sancionada por la familia: el paciente era amable y dulce como una niña, pero luego, entre los tres años y cuarto y los tres años y medio, se vuelve malvado. Freud busca por tanto la causa de esto a uno y otro lado de ese corte. La secuencia que conducirá a la neurosis obsesiva comienza a partir de ahí.

El texto enriquecerá continuamente ese corte. Nos aportará poco después, en efecto, un segundo corte que será el del sueño. Tenemos pues una segunda discontinuidad con ese sueño, que remite a un episodio incluso anterior al primer corte. A continuación, podemos situar con mayor precisión el momento en que interviene la neurosis obsesiva propiamente dicha: el de la instrucción religiosa a cargo de la madre. Ese momento

constituye una nueva barrera y, desde ahí, descubrimos un corte anterior: el de la escena con Groucha. Tenemos pues esos diferentes cortes en un movimiento de vaivén:



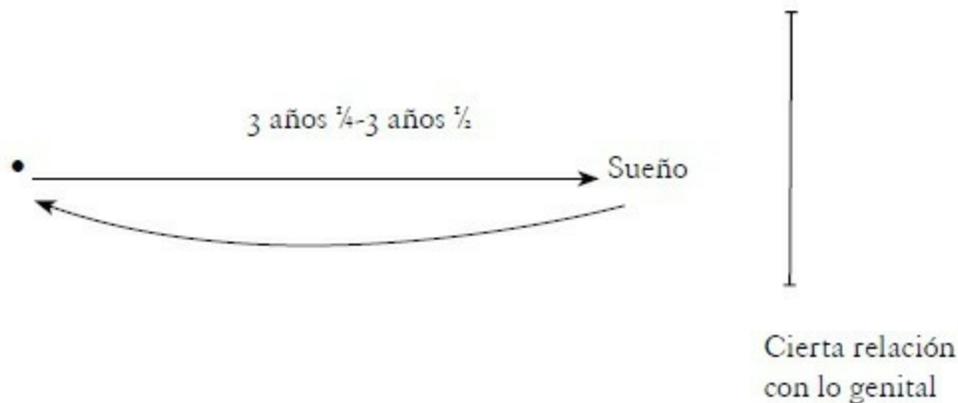
Como saben, Freud indica adecuadamente el parentesco del sueño con el episodio de seducción de la hermana, puesto que considera ese sueño como una segunda seducción, un segundo trauma. Sitúa estos dos cortes en una posición destacada. Conforme a su orientación fundamental, Freud busca la causa del cambio de carácter en un incidente sexual real. De entrada, confirma los dichos familiares que se refieren a la gobernanta inglesa. En un segundo tiempo, descubre que es la hermana quien llevó a cabo la seducción. Freud imputa a este incidente una acentuada influencia sobre la sexualidad del sujeto, es decir, que esa causa tiene como efecto una posición sexual pasiva: ser tocado en los órganos genitales. Al mismo tiempo, nos presenta la maldad, que toma de allí su cariz agresivo, como una reacción a esa pasividad fundamental, casi como una tapadera. La agresividad aparece como una tapadera y Freud confirma de entrada la noción de que la virilidad del Hombre de los lobos es reactiva, una virilidad de semblante. Cuando sepamos más de Groucha, a partir del episodio que se produjo un año antes, estaremos preparados para admitir esa virilidad de semblante.

Lo decisivo es el corte de la seducción que tuvo lugar a los tres años y cuarto. Descubriremos de hecho que, ya alrededor de los dos años y medio, fue determinante un episodio relativo a la elección heterosexual. Freud pone de relieve esa pasividad, de la que hace el *leitmotiv* de su abordaje, a propósito de la hermana, después a propósito de la ñaña e igualmente la pone de relieve —lo que es a pese a todo sorprendente— en relación con el padre. Sean cuales sean los meritorios esfuerzos que hacen sobre él para arrancarlo de ese registro, la relación con el padre está invenciblemente marcada por el rasgo de pasividad. No puede negarse —no creo que nadie lo piense— que en este caso hay una relación con el padre. Es absolutamente constante en la observación de Freud. Es incluso algo tan marcado que quizás por eso Freud se viera conducido a no considerar más que modalidades de la neurosis obsesiva.

Pero existe la dificultad que Freud señala y constituye una indicación clínica completamente esencial, es decir, que lo que comienza en el sujeto como una identificación con el padre —ser un señor como mi padre, etc.— se vuelve hacia la relación de objeto, es decir, *a ser amado por el padre*. Es ésta una referencia esencial, es decir, que la elección de objeto sustituye a la identificación. De ahí que Freud presente la seducción como correlativa con su primer abordaje. Al mismo tiempo, interpreta la maldad del sujeto de dos maneras distintas. Considera primeramente que esa maldad responde a una virilidad reactiva en relación con la pasividad fundamental. En segundo lugar, que la maldad es una demanda de castigo y que, de hecho, no hace más que reflejar e intensificar la maldad fundamental. Así pues, la propia actitud agresiva del Hombre de los lobos tiene un doble valor. Primero el de negar su pasividad con un semblante y, segundo, el de requerir un castigo para ser golpeado por el padre. Bajo el sadismo del Hombre de los lobos se esconde un masoquismo.

¿Cómo justificaba Freud esa primera discontinuidad? Según él, hay una causa: un concreto incidente sexual con la hermana. Freud extrae de él cierto número de consecuencias que explican esa posición de maldad a partir de la pasividad sexual —pasividad que adquiere la significación del masoquismo, por mucho que pueda expresarse al mismo tiempo como virilidad—. Aun con las nuevas significaciones que se van a ir produciendo paulatinamente, podemos decir que estos dos vectores permanecen presentes hasta el final.

Pasamos ahora al sueño que dio nombre al sujeto, y con razón, puesto que el propio Freud expresa su convicción —convicción, *Überzeugung*, palabra que aparece con frecuencia—, de la que hace partícipe al sujeto, de que tras ese sueño se esconde la causa de la neurosis infantil. El primer vector, que va de la edad de tres años y cuarto hasta la de tres años y medio, es insuficiente para llegar directamente a la neurosis infantil. Se interpone una causa que remite verdaderamente al principio, es decir, a ese sueño de angustia que Freud interpreta de entrada como angustia de castración. Esa misma ruptura hace que todo lo que vive el sujeto tome en adelante una significación genital. La pasividad se interpretará en lo sucesivo como homosexualidad en sentido genital. En otras palabras, Freud descubre en esto una cierta relación —no precisemos más— con lo genital. Podemos decir que se trata de cierta relación con la significación fálica. Hay una cierta relación —no digo cuál— que modifica la posición fundamental del sujeto, es decir, su pasividad:



NARCISISMO Y DESENCADENAMIENTO

En la lectura de este sueño, Freud tomará como punto de partida la angustia de castración y la conexión entre el padre y esa angustia de castración. Esta conexión concierne a la pasividad y, desde que toma la significación de la homosexualidad, obliga a su represión. Al mismo tiempo, nos presenta retrospectivamente el episodio de la seducción, portador de la castración, como si no hubiera alcanzado para el sujeto ese sentido genital. En cambio, a partir del sueño, estalla la diferencia y la contradicción entre la pasividad, interpretada en el contexto genital, y la integridad física, lo que Freud llama el valor que el sujeto concede a sus órganos genitales. Antes de esa discontinuidad, la pasividad no era en el fondo contradictoria con la posesión de los órganos genitales. No se había establecido la conexión. Para Freud, sólo la habrá a partir del sueño. En ese momento se produce la represión de la homosexualidad inconsciente.

En su investigación clínica, vemos que Freud se pregunta por qué el sujeto no llegó a ser homosexual. ¿Por qué su pasividad no se transforma pura y simplemente en homosexualidad? Freud busca la instancia represora. Tiene una tesis bastante precisa sobre lo que es represivo. Ligado al narcisismo, lo represor es el valor que el sujeto atribuye a sus órganos genitales. El *modus operandi* de la represión explica que el sujeto pasivo no haya llegado a ser homosexual. Este sueño viene a suponer una especie de barrera por franquear. Esta pasividad que se introduce en el sueño, debería tomar entonces valor de homosexualidad, pero resulta que, en ese momento, pasa de largo. Ha sido reprimida en la medida en que el sujeto sufre un conflicto entre la pasividad interpretada genitualmente y el narcisismo del órgano genital.

Estoy todavía al principio del texto, pero podríamos hacer un rápido cortocircuito. Para Freud, el sentido genital se alcanza verdaderamente en el sueño. Podemos percibir sin embargo que cuando hay desencadenamiento para este paciente —su gonorrea con dieciocho años y el problema con su nariz más tarde—, es cuando sufre un daño narcisista. No es suficiente, estamos al principio de nuestra investigación, pero si quisiéramos buscar una coyuntura de desencadenamiento, está claro que no lo sería por el lado de *Unpadre*. Se pudo demostrar que los encuentros con los padres no suponen ningún problema para el Hombre de los lobos. Da grandes propinas al sastre y nunca está contento con el resultado. Pero, al verle coger sus enormes tijeras, el sujeto no sale de estampida creyendo que el sastre va a cortarlo. En cambio, sí hay una coyuntura de desencadenamiento de la que podemos decir que pone en primer término, no la función del padre, sino la función fálica. Sin decidir por el momento si se trata de una neurosis o de una psicosis, señalemos que tendríamos aquí un modelo de coyuntura de desencadenamiento más bien por el sesgo fálico que por el paterno. Lo que podemos llamar el sesgo del daño narcisista.

Pero ¿qué significa el narcisismo de los órganos genitales? ¿Cómo podemos escribirlo? Debemos escribirlo con el Φ imaginario, puesto que está investido narcisístamente. Se trata pues del falo imaginario. Para el sujeto, resulta amenazante que un signo *menos* se aproxime a ese falo imaginario, es decir, un daño, una falta que concierna a ese falo imaginario. Falo que para el sujeto resulta tan precioso que es incluso la causa de la represión. Como si tuviera para él la función de un Nombre-del-Padre. Cada vez que hay un daño en esa función, se produce una desestabilización del sujeto, incluso aunque no llegue a un desencadenamiento completo. Esto nos obliga quizás a depurar lo que llamamos la significación fálica. El falo de la «Cuestión preliminar...» es en el fondo un falo fundamentalmente positivo. No es el falo de la castración. En el esquema de Lacan, se escribe con una Φ sin negación y sobre un sujeto sin tachar. ¿Y cómo nos hemos acostumbrado a hablar de la significación fálica? Nos hemos acostumbrado a referirnos a ella como idéntica a la castración. En la metáfora paterna, llamamos significación fálica a una significación que se escribe -f. Quizás esto indique que en el sujeto hay sin duda una relación con el falo, pero que esa relación, en cierto modo, soporta muy mal su negación. Toda aproximación a un *menorser* [«*moindreêtre*»] parece profundamente desestabilizadora. No hay que olvidar que la castración simbólica se localiza por sus efectos imaginarios. No se puede pues estar dudando siempre. Ya anuncié que cuando

menos razones tenemos para hacerlo es cuando se trata del padre, puesto que se trata entonces de saber si las referencias imaginarias de la relación con el padre confluyen, o no, en una función simbólica.

Para decirlo rápidamente y facilitar la lectura que hagan para la próxima semana, les diré que hay al menos un elemento conceptual que le falta a Freud en relación con el punto desde el que lo leemos nosotros, es decir, la distinción entre lo imaginario y lo simbólico. La presencia conjunta e intensiva de imágenes del padre, de relaciones con el padre, de identificaciones con el padre, etc., confirma para Freud que se ha constituido la relación entre el padre y el falo. Habla entonces de neurosis obsesiva. ¿Pero no tenemos nosotros una exigencia complementaria a ese respecto? Padre y falo no nos bastan y debemos decir cómo los *recolocamos*, si puedo decirlo así, con la distinción entre lo simbólico y lo imaginario. El problema del diagnóstico gira en torno al problema del padre. ¿Son suficientes el número y la intensidad de las relaciones con el padre para que estemos seguros de que se ha establecido la función paterna? ¿Converge la experiencia del sujeto hacia esa posición de padre simbólico? Hay que fijarse en que, a despecho de la presencia indiscutible del padre que nadie puede negar, el inventor del padre simbólico, es decir, Lacan, no lo encuentra en la observación del Hombre de los lobos. No es seguro que se localice en esa cartografía su presencia simbólica. A este respecto, sería necesario que nos dijéramos que la conexión entre P_0 y Φ_0 está conservada. No hago más que indicar la serie de cosas que es necesario desplegar. Espero que esto los lance de nuevo al estudio de lo que Freud llama la neurosis obsesiva del Hombre de los lobos. En esa neurosis obsesiva ¿el padre es simbólico, o no?

21 de enero de 1988

LA MULTIPLICIDAD DE LOS PADRES

DESORDEN

No sé si empleé la expresión «encontrar al padre simbólico». Sería más bien encontrarlo en el análisis del Hombre de los lobos, a partir de sus dichos. Si se trata de la forclusión del Nombre-del-Padre, admitimos francamente que no la encontramos. Tenemos solamente cierto número de líneas que parecen confluir en una carencia [*une manque*]. Es uno de los títulos que propuse para una de las partes del Seminario III: «Los entornos del agujero». Lo que quiere decir que no cae en el agujero aunque cierto número de líneas parezcan confluir en una falta [*défaut*]. Pero aun cuando esa carencia esté ocupada por el significante del Nombre-del-Padre, no tenemos sin embargo *la experiencia* del Nombre-del-Padre. Se trata de una función que se deduce de las líneas del caso. No es un *hay encuentro*. En la época en que, para Lacan, lo simbólico domina lo imaginario, esta experiencia se sitúa en el plano de lo imaginario. Son datos imaginarios los que están presentes en la cura, excepto lo que es propiamente juegos del significante. La realidad que el sujeto refiere es una realidad profundamente imaginaria. Sirvámonos de eso.

Hay muchos padres en el Hombre de los lobos. El problema de este sujeto no es que no tuviera relación con el padre, sino que está totalmente saturado de ellas. A todo lo largo de su vida, no dejará de tener relación con un padre, y otro padre, y con otro más todavía, etc., hasta llegar a importarle un bledo todos esos padres que se le ofrecen con diferentes trajes. Cuando sólo se tiene uno, es muy complicado saber a quién confiarse. Tenemos una huella totalmente segura de ese rasgo, la multiplicidad de esos padres. Podemos decir que eso enmarca la experiencia de la neurosis obsesiva. Está también el término de influencia. Hay personas que tienen influencia sobre él. Durante toda su vida tendrá series de padres, y en un desorden que él mismo padece. Es diferente decir que esto converge hacia un *lo hay*. Es muy difícil decir que el padre existe en el plano

simbólico, en la medida en que se tiene aquí la sensación de un *notodo* del padre. Esta multiplicidad desordenada de las figuras paternas es lo que vuelve problemático el *lo hay*. ¿Cómo fundar mejor *el padre no existe* que con un caso como éste, que nos presenta una multiplicidad imaginaria de padres?

EL PADRE Y LA ANGUSTIA

Se trata de un punto de estructura de tal naturaleza que puede ayudarnos a encontrar el valor pleno del padre simbólico, o del Nombre-del-Padre según el uso corriente que hoy hacemos de él. La conexión entre Nombre-del-Padre y *padrecastración* exige una distinción, lo que ha hecho Agnès Aflalo.

En el texto sobre el Hombre de los lobos, hay un sintagma que retorna de manera regular: el miedo al padre, la angustia respecto al padre, que pone más de relieve todavía el sentido de lo que quiere decir «asunción de la castración». ¿Cuál es el valor de la conexión entre el padre y el falo? Esta conexión comprobada por Freud, sobre la que retorna a lo largo del texto, puede hacerse bajo la especie de la angustia de castración. Pero lo que permite situar legítimamente al padre como Nombre-del-Padre es, por el contrario, la índole de esa angustia. Esta función del padre sólo podemos deducirla. Precisamente por el hecho de que esta angustia esté atemperada, *significanzada*, es decir, reducida. El Nombre-del-Padre es por lo tanto el padre de la paz. Así lo introduce Lacan. Decir, más adelante, que este padre es también un *sinthome*, no descarta ese efecto de pacificación.

Junto a la angustia de castración, entonces, hablamos de la paz de la castración. Hablamos de una paz de la castración que hace que, en el caso de Juanito, finalmente, se proponga al menos una solución, es decir, un *tú tendrás otra*. En el fondo tiene el aspecto de un contrato, de una expectativa reglada, que atempera precisamente todo lo que pertenece al género de la angustia de castración, que, a este respecto, está en continuidad con la angustia pregenital. Lo genital es solidario de lo pregenital frente a la castración simbólica, por cuanto es el ámbito donde reinan las angustias de devoración, etc. En el fondo, la angustia de castración es compatible con ellas y hay una modalidad de lo genital que le es estrictamente homóloga. El Nombre-del-Padre es la función que, sobre ese gran desorden y esa gran invasión de angustias, ejerce un ordenamiento

pacificador por el que el padre merece su posición simbólica. Tal es, a estos efectos, la ambigüedad de la función del padre.

Pregunté si podemos negar que haya una relación con el padre en este texto. No puede negarse. Pero todo el problema consiste en saber si se trata del padre vinculado con la angustia de castración o el padre vinculado con la paz de la castración. ¿Dónde se encuentra pues en este texto la serie que confluiría en el establecimiento de esa paz? No se trata de qué personajes sostienen esa función puesto que, en relación con el padre de la paz, la angustia de castración puede estar sostenida por cierto número de personajes, incluido el padre. En este caso, con toda evidencia, el padre la sostiene de manera destacada, pero podemos preguntarnos si se trata de un padre que resulta mejor que una madre devoradora. ¿Hay aquí algún punto en que el sujeto obtenga el apaciguamiento de la angustia de castración?

Ese apaciguamiento lo busca en la religión. La religión ofrece la posibilidad de decir *Hágase tu voluntad*, posición extremadamente benéfica para el sujeto desde el punto de vista de la angustia. *Hágase tu voluntad* protege de la angustia. ¿Qué encuentra el Hombre de los lobos en esta religión, hecha para pacificar la castración? Su problema, desde que entra en la religión, es a pesar de todo saber si Dios tiene el modo de poseer sexualmente a Cristo. El Hombre de los lobos encuentra en la religión a un Dios cruel, que sacrifica a su hijo. Con lo que se desvanecen todas sus posibilidades de apaciguamiento.

Estamos aquí en el núcleo del problema de saber lo que para nosotros es el Nombre-del-Padre. El Nombre-del-Padre no tiene valor, sin embargo, sino en relación con el padre imaginario o con las instancias imaginarias. La función imaginaria del falo está constantemente presente en este texto. Tenemos un padre imaginario, cruel, devorador, es decir, una versión catastrófica de la castración. ¿Quién puede negar que hay una relación con el padre en Schreber? La relación con el padre está perfectamente constituida para Schreber. Freud llega incluso a aportar este caso como apoyo de la teoría edípica. Nos lo presenta como la versión salvaje de la castración, como una interpretación imaginaria de la castración, que debe entonces efectuarse en el cuerpo como emasculación. Hay que comprender que la teoría edípica ordena a la vez la neurosis y la psicosis. Es necesario por lo tanto que los términos de estas funciones aparezcan en ambos casos.

¿Qué le añade Lacan? ¿Qué añade a lo que organiza el camino de Freud? Lacan

despliega lo imaginario y lo simbólico. ¿Qué motiva esa distinción en el interior del texto de Freud? Que hay que hacer la distinción entre aquellos casos en los que el padre aparece únicamente en su función devastadora y aquellos en los que aparece en su función apaciguadora. El padre imaginario aparece también en otras funciones, por ejemplo la de un profundo menoscabo. Resulta entonces insoportable para el sujeto, lo que no hace sino confirmar la tesis de que el padre simbólico no existe. Hay que diferenciar pues los casos en los que el padre aparece únicamente en su función devastadora y aquellos en que, con todas las ambivalencias de sentimientos imaginables, todas esas líneas se apaciguan. Aunque haya reivindicación, hay una zona en torno a la cual esas líneas se organizan de una manera sólida, permanente, armoniosa, duradera. Proporciona un marco en el que se inscribe la experiencia.

En el Hombre de los lobos tenemos ese marco pero, evidentemente, su experiencia se produce siempre en una relación donde la angustia está continuamente al alcance de la mano. Dos experiencias son decisivas al respecto. Lo que cada vez resulta insoportable para el sujeto es que se aproxime un menos al falo imaginario. Los sucesivos desencadenamientos lo demuestran. Cuando ese menos asoma, se produce un efecto de desencadenamiento. En segundo lugar, tenemos esa experiencia típica que Freud nos presenta desde el principio del caso y cuya solución sólo nos revela poco a poco, como cuando el sujeto, cada vez que ve por la calle algún lisiado, tiene que conjurar esa aparición con un jadeo. Freud nos dice de ellos que son sustitutos del padre. Sigue siendo un menos que se aproxima al padre imaginario y no hay constancia del significante del Padre que atempere esa angustia.

¿Qué sería aquí, en este sentido, el padre simbólico? El padre simbólico es precisamente una función que no pertenece a la empiria, que es trascendental, que trasciende la experiencia. De manera que, sean cuales sean las variaciones de los personajes encontrados en la experiencia, el sujeto no se siente sin embargo amenazado directamente por esas inflexiones o dificultades de sus encuentros. Cuando el Hombre de los lobos encuentra a un lisiado, necesita protegerse. Para él se trata de una amenaza directa por completo. No pretendo por tanto que el resto sea probatorio y quizás podamos retomar todavía algunos datos del caso.

Me parece un razonamiento demasiado general decir que, para el sujeto, existe la función simbólica. El Hombre de los lobos habla. Es un poco general decir *función simbólica*. Aquí tratamos de reducirla a la función del Nombre-del-Padre más clásica, tal

como se le impuso a Lacan su necesidad en un periodo importante de su enseñanza. Hay que tener en cuenta que el texto del Hombre de los lobos es clave en la constitución de la enseñanza de Lacan e, incluso, de su teoría más fundamental. El caso Dora y el del Hombre de las Ratas son muy importantes para la técnica analítica, pero quizás sea el caso del Hombre de los lobos el más concluyente para la teoría lacaniana fundamental, en todo caso para la distinción de lo simbólico, lo imaginario y lo real. La promoción de la primacía del falo, que impresionó tanto en su momento, es algo que encuentra su justificación más profunda en el caso del Hombre de los lobos. Es cierto que para este sujeto existe la función simbólica, pero estrechemos el asunto sobre un término fundamental de ese orden simbólico. Lo que no es forzosamente contradictorio. A este respecto, decir que el padre simbólico es de hecho un *sinthome*, no cambia básicamente las cosas. No olvidemos que el *sinthome* es un aparataje [*appareillage*] de goce, una cierta configuración* del goce. El *sinthome* del Nombre-del-Padre es el que hace, de este goce, su «plus-de-paz». Es el más pacificador de los *sinthomes*. En ese goce que es la angustia, ¿qué es la angustia de castración? El momento en que el goce y la angustia adquieren una significación genital. Quedarán enmarcados por lo genital. La acción del padre simbólico no es suprimir el goce o la angustia, sino localizarla.

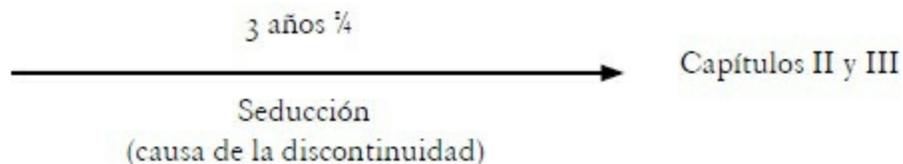
¿Qué es entonces lo que detiene a Freud aquí? Que hay efectivamente un cierto *quantum* de angustia, un cierto *quantum* de goce que no está amaestrado, capturado y significantizado por el falo simbólico. La parte no significantizable del goce le resulta por lo tanto un problema. Por eso Lacan se vio conducido a buscar qué salidas, distintas de la subjetivación y la significantización, serían válidas para ese goce. ¿A qué llamamos pues angustia de castración? A dos cosas distintas. A la angustia de castración que es la vieja angustia que adoptó una significación genital, pero que hay que distinguir de la angustia de castración como residuo de la significación fálica.

En el Hombre de los lobos tenemos el testimonio evidente de una invasión libidinal que hará saltar los límites de su cuerpo. Observamos localizaciones bastante precisas que Freud considera sin embargo histéricas. Aunque no haya en este sujeto significación fálica, sí hay en su lugar una *imaginarización fálica* que, poco o mucho, funciona de la misma manera. Pero ¿qué nos impide decir que funciona exactamente de la misma manera? El hecho de que se produzca un desencadenamiento cada vez que hay un atentado a la imagen. El Hombre de los lobos pierde sus referencias cuando se ataca a la

imagen —la imagen del padre, la imagen fálica, etc.—. Señalemos que ver a Freud disminuido fue un factor desencadenante para él.

DESPLIEGUE

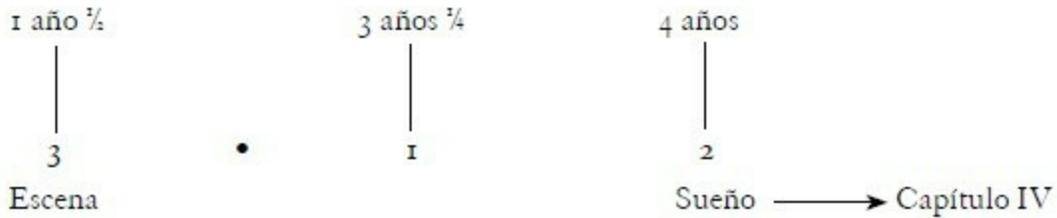
Podría quizás desplegar un poco el texto. En el primer plan de abordaje expuesto por Freud, introduce la advertencia que hizo sobre la discontinuidad. La primera advertencia de Freud concierne a la discontinuidad del carácter del sujeto. La infancia del Hombre de los lobos se divide en dos grandes partes: durante un tiempo fue un niño dócil, luego se convirtió en un niño malo, agitado, insoportable. Tenemos pues una discontinuidad del carácter que es la primera advertencia de Freud. Se trata de una discontinuidad que se producirá a la edad de tres años y cuarto y cuya explicación buscará en el episodio de seducción:



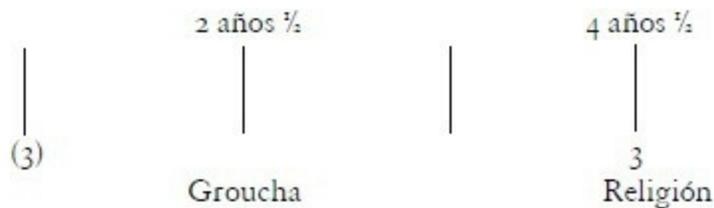
Según el orden, éste es el primer corte que Freud localiza. El capítulo II, que es un resumen de la historia del enfermo, se ordena con respecto a este corte que está fundamentalmente problematizado: «Parece que al principio fue un niño manso, dócil y más bien tranquilo, y por eso solían decir que él hubiera debido ser la niña y su hermana, el varón. Pero cierta vez que sus padres regresaron de un viaje de verano lo hallaron mudado. Se había vuelto descontentadizo, irritable, violento, se consideraba afrentado por cualquier motivo». ¹

En el capítulo III, Freud busca la causa de esa discontinuidad y la encuentra en la seducción. Después, esta cronología que se sitúa en torno del episodio de seducción, se enriquece con una segunda discontinuidad, la del sueño, que constituye también una línea de partición. Podemos aislar ese sueño alrededor del cuarto año y se sitúa de repente un periodo intermedio, el de la fobia a los animales. También a partir del sueño entramos en

la neurosis obsesiva. La cronología se enriquece y, al mismo tiempo, nos devuelve hacia atrás, es decir, al corte de la escena primordial:



Escena Sueño Capítulo IV A continuación, en el capítulo VI —el capítulo V está dedicado a consideraciones generales— volvemos a encontrar la misma cronología pero enriquecida con una tercera discontinuidad, la de la religión. Después, en el tiempo siguiente, que es el episodio final del caso, se nos revela la importancia de la escena con Groucha, escena que se sitúa a los dos años y medio.



Continúa pues aún con la cronología, hasta incluso en la sinopsis final, donde Freud sigue precisando todavía esas discontinuidades al distinguir el estadio oral, el estadio fálico, el estadio anal, etc. He aquí pues el esquema de envoltura cronológica que da su estilo propio a este texto. En el capítulo II, Freud nos proporciona el medio y la historia del sujeto y después introduce, en desorden, cierto número de hechos. Lo que constituye el lado detectivesco del caso: *Un día hace eso, otro día pensó en aquello...* Todo esto nos llega en la página 16 y todos los elementos que proporciona en desorden sólo encuentran después su lugar preciso en la estructura. Van a ser incluso reinterpretados cada vez que se enriquece la cronología y se despliega la construcción del sentido del caso.

Nosotros no nos vemos llevados a hacerlo así, puesto que nuestra perspectiva del significante nos lo organiza. Una vez que se nombra un significante, se nombra para siempre. Estos efectos de remodelación tienen lugar cuando nos guiamos por sus

sentidos, cuando tenemos en cuenta su dinámica. Pero una vez que introducimos S_1 , S_2 o a , estamos ya en el plano de la estructura, es decir, en el plano de la sinopsis final de Freud. Por lo demás, podríamos considerar la anotación de Guy Clastres. En nuestras reseñas de casos ¿no confundimos a menudo el plano de la estructura y el plano de la experiencia?, ¿no producimos a menudo un cortocircuito entre esos dos niveles? Cuando exponemos un caso en el plano de la estructura, lo exponemos de una manera muy rígida, muy estancada. Como si pudiera hacerse la experiencia directa de esos términos y esos significantes que son, en el fondo, términos de estructura y deberían servir más bien para poner de manifiesto las líneas de convergencia que surgen en la experiencia.

Cuando tenemos un inventario, como en la página 16, eso es posible. Al evocar «esta fase de alteración de carácter» —tenemos ahí la advertencia freudiana de la discontinuidad, el corte—, Freud nos precisa que «se enlaza indisolublemente en su recuerdo con muchos otros fenómenos raros y patológicos que no sabe ordenar en el tiempo». En el fondo, el caso supondrá el ordenamiento temporal de estos hechos. Freud continúa: «Todo aquello sobre lo cual ahora pasaremos a informar, que no puede haber sido simultáneo y además presenta innumerables contradicciones en su contenido, él lo agolpa en un único período que denomina “estando aún en la primera finca”. Cuenta también que padeció un miedo [*Angst*] que su hermana provocaba a propósito para angustiarse. Había cierto libro ilustrado en el cual había representado un lobo [...]. Cuando veía esa figura empezaba a gritar [...]. Tenía miedo también de otros animales, grandes y pequeños. Cierta vez corría tras una gran mariposa [...]. De pronto fue presa de tremenda angustia ante el animal [...]. También sentía angustia y terror ante animales y orugas [...]. Sin embargo, sus comunicaciones [...] justifican el supuesto de que en su infancia pasó por una neurosis obsesiva bien reconocible [...]. Por esta época observaba también un curioso ceremonial cuando veía gente que le causaba pena, pordioseros, tullidos, ancianos: debía espirar con ruido». Tenemos entonces, en el paréntesis de la primera propiedad, datos en bruto que el despliegue del caso llegará a significar.

Anotemos que este capítulo II —así como el capítulo III y el de la neurosis obsesiva— termina con el problema del padre. Lo que vuelve como un *leitmotiv* al final de muchos capítulos: ¿cómo formular de nuevo la relación con el padre? Les recuerdo la primera emergencia: «Los años más maduros del paciente estuvieron regidos por una relación muy desfavorable con el padre [...]. En los primeros años de su infancia esta relación había sido muy tierna [...]. El padre lo amaba mucho y gustaba de jugar con él. De

pequeño estaba orgulloso de su padre y no hacía más que decir que quería llegar a ser un señor como él. La ñaña le había dicho que su hermana era hija de la madre, pero él lo era del padre, lo cual le contentaba mucho. Fue al terminar la niñez cuando sobrevino una enajenación entre él y el padre [...]. Más tarde se volvió dominante la angustia ante el padre».²

El final de este capítulo II presenta un resumen muy preciso de la manera con que Freud formula las preguntas relativas al Hombre de los lobos: «He aquí, pues, delineados de la manera más sucinta los enigmas cuya solución se encomendó al análisis: ¿a qué se debió la repentina alteración del carácter del muchacho, qué intencionalidad [*Bedeutun*] tenían sus fobias y sus perversidades, cómo llegó a su piedad compulsiva [...]?»

Freud examina pues esta discontinuidad, relatada primero a partir de la interpretación de la familia, que culpa a la gobernanta inglesa. Pero esa interpretación cede rápidamente su lugar al papel de seductora de la hermana. Señalemos cómo está constituido. Es muy preciso. El título del capítulo III es: «La seducción y sus consecuencias inmediatas». Lo que responde, de manera simétrica e inversa, a lo que encontraremos en el capítulo VIII sobre los efectos retroactivos. Bajo su aparente desorden, este texto es de una construcción refinada. Freud acentúa el aspecto progresivo de la cronología mientras que, al final, los elementos regresivos dominarán cada vez más.

LA CASTRACIÓN: HECHO O CREENCIA

Podemos decir que todo este capítulo sobre la seducción pone en primer plano, desde el principio, un término que se encuentra también al final: el de falo. A partir de este capítulo, desde que entramos en la búsqueda de la causa, podemos tratar de acotar lo que quiere decir para Freud falo en esa fecha, el falo y la castración. Comienza por el examen de la etiología del cambio de carácter relatando dos recuerdos encubridores en los que figura la gobernanta inglesa: «Una vez que marchaba delante, dijo a los que venían detrás: “¡Pero miren mi rabito!”». Otra vez que iba en coche se le voló el sombrero, para gran satisfacción de los hermanitos».³ Freud indica que esos dos recuerdos que menciona nos devuelven al complejo de castración. En otras palabras, este caso se desarrolla en principio en relación con el problema del falo y la castración.

Más tarde, encontramos una frase que lo recupera de una manera sorprendente,

puesto que podemos decir verdaderamente que Lacan menciona el falo con estos términos en la «Cuestión preliminar...»: Freud habla del «viril sentimiento de sí del paciente». ⁴ Lo que repite con insistencia, en la página 24, en términos de «problema de la castración».

¿Cómo estructura Freud al principio este problema? Esto es lo que dice: «En esa época pudo observar a dos niñas —su hermana y una amiga de ésta— en el acto de orinar. Y a raíz de esa visión su inteligencia le habría permitido entender las cosas, sólo que se comportó [...] como otros niños varones. Desautorizó la idea de que ahí veía corroborada la herida con que amenazaba la ñaña, y se entregó a la explicación de que era la “cola de adelante” de las niñas. El tema de la castración no quedaba despachado con esta decisión [*Entscheidung*]; de todo cuanto escuchaba tomaba nuevas referencias sobre él». Podemos decir que tenemos, en el plano de las significaciones fálicas, más bien un *demasiado* que un *insuficiente*. Hay significaciones fálicas a porrillo: «Ciertas veces que se repartieron entre los niños unos alfeñiques de colores, la gobernanta, muy dada a las fantasías [*Phantasien*] crueles, declaró que eran unos pedacitos de serpientes. Desde ahí recordó que una vez el padre había encontrado una serpiente durante una excursión y la cortó en pedazos con su bastón».*

Freud añade: «Por tanto, se ocupaba de pensamientos relativos a la castración, pero todavía no creía en ella, ni lo angustiaba». ¿Qué pretende delimitar Freud con esa diferencia entre pensar en la castración y no creer en ella ni sentir angustia? Se trata de una diferencia cuya solución conceptual podemos encontrar en la distinción entre simbólico e imaginario. Para poder ordenar la convicción de Freud, hay que hacer una desconexión de los estratos. Podemos decir también que la estratificación de lo imaginario y lo simbólico es una nueva escritura de lo que Freud plantea como esas misteriosas *estratificaciones más profundas*⁵ que son al mismo tiempo simultáneas y opuestas.

En relación con esto señalemos que, en este mismo episodio y en conformidad con la teoría realista de Freud —que está ya presente en el episodio de la seducción—, la castración se introduce aún a través de un incidente efectivo, real. Del mismo modo que alude ante todo a la seducción real de la hermana para explicar lo que considera una desviación del desarrollo normal de la sexualidad, lo que ahora anuncia la angustia de castración es un incidente, la amenaza que, sobre el órgano sexual, el Hombre de los

lobos recibe de su ñaña. Es decir que Freud pone estos problemas en referencia con una inhibición externa.

Les leo el pasaje que está en itálicas y cuya importancia señala el propio Freud: «Refirió que tras el rechazo y la amenaza de la ñaña, abandonó muy pronto el onanismo. *Así la incipiente vida sexual regida por la zona genital sucumbió a una inhibición externa, y por el influjo de ésta fue arrojada hacia atrás, hasta una fase anterior de organización pregenital*». Es importante hacer constar que el reino de la dominación genital está presente desde el principio del caso. A partir de ese episodio, el desarrollo del Hombre de los lobos toma, si se puede decir así, un cariz regresivo. Lo que se recuperará después constantemente: *regresa, no llega a franquear lo que se trata de franquear, etc.* Tenemos pues, cada vez, la impresión de una regresión, de una reanudación. En cada ocasión, parece devuelto hacia atrás. Hay una especie de barrera invisible que Freud no llega a nombrar. Lo que será tomado nuevamente en el sueño de los lobos, nueve meses después. En cada ocasión hay una barrera invisible que Freud no nombra.

Todo esto parece justificar que haya que introducir aquí la distinción entre lo imaginario y lo simbólico. En la página 26, se encuentra esta anotación: «Ninguna de sus posiciones libidinales, una vez establecida, era cancelada por completo por una más tardía». Como saben, esto se volverá a encontrar más tarde en el capítulo titulado «Erotismo anal y complejo de castración». Freud hará una observación del mismo tipo, pero con más acompañamiento. Ahora bien, en esta página 26 hay ya algunas pequeñas notas que anuncian el tema fundamental: «Más bien subsistía junto a las demás permitiéndole una oscilación constante que demostró ser inconciliable con la adquisición de un carácter fijo».

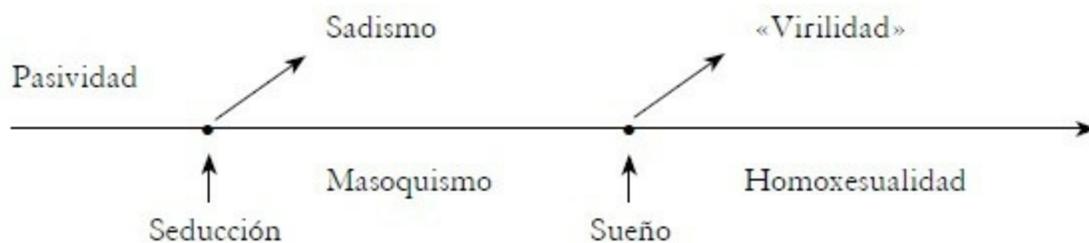
Este capítulo es ya un anuncio de lo que sigue, es decir, que en relación con la castración el Hombre de los lobos tiene el pensamiento, pero no tiene ni la creencia ni la angustia. El Hombre de los lobos tiene por lo tanto una relación con el hecho. Tiene incluso una relación con la significación, es decir, piensa que las cosas le hacen pensar. Pero, al mismo tiempo, hay una falta de convicción o de consentimiento.

EL SUEÑO Y LA ESCENA DE SEDUCCIÓN

Freud pone en relación también este episodio con lo que, según él, es la posición

fundamental del sujeto que se mantiene a lo largo del caso, es decir la posición pasiva. Verdaderamente, la posición pasiva es la base fundamental del caso. Sobre la base de esa pasividad está, en primer lugar, la fase de maldad y sadismo. Ahora bien, Freud destaca que esa fase denota en el niño el deseo de que le peguen y que la clave del sadismo es un masoquismo fundamental. Más tarde, se encuentra exactamente el mismo esquema en relación con el sueño. También ahora, huyendo de lo que quiere decir el sueño, el sujeto negará la angustia de castración y adoptará una *posición viril*⁶ que Freud nos invita a poner entre comillas. Considera que se trata de una virilidad de semblante, correlativa de hecho con una homosexualidad inconsciente.

El sueño no es un hecho real como la seducción, pero tanto en uno como en otra Freud repite los mismos razonamientos. Hay primero una pasividad visible y fundamental: tenía el aspecto de ser una niña, era dócil, etc. Y después, en la seducción y bajo la amenaza, el Hombre de los lobos pasa en seguida a una actitud sádica que es, de hecho, masoquista. Hay una separación entre su comportamiento aparente y su posición no aparente, pero fundamental. Ésa es la seducción. A continuación, en el sueño, esos mismos elementos cobran un nuevo valor, virilidad y homosexualidad:



Intento avanzar hacia una formalización clínica del caso, que me parece muy perceptible comparando simplemente el capítulo III con el capítulo IV del texto. El capítulo III, dijimos, finaliza con el problema del padre. Cuando tratemos la neurosis obsesiva volveremos a ello, pero les recuerdo que Freud subraya, con todas las letras, que la aparente maldad del niño es un masoquismo. Es la página 27: «Cuando el padre regresó a fines del verano o en el otoño, sus ataques de furia y escenas de rabia hallaron un nuevo empleo. Frente a la niña habían servido a fines activo-sádicos; frente al padre perseguían propósitos masoquistas. Mediante la exhibición de su conducta díscola quería obligar al padre a aplicarle correctivos y a pegarle [...]. Por tanto, sus ataques de gritos

eran directamente intentos de seducción. Y en consonancia con la motivación del masoquismo, habría hallado en tales correctivos al mismo tiempo la satisfacción de su sentimiento de culpa».

Consideremos ahora la posición homóloga del sueño en relación con la seducción. Recuerdan el sueño. Saben ustedes que Freud se vale de su convicción de que detrás de ese sueño está la causa de la neurosis infantil. Demuestra que ese sueño es homólogo de la seducción. Lo menciona así, por otra parte, en la página 28: «Ahora bien, el suceso que permite esta separación no fue un trauma externo, sino un sueño del que despertó con angustia». ¿Qué aparece aquí en posición de causa? El nudo entre la posición paterna y la castración. Freud nos da incluso una idea sobre el conjunto de la existencia del paciente: «La angustia frente [*Angst vor*] al padre había sido la más intensa fuerza motora [*Motiv*] para la adquisición de su enfermedad, y la actitud ambivalente frente a cada sustituto del padre domina su vida». ⁷ Desde el punto de vista estructural, se trata de poner en primer plano que este sueño expresa una angustia de castración fundamental, de un carácter horroroso, y que hace que la posición pasiva del sujeto encuentre una localización genital. Esa posición de pasividad implica un precio que alcanza a lo que antes ya había aparecido como el «sentimiento de sí viril» del sujeto. Lo que concierne al goce del padre. Aunque no sea inmediatamente visible, este sueño, tal como Freud lo descifra, consiste en esto: ¿cómo goza el padre, y cómo se puede gozar de ser gozado por él? Lo que, esta vez, parece tener que pagarse con una castración, aquella que ya estaba presente en la amenaza de la ñaña.

Freud acentúa la discontinuidad entre el sueño y el contenido latente —que es la escena primordial—, pero ¿dónde está la conexión exacta que le hace pasar de uno a otro? La conexión exacta se puede encontrar al final de la página 35. Freud plantea la pregunta en términos de imagen: «¿Qué imagen pudo ser convocada por esa añoranza sexual eficaz durante la noche, qué imagen capaz de provocar un terror tan intenso ante el cumplimiento deseado?». El problema central que guía a Freud a lo largo de este capítulo es saber cuál es esa imagen. Lo que construye como escena primordial tiene la función de darnos un atisbo de la imagen operativa y fundamental de este esquema. En otras palabras, viene a ocupar el lugar de un operador: «Esta imagen debía llenar una condición: tenía que ser idónea para fundamentar el convencimiento en la existencia de la castración. Entonces, fue la existencia de la castración el motor de la mudanza de afecto».

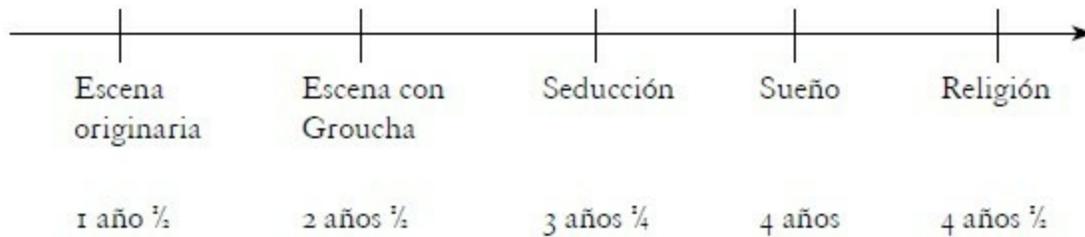
La lectura de Freud bascula sobre ese punto preciso. ¿Cuál es la paradoja que encuentra? Por un lado, este sueño debe llevar a efecto la represión de la posición fácil como homosexual, y también producir la erección de la virilidad de semblante. El operador que debe hacerlo es el reconocimiento de la castración. Para Freud, la convicción de la existencia de la castración está en el núcleo del sueño. No debemos olvidar la función que Freud otorga a la escena primordial, al coito de los padres, etc. La imagen debe fundar la convicción de la existencia de la castración. Esta imagen nos viene dada como debiendo probar y engendrar en el sujeto la convicción de la castración, convicción que es el motor explicativo de la nueva división de su existencia. Pero, por otro lado, saben por la continuación del texto que esta convicción de existencia, que es un motor y una causa, tiene que ser al mismo tiempo atacada desde dentro, puesto que hay un rechazo simultáneo de su reconocimiento.

Está por distinguir aquí lo imaginario y lo simbólico. Algo pasa en el plano de la imagen. Tenemos muchas imágenes: lobos con las colas cortadas, barras de azúcar que son serpientes despedazadas, etc. Podemos decir que fundamentan la convicción de la castración en el Hombre de los lobos. Pero, al mismo tiempo, hay un estrato en el que esa convicción no está fundamentada. Si hay algo que justifica que hagamos la distinción entre lo imaginario y lo simbólico, es el punto de articulación que señalo. ¿Por qué nosotros, por nuestra parte, prescindimos de la escena primordial? Porque no tenemos la idea freudiana de que una sea la que tenga que fundar la existencia de la castración. Imágenes, sueños y significaciones múltiples de ningún modo fundamentan en un sujeto la existencia de la castración. Si nuestros informes del caso son menos ricos y floridos es porque ya se ordenan según la función simbólica. No pensamos en producir del mismo modo la imagen fundadora. No pensamos que se funde nada en el plano de la imagen. No es para decir que estamos mucho más adelantados que Freud. Al contrario, en los informes de nuestros casos, tendríamos que saber quizás que hay que volver a hacer el camino de lo imaginario a lo simbólico y no instalarnos de entrada allí donde los elementos aparecen sólo una vez.

Volveré sobre esto la próxima vez. Subrayemos ya que esta neurosis obsesiva —que continúa en el capítulo VI— está enmarcada por dos fenómenos de influencia. Pese a todo, es la madre quien inculca la religión en este niño. La influencia de su madre lo

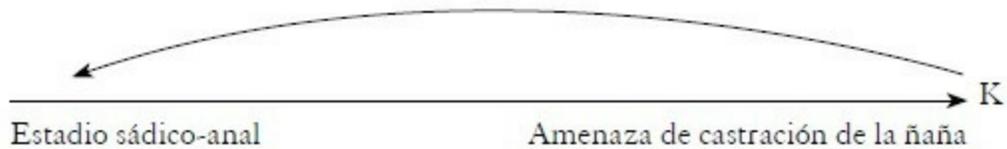
precipita en determinado momento a la religión. Y sale de ella con una facilidad desconcertante en el momento en que un preceptor alemán le dice, a la edad de diez años, que todo es pura charlatanería. Y entonces, ¡hop!, su convicción se deshace. En la página 64, Freud lo señala así: «Sin advertirlo hemos caído en la sintomatología de los últimos años de la neurosis obsesiva; pasando por alto todo cuanto hubo en medio, informaremos acerca de su desenlace [...]. A los diez años le pusieron un preceptor alemán que muy pronto cobró gran influencia sobre él». He aquí alguien que se inscribe sin discusión en esa serie de personas que no dejarán de tener influencia sobre el Hombre de los lobos. «Es muy sugerente que toda su grave beatería se disipase para no renacer nunca después de que hubo advertido y experimentado, en pláticas pedagógicas con el maestro, que este sustituto del padre no atribuía valor alguno a la devoción y tenía por nula la verdad de la religión». Esto remite a la convicción y a lo que va dando vueltas en este texto, a saber, a su falta de creencia, a la falta de creencia que Freud señala desde el principio. Hay allí una plasticidad asombrosa: «La beatería, pues, cayó junto con su dependencia del padre, que ahora era reemplazado por un padre nuevo y más accesible».

28 de enero 1988



He vuelto muchas veces sobre el capítulo de la seducción porque es un capítulo todavía muy sencillo y no tiene la complejidad de los siguientes. Nos ofrece como una miniatura del enfoque freudiano del caso. Puse de relieve que Freud nos presenta rápidamente un montaje fundamental que, a continuación, se irá reflejando, ampliando y renovando. Freud atribuye a la seducción, como acontecimiento traumático, una función completamente causal en el desarrollo libidinal, es decir, que el Hombre de los lobos se encuentra en una posición fundamentalmente pasiva tras la seducción. Cuando más tarde tenga conocimiento de la escena con Groucha, en la que el sujeto se presenta por el contrario en una posición activa, se producirá *in extremis* un vuelco de la perspectiva. Lo que no hace más que indicar el papel de causa que Freud atribuye a la seducción como desviación del desarrollo libidinal. Esta seducción tiene entonces una función determinante. Instala al sujeto en una posición pasiva, pero produce al mismo tiempo — lo subrayé la última vez— un efecto inverso en otro plano. Al mismo tiempo que una posición pasiva, la seducción causa también la aparición de una conducta básicamente inversa. Éste es un punto muy importante. Tenemos pues una pasividad fundamental y, al mismo tiempo, una actitud conquistadora, viril, sádica y agresiva que es la inversa de la primera. En un primer tiempo, la seducción es la causa de la posición pasiva. Luego, en un segundo tiempo, está la actitud agresiva del sujeto.

El motor de esta inversión, dice Freud, es el «viril sentimiento de sí del paciente», el *Selbtgefühl* en tanto que viril. Para Freud, el tiempo de la seducción es correlativo a una amenaza de castración que proviene de la mujer, especialmente de la ñaña, sobre la que el sujeto desplazó la pasividad referida a la hermana. Esto nos indica que a la cronología pura y simple del caso podemos añadir una segunda cronología que no tiene para nada el mismo sentido que la primera. Sobre este vector, el sujeto encuentra la amenaza de castración de la ñaña, lo que hace que el paso de la posición pasiva a la actitud agresiva se refiera al estadio sádico-anal:



Les cité el pasaje que lo indica: «La incipiente vida sexual regida por la zona genital sucumbió a una inhibición externa y por el influjo de ésta fue arrojada hacia atrás, hasta una fase anterior de organización pregenital». Freud nos presenta aquí una regresión. Lo hace dos veces. Cuando se trata de la seducción, que pone al sujeto en una posición pasiva, esta seducción se compensa de alguna manera con una actitud agresiva. Encontramos ya el principio de una división fundamental. Tenemos la pasividad básica que se invierte en agresividad cuyo motor es el «viril sentimiento de sí». Les indiqué ya que se podía poner ese «viril sentimiento de sí» bajo el signo del falo imaginario.



Tenemos un doble comentario del proceso. Tenemos aquí una separación entre dos planos, es una primera presentación de la cosa. Hay una segunda, en el plano del desarrollo. La amenaza de castración produce una regresión. Es el esquema de la regresión que dibujé antes del esquema de la inversión. Al mismo tiempo que aísla una constante que es la pasividad, Freud aísla la variable del agente deseado de la seducción. El primer agente de la seducción es la hermana. El sujeto desplaza después ese agente por la ñaña. A continuación viene el padre, que ocupa el lugar de la tercera variable y que es, nos dice Freud, la última meta sexual del Hombre de los lobos.

Estudiamos con mucho cuidado este montaje de Freud porque lo presenta en pocas páginas y, con él, alcanzamos a comprender ese entrelazamiento de la regresión y la inversión. Todo esto, en el fondo, es bastante simple. No pone en juego relaciones especialmente complejas pero permite ver —es un punto decisivo— que no hay correlación entre el padre y la castración. La castración es introducida por la amenaza de la mujer. Freud sólo evoca al padre en la serie de la pasividad y, por lo tanto, en un deseo

de orden sexual respecto a tres objetos que, para él, se sitúan en serie. No hay relación en ese plano entre la castración y el padre. Esto es muy singular puesto que, en relación con la ñaña, hay una correlación. Les releo el pasaje: «Uno tiene la impresión de que la seducción por su hermana lo habría esforzado al papel pasivo dándole una meta sexual pasiva. Bajo el continuado influjo de esta vivencia describe ahora la trayectoria que va desde la hermana, pasando por la ñaña hasta el padre, desde la postura [*Einstellung*] pasiva hacia la mujer hasta la misma postura hacia el varón». ¹ Tenemos ahí la alusión a la relación entre el objeto de identificación y el objeto sexual en los mismos términos que recuperará Lacan más tarde.

¿Qué pasa en el tiempo siguiente? Se necesita el sueño para que el padre y la castración se conjunten. Para Freud, la operación propia del sueño es unir al padre y la castración. Tomaremos la comparación entre estos dos tiempos específicamente, el de la seducción y la amenaza de castración y el del sueño, puesto que Freud los sitúa de manera totalmente simétrica. Respecto a este paso, veremos cómo se modifican esos dos esquemas, el de la inversión y el de la regresión, antes de que nos presente el sueño.

Primer punto: En el sueño, destaquémoslo, se unen el padre y la castración. En el episodio de seducción, el padre no aparece, para nada, en la misma posición que la ñaña. Segundo punto: a partir del sueño, Freud señala lo que podemos llamar una modificación del estatuto de la castración. Tenemos la castración K_1 , es decir, la castración por parte de las mujeres, luego tenemos, muy claramente en Freud, la castración K_2 , es decir, la vinculada al padre:



En la seducción, Freud nos presenta una castración muy singular. Lo pusimos de relieve. Hay por lo menos una amenaza de castración: el interés del sujeto por el hecho de que las niñas no son como los niños, por las barras de azúcar, por las serpientes, etc. Pero aunque tenga el pensamiento, *Gedanke*, no tiene, nos dice Freud, la creencia, *Glaube*. Freud sitúa esto en el registro del complejo de castración, pero pone de relieve una escisión entre *Gedanke* y *Glaube*. A continuación, la castración K_2 cambia el estatuto de la castración K_1 , puesto que el sujeto adquiere la convicción de la realidad de la

castración. Anteriormente, tenía sólo el pensamiento de la realidad de la castración: «Cuando el paciente profundizó en la situación de la escena primordial [...], lo esencialmente nuevo que le comportó la observación del comercio sexual entre los padres fue el convencimiento de la efectiva realidad de la castración, cuya posibilidad ya antes había ocupado su pensamiento». Hay una escisión que Freud intenta formular entre posibilidad y realidad de la castración. K_1 es posible y K_2 es real.

Doy valor a esta anotación, ya que pensamos que una de las vías de salida para la conceptualización del caso es la distinción de registros u órdenes. Creemos que hay que distinguir el estatuto imaginario del estatuto simbólico. Para Freud, también hay escisiones o estratos. Sin forzar las cosas, tenemos al menos la castración K_1 y la castración K_2 . Freud lo señala así en la página 72: «En el curso del proceso onírico comprendió que la mujer era castrada, tenía en lugar del miembro masculino una herida». Estamos a ras del texto de Freud y tenemos pues una modificación del estatuto de la castración.

Tercer punto: el desplazamiento de la seducción al sueño se traduce correlativamente con una transformación de la relación con el padre, es decir, con una transformación de la interpretación de la pasividad en relación con el padre. Esa pasividad se interpreta primero según el régimen del estadio anal. Hay primero una interpretación sádico-anal de la relación con el padre. Pueden ver ustedes cómo funcionan esos estadios. Los estadios freudianos funcionan como esquemas de interpretación. Tenemos una pasividad —que no desaparecerá— en relación con el padre. La primera interpretación de esta pasividad es una interpretación sádicoanal, es decir: ser golpeado, ser castigado por el padre. Es una interpretación de la relación con el padre en términos de masoquismo. Lo que aporta seguidamente K_2 , a cuenta y riesgo del sujeto, es una interpretación genital de la pasividad respecto al padre. *Ser castigado por el padre se transforma en ser castrado como una mujer*. La actitud femenina hacia el hombre, que se convierte en constante desde que alcanza al padre, encuentra entonces, propiamente hablando, la significación de la homosexualidad. A partir del momento en que estamos en K_2 , tenemos una interpretación genital.

¿Qué observamos? Ahí está el cuarto punto y es ahí donde es preciso orientarse en el propio texto de Freud. Esta nueva interpretación de la pasividad ¿se traduce en términos de regresión? No se traduce en términos de regresión sino en términos de represión. Lo que quiere decir que Freud trata el sueño, al mismo tiempo, como la reviviscencia de esa

escena —la confirmación, para el sujeto, de la interpretación genital— y como cumplimiento de una represión. La pasividad respecto al padre, que vimos ya invertirse en agresividad, se encuentra esta vez reprimida. Freud, en la página 66, habla de «la represión de la homosexualidad hiperintensa, represión sobrevenida en el curso de aquel sueño angustioso». Considera que la represión de esa pasividad, que ha tomado el sentido de la homosexualidad, se efectúa en el propio sueño.

¿Qué aparece como la fuerza motriz de esta represión? Anteriormente teníamos el «viril sentimiento de sí» y ahora tenemos lo que Freud llama —lo subrayé la última vez— «la libido genital narcisista». Es una serie que situé ya en el registro del falo imaginario: «Del narcisismo amenazado tomó él la masculinidad»,² nos dice Freud. Lo que nos indica que la represión es la nueva versión de la inversión y que no debe ponerse bajo la rúbrica de la regresión. Ahora, en el lugar de esta simple inversión, tenemos una represión. Lo que era simple pasividad toma el sentido de homosexualidad. Lo que Freud llamaba «viril sentimiento de sí» lo llama ahora libido genital narcisista. La conducta agresiva del sujeto es ahora la virilidad que él mismo se ha creado. Y lo que era la inversión ahora es, hablando con propiedad, una represión:

Pasividad	Sentimiento viril de sí	Inversión
	Padre	
Homosexualidad	Libido genital narcisista	Represión

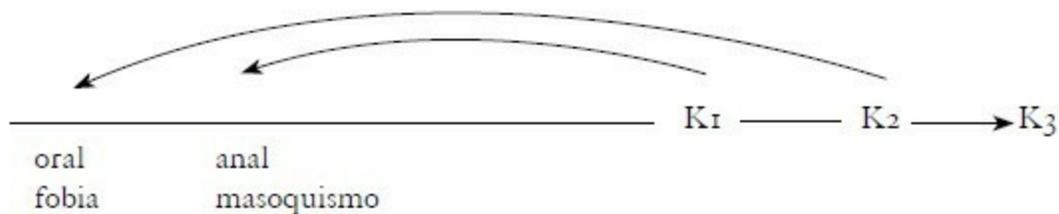
Se recoge de diferentes maneras la fuerza motriz de esta discusión, pero siempre con el mismo sentido, puesto que Freud hablará luego de virilidad narcisista del sujeto, etc. Tenemos un operador constante que cumple en el primer tiempo una inversión que, en el momento en que Freud sitúa una operación de represión en el sueño, se convierte en libido genital narcisista.

¿Qué pasa entonces, correlativamente, en el plano del desarrollo libidinal? La castración K_2 produce una regresión a una etapa aún más primitiva del desarrollo, es decir, al estadio oral:

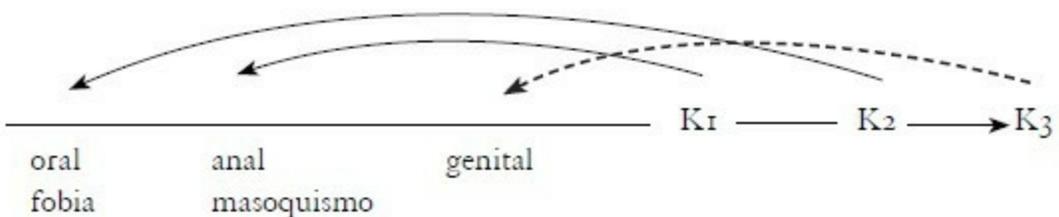


Este esquema está recogido pues en el plano del desarrollo libidinal. Lo que era agresividad y aparecía entre la seducción y el sueño se encuentra aquí como la actitud propia del estadio anal. Es observable. La agresividad corresponde al estadio anal y se observa en la conducta del sujeto. Freud no se pone a hablar del estadio oral por capricho, sino porque, entre el sueño y la religión, se observa la fobia a los animales, la angustia de ser devorado. Lo que le lleva a concluir que hay una regresión al estadio oral. No hay que olvidar que hay tres planos escalonados. Lo que se observa es lo que situé en la cronología. En una fecha dada, se observan ciertos acontecimientos de la existencia que son modificaciones del comportamiento del sujeto. Tenemos pues esa angustia de ser devorado que Freud traduce en términos de regresión al estadio oral. Al mismo tiempo, podemos suponer que hay cierta conexión entre esa virilidad de fachada, fabricada, y ese estadio oral.

Continuemos nuestro ordenamiento. Quizás podamos hacerle sitio en el capítulo sobre la neurosis obsesiva al que hemos aludido varias veces. Doy algunas anotaciones: «Por tercera vez experimentó el paciente una influencia que modificó de manera decisiva su desarrollo. Cuando tenía cuatro años y medio y su estado de irritabilidad y angustia seguía sin mostrar mejoría, su madre se decidió a hacerle conocer la historia bíblica con la esperanza de reorientarlo y edificarlo. Y lo consiguió; la introducción de la religión puso fin a la fase anterior, pero produjo el relevo de los síntomas de angustia por síntomas obsesivos».³ Hay una continuidad de influencia entre la fobia a los animales y la religión. Podríamos decir —pero es más difícil de apoyar en el texto— que lo que ahora se reclama sería, correlativamente, una castración 3, puesto que hemos visto que K_2 lleva al sujeto al estadio oral. De hecho, el sujeto no llega a resolver la castración 2 sino mediante la fobia:



A ese tercer corte debería corresponder una castración 3, que debería alcanzar el estadio genital. Apenas me atrevo a situarla así. En efecto, no es coherente en absoluto, puesto que no debería ser ya una regresión, sino una adecuación. Pero, para simplificar las cosas, podemos presentarlas así:

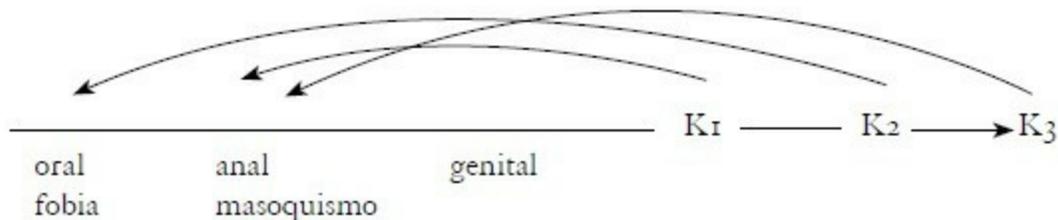


Se alcanzaría así la correlación de ese franqueamiento con el desarrollo total de la personalidad del sujeto. Además, Freud lo intentó. Lo dice en la página 61: «El conocimiento de la historia sagrada le dio la posibilidad de sublimar la predominante actitud masoquista hacia el padre». Guardemos ese término de sublimación para señalar lo que sería exactamente el nivel de la pacificación simbólica. Se trataría de sublimarlo mediante un relato y una estructura fundamentalmente colectiva. Aprender historia sagrada es aprender un esquema fijo, no solamente familiar, sino transindividual, transecular y con respecto al cual se puede situar una solución expresamente preparada para el conflicto precedente.

Ya hice notar que no parecía que esta historia sagrada hubiera tenido un efecto pacificador en el Hombre de los lobos. Se preocupa por el contrario de si Cristo tiene trasero. Es lo que subraya Freud: «En la duda de si Cristo puede tener un trasero se insinúa la actitud homosexual reprimida, pues tal cavilación no puede significar más que este interrogante: si el padre podía usarlo como una mujer». Por lo tanto, lejos de resolver y de hacer olvidar los problemas de la fase anterior, la historia sagrada no impidió que estos problemas continuasen estando presentes. Lo que Freud llama una

tentativa de sublimación fracasa en la medida en que continúa siendo referida con los términos de la fase anterior: «Si él era Cristo, su padre era Dios. Pero el Dios que la religión le imponía no era un buen sustituto para el padre a quien había amado y que no quería dejarse arrebatar». Lo que se dice amablemente es que, no obstante, el sujeto continúa teniendo al padre como objeto sexual, como en las fases precedentes. El objeto de la sublimación religiosa es muy diferente, puesto que supondría proporcionar los medios de una referencia propiamente simbólica, mientras que aquí el padre continúa siendo un objeto sexual para el sujeto: «El amor por el padre le brindó su agudeza crítica. Se defendió de Dios para poder retener al padre». Se traduce ahí el fracaso de la sublimación del tercer tiempo: «Defendía al padre antiguo contra el nuevo».

Tenemos pues la religión como llamamiento hacia la pacificación simbólica. Pero Freud proporciona continuamente las marcas por las que vemos al sujeto apegado a la problemática anterior. Por eso, muy lógicamente, el capítulo VII se llama «Erotismo anal y complejo de castración». En efecto, no parece fundamentado el vector que les dibujé yendo de K_3 a lo genital. Por contra, lo que sí parece autorizado es el vector que va de K_3 a lo anal, lo que quiere decir que no ha abandonado la referencia privilegiada a la analidad. Para decirlo en términos de teoría de los conjuntos, tenemos dos aplicaciones, K_1 y K_3 , en el mismo punto:



INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO VII DE FREUD:
«EROTISMO ANAL Y COMPLEJO DE CASTRACIÓN»

Freud señala que el sujeto defiende al padre antiguo contra el nuevo. Por lo que, lejos de poder desarrollar el acceso del sujeto al estadio genital de manera pura y convincente, Freud debe tratar dos aplicaciones que llevan al mismo punto. Lo construye muy simplemente. Presenta tres grandes discontinuidades que responden a tres estatutos de la

castración y, luego, el problema del capítulo VII que nos enseña que no hemos salido de la problemática anterior.

Me propongo tratar ahora este capítulo VII en el que Freud dará su lugar a los problemas intestinales del sujeto y donde, sobre todo, nos presentará una extraordinaria gama de significaciones diferentes del objeto anal. Comprendemos por qué Lacan, en su momento, inscribió el objeto como significante. Aquí, el objeto se deja transcribir como separación del significante y del significado. Tenemos las heces como significante y vemos que ese mismo significante puede recibir diferentes sentidos en muchos momentos del desarrollo libidinal.

Lo que no afecta en absoluto al núcleo de nuestro asunto, que es el problema del diagnóstico. No zanja ese problema, puesto que la dificultad de la conexión con el estadio oral —que se sitúa entre K_2 y K_3 — representa en el mejor de los casos una neurosis obsesiva. Lo que reclama que demos toda su importancia a este capítulo VII. Les recuerdo que en él encontraremos también la extracción de la *Verwerfung* como distinta de la *Verdrängung*, así como la alucinación del dedo cortado.

Si queremos hacer funcionar aquí un esquema retroactivo, es evidente que hay retorno de K_2 sobre K_1 . En efecto, el Hombre de los lobos no comprende lo que la ñaña le enseña de manera enigmática sino a partir del sueño y esto, en la misma medida en que el sueño constituye el retorno de algo más antiguo. Hay pues, verdaderamente, una envoltura. Por el momento aún no se ha puesto en juego lo que precede a la seducción y el papel que va a jugar lógicamente la escena con Groucha, que sin embargo abrocha el caso, según Freud. En cierto sentido, la escena con Groucha abre para Freud una perspectiva distinta del caso.

ANAL

Seguramente volvamos a *Inhibición, síntoma y angustia*, a partir del padre. Por el momento, me esfuerzo por seguir el texto del caso. ¿Es omnipresente lo anal con anterioridad a ese capítulo VII? Puede decirse que sí. Cuando llegamos a este capítulo VII, vemos que la castración está acompañada siempre, bajo mano, de una interpretación anal. Freud señala por ejemplo, que entre los tres años y medio y los cuatro años y medio, es decir, a uno y otro lado del sueño de angustia, el hecho de hacerse en los

pantalones toma un sentido diferente para el sujeto. Este hecho tiene un valor de desafío, en la época de la seducción; por el contrario, a los cuatro años y medio se convierte en una vergüenza para el sujeto. De un lado al otro de este sueño de angustia de castración, en el que se realiza una represión, vemos que lo anal cambia de valor. Lo anal aparece como el índice de lo que ocurre, aunque Freud recurra a lo oral. Quizás podamos ver en esto el valor de síntoma del velo que nos señaló Agnès Aglalo.

REGRESIÓN

Es cierto que los estadios aparecen a partir de la regresión. El esquema es evidentemente singular: Freud indica que el sujeto regresa en cierto modo, pero esa regresión no impide que prosiga el desarrollo hasta un punto que lo remite a lo oral. Podríamos tratar de captar lo oral y lo anal de otro modo que con la perspectiva de la regresión. Dicho esto, en los textos de Freud, está todo el tiempo entremezclado. Es difícil captar lo oral puro y simple. Lo captamos siempre en retroacción desde la castración. En el texto de Freud vemos difícilmente que eso se ordene retroactivamente sobre la castración. En la forma en que está construido el caso, no hay una idea de los estadios sino a partir del tropiezo del desarrollo sobre la barrera de la castración en el sujeto.

El propio texto está construido en términos de traducción. Entre la seducción y el sueño, vemos que la pasividad se traduce de entrada por *ser golpeado por el padre*, para traducirse seguidamente por «ser poseído sexualmente por el padre».⁴ A este respecto, lo que Freud llama «lo genital» funciona como productor de significaciones. Lacan, por su parte, establecerá la teoría causalista del significante sobre el significado para poner en orden el padre y la castración bajo las formas, que todos conocemos, del Nombre-del-Padre como significante y el falo como significado. Hay una oposición con el momento en que hará del falo un significante simbólico. Lo que llamaré Φ mayúscula se opone a la metáfora $NP \rightarrow f$, pero al mismo tiempo Φ resume la relación entre el Nombre del Padre y el falo imaginario. No diremos simplemente que Lacan cambia. Ciertamente, las formulaciones cambian, pero este Φ —en mayúscula— condensa y resume la metáfora paterna. Por esto también, más tarde, Φ podrá ser transformado en función.

4 de febrero de 1988

VIII

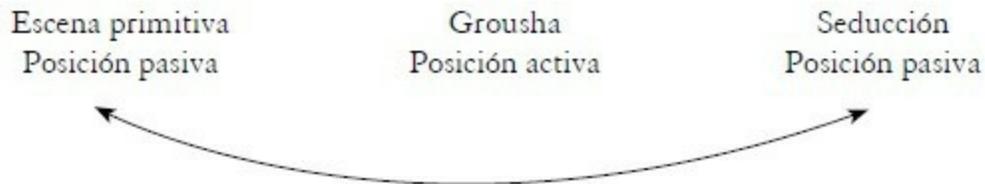
CONFIGURACIÓN (II)

LA MIRADA

Propongo que sometamos a discusión la intervención de Françoise Schreiber aunque se sitúe en un plano un poco ectópico en relación con nuestro recorrido de una lectura renovada del texto de Freud. Efectivamente, no podemos pensar que la elaboración que propone Lacan pueda hacerse directamente a partir del caso del Hombre de los lobos. Inscrita en su propio recorrido, la de Lacan es ya una elaboración extremadamente compleja. A partir del caso del Hombre de los lobos no podría destacarse directamente el objeto escópico. Por lo tanto no seguimos paso a paso la exposición que usted hace porque, aunque se inscriba al mismo tiempo perfectamente, se refiere al capítulo del sueño que sólo hemos tratado muy rápidamente. Hay en él algo central, que Lacan recupera en el Seminario XI, donde pone de relieve la función de la mirada en el Hombre de los lobos.

Esto es algo que a Freud se le escapó, salvo en dos puntos: el primero cuando advierte la posición de espectador del Hombre de los lobos y llega a decir que su pasividad fundamental —referida en principio a la seducción por la hermana a los tres años y medio, pero retraducida en homosexualidad después cuando interviene la significación genital— quizás esté presente de manera profunda a partir de la posición del sujeto en la escena primitiva. Antes de la seducción, se había producido la escena con Grousha en la que el sujeto se había mostrado activo al orinar ante ella; fue una seducción activa por su parte. En adelante se desviará de su itinerario normal y se orientará hacia una posición pasiva que seguirá siendo fundamental. Por lo tanto, esa seducción perturba su desarrollo; sin embargo Freud hace la observación, en dos ocasiones, de que esa posición pasiva podría ser en definitiva verdaderamente originaria. En la escena primitiva, el Hombre de los lobos ya era espectador. Descubrimos esa pasividad en primer lugar en la

observación, como consecuencia de la seducción. Después la volvemos a encontrar al principio, en la escena primitiva. Quizás la posición pasiva estuviera desde siempre. Esa advertencia de Freud puede tomarse como una indicación de la función de la mirada en este sujeto. En la escena primitiva, que es la que supuestamente causa todo el daño, quien mira es él:



En segundo lugar, está el hecho —que usted mencionó— de que hizo que lo vieran cierto número de especialistas. Me parece muy notable que a partir de algunos elementos del Seminario XI aislara usted en este sujeto la pulsión de hacerse ver porque, hasta el momento presente, no la habíamos mencionado. Resulta brillante construir esa pulsión fundamental del sujeto. Hace que repentinamente converjan muchos elementos en el episodio con Ruth Mac Brunswick: el Hombre de los lobos está verdaderamente capturado en la posición de *hacerse ver*. Pese al carácter limitado de los elementos escópicos que tenemos en la propia observación, nos tienta dar a esa pulsión un lugar más importante. Es una aportación certera.

LO REAL DE FREUD Y LACAN

Si hablaba de ectopia a propósito de la exposición de Françoise Schreiber, es porque la manera en que Lacan introduce el objeto escópico es deudora de una elaboración sensiblemente más avanzada que la de nuestra lectura. Nuestra lectura del texto de 1918 está todavía mucho más acá de la elaboración siguiente de Freud que nos recordó Agnès Aflalo. Será preciso entonces que lleguemos a alcanzarla paso a paso.

Para decirlo rápidamente, lo que Lacan introduce sobre el Hombre de los lobos en el Seminario XI es un cambio de estatuto de lo real. Para Freud, lo real de que se trata en la observación, lo real que persigue, es la primerísima infancia. Lo que para nosotros constituye todo el mérito del caso porque hay que decir que no se llega a construcciones

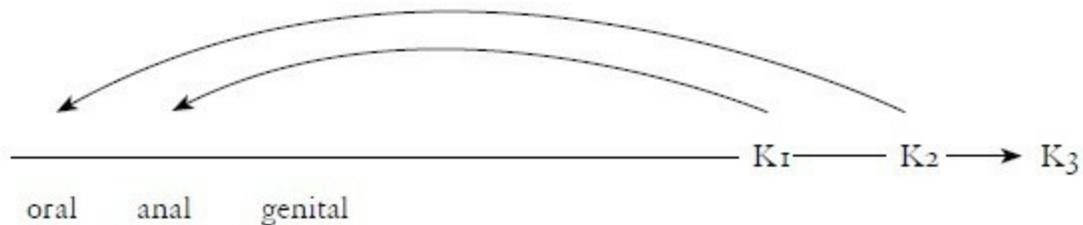
tan finas y precisas sino raramente e incluso nunca. Lo real de que se trata para Freud es lo real de los hechos. Lo real que Lacan destaca en el Seminario XI es un real completamente diferente. Es lo real del objeto *a*, aunque ese estatuto del objeto no hubiera sido despejado todavía. Por lo tanto, hay un cambio de estatuto. Freud intenta inferir lo real de la escena primordial a partir del sueño. Lo que se refleja y se traduce en Lacan por el problema del fantasma y lo real. El fantasma vinculado a lo real es algo muy diferente de la relación entre el sueño y lo real de los hechos, que es un problema que le plantea muchas dificultades a Freud. Los eslabones que nos faltan para llegar al plano de lo que usted nos recordó de Lacan son el de saber por qué sesgo se llega a ese concepto de lo real y el de comprender por qué Freud no lo alcanza. A este respecto, la función de la mirada en el sueño se le escapa.

Para acceder a ese nuevo estatuto de lo real, se precisa una elaboración previa de lo simbólico, que precisamente le falta a Freud. Lo que determina, en su caso, el problema de la paradoja lógica que nos recordaba Agnès Aflalo. En este texto de 1918, se puede seguir la aspiración a una estratificación de la castración, a una estratificación en niveles. Ahora bien, al mismo tiempo que la reclama constantemente, la distinción de lo imaginario, lo simbólico y lo real le falta a Freud. Posiblemente ése es el camino que nos es preciso seguir en la teoría del psicoanálisis: lo que permite comprender por qué nosotros estamos menos atados que Freud a la reconstrucción de los hechos. Para nosotros, la divergencia entre el fantasma y lo real —real interior al fantasma, cubierto y traicionado a la vez por el fantasma que, en cierto sentido, ocupa el mismo lugar— hace las veces de esa reconstrucción apasionada de los hechos.

LAS TRES CASTRACIONES

Quizás ahora podamos recuperar el desarrollo del caso donde lo habíamos dejado. Si recuerdo bien —puesto que llegamos a una configuración, cada vez es más fácil de recordar— estábamos en un esquema simple que distinguía tres castraciones. La primera castración corresponde a la seducción, la segunda al sueño y la tercera a la instalación de la sublimación religiosa. Destacaba que cada una de esas castraciones —o al menos las dos primeras— dan al Hombre de los lobos sendas ocasiones para una regresión. La primera castración da la ocasión para una regresión al estadio anal y la segunda para una

regresión al estadio oral. Supuestamente la última castración habría puesto las cosas en su sitio.* Si se hubiera llevado a efecto, habría puesto al sujeto en el sitio de lo genital. Este esquema, al que podemos llamar el esquema de las regresiones, se articula con la barrera de la castración que el sujeto no franquea:



Intentemos ordenar estas tres castraciones. El mismo Freud nos propone algunas fórmulas, salvo para la tercera, que es problemática. Para la primera, Freud nos dice que el pensamiento de la castración estaba, el pensamiento de la diferencia de los sexos, pero sin creencia, *Gedanke* sin *Glaube*. La segunda castración se alcanza en la experiencia misma del sueño en el que el sujeto, ahora sí, se convence de que la mujer está castrada al reactivarse la escena primitiva. Lo que podemos escribir: *Gedanke + Glaube*. En K_1 sólo tenemos una posibilidad. En K_2 hay verdaderamente convicción de la realidad de la castración:

K_1	<i>Gedanke</i> sin <i>Glaube</i>		Posibilidad
K_2	<i>Gredanke</i> + <i>Glaube</i>		Convicción de la realidad
K_3			Asunción del símbolo

Después de haber reflexionado nuevamente en todo esto, no me parece abusivo considerar —aunque los términos freudianos no recubran exactamente a los de Lacan— que la primera castración es imaginaria y la segunda, real. Lo que nos dirá que la tercera castración, la que Freud reclama con tanto afán, es simbólica. En este registro no se trata de la convicción de la realidad de la castración sino de la asunción de un símbolo. Se podría dar su fórmula: *Tú serás un hombre, hijo mío*. Esta promesa simbólica es de un orden por completo diferente al de la posibilidad de la castración o al de la convicción de

su realidad. El *Tú serás un hombre, hijo mío* es un compromiso para el porvenir, compromiso que no es del orden de lo que se puede ver, ni tan siquiera comprobar como real. Decir «asunción» abre a una dimensión de promesa, de fe en... Es un registro que no aparece tan constituido en el Hombre de los lobos, ni siquiera en los pasajes que conciernen al dinero.

Se ve hasta qué punto precisa el dinero *del* padre. El sujeto depende de forma esencial, compulsiva, de que ese dinero le venga del padre. La convicción de que él fuera el hijo no introdujo paz alguna. Freud subraya que ese dinero equivale a hijo del padre. No alude a la posición respecto a la filiación más que en términos de recibir dinero del padre y esto como apoyo, como sostén completamente indispensable para el sujeto. El Hombre de los lobos se alegra de la muerte de su hermana porque será él quien reciba el dinero. Discute con su madre a propósito del dinero. Hay que decir pues que no parece establecida la asunción, la seguridad de la promesa. No he encontrado el término freudiano que podría corresponder a esa definición porque *Glaube* es de hecho un término ambiguo entre ambos registros.

Continuemos con esta esquematización, con las dos primeras líneas al menos. Mencioné cómo, en su historia, el Hombre de los lobos progresa desde la pasividad a la homosexualidad, que es esa misma pasividad cuando cobra un sentido, una significación genital. Hay que encontrar un nombre para esa columna. Evidentemente designa cierta relación con el goce sexual. La podríamos llamar la posición de goce del sujeto.

Podemos recomponer igualmente la simetría que destacué concerniente a la expresión «mecanismo de rechazo»* empleada por Freud: ese mecanismo entra en actividad en relación con los dos términos de inversión y de represión. ¿Qué es lo que pone en acción el mecanismo de rechazo de la posición de goce? Lo que podemos llamar una oposición. Es lo que entra en oposición con la posición de goce.

Con la inversión tenemos el *Selbstgefühl* viril, el *sentimiento de sí* viril, y con la represión tenemos la libido genital narcisista, que a Freud le parece causal y que actúa, hablando con propiedad, como angustia de castración. La angustia de castración es el resultado de la confrontación entre la homosexualidad y la libido genital narcisista. En razón de la angustia de castración, el sujeto hará pasar la homosexualidad a la parte inferior porque entra en oposición con la libido genital narcisista:

RECHAZO	OPOSICIÓN	COMPORTAMIENTO

INVERSIÓN	<i>Selbstgefühl viril</i>	sádico
REPRESIÓN	libido genital narcisista (angustia de castración)	fóbico

Podemos seguir completando este esquema con las categorías que Freud mismo puso en juego. La inversión de la pasividad tiene como resultado cierto comportamiento, es decir, la maldad del sujeto como consecuencia de la seducción y de la primera castración. En la columna del comportamiento, tenemos el término «sádico». En la segunda línea vamos a encontrar la fobia, el comportamiento fóbico.

He utilizado la palabra «comportamiento» porque querría dejar aparte algo que, en el texto, está traducido con el nombre de actitud: «la actitud del sujeto». La distinción entre comportamiento y actitud es un pequeño forzamiento del texto de Freud. Pero explica el hecho de que lo que se presenta como un comportamiento sádico sigue siendo susceptible de interpretación por parte de Freud, a saber, que tras ese comportamiento sádico se esconde una actitud profundamente masoquista: el sujeto aspira a ser golpeado.

GOCE E IDENTIFICACIÓN

Evidentemente todo esto está en relación con la posición de goce que también es una cierta manera de satisfacción masoquista, con la diferencia de que la meta sexual ahora es la de ser tocado en los órganos genitales y que, después de haber seguido todo ese recorrido, llegamos al *ser golpeado*. La posición de goce no se puede identificar pura y simplemente con la posición subjetiva. Freud lo dice de alguna manera: la actitud masoquista seguirá siendo dominante. Parece que atraviesa los diferentes estratos, que es transhistórica. Pero le podemos dar, pese a todo, la inflexión siguiente: que a partir del momento en que cae bajo la significación genital, se la puede calificar de actitud masoquista femenina. Es en ese momento cuando se puede decir que lo femenino entra en juego, porque con anterioridad la mujer no era reconocida en la realidad de su castración.

Me parece que este esquema está bastante fundamentado en el texto y nos sirve muy bien de referencia para considerar las transformaciones que van a producirse. Antes del capítulo VII, tenemos una bella simetría aunque ya se vea perturbada por el hecho de que, en el capítulo sobre la neurosis obsesiva, no se introduzcan términos simétricos. En

ese capítulo no tenemos nada que venga a darnos los términos correspondientes. Todo este esquema está ordenado también según la diferencia entre lo oral y lo anal.

¿Cuál es el término que introduce la perturbación en este esquematismo simétrico? Creo que lo que viene a perturbar esta construcción y hace difícil mantenerla hasta el final es el problema de la identificación. En el texto de Freud la identificación se va a convertir en un término central que nos conducirá a algunas dificultades con este esquema.

Freud aísla dos grandes tipos de identificación.

Menciona el primer tipo en los capítulos iniciales: se trata de la identificación con el padre. Incluso podemos notar que el problema de la identificación está enteramente dominado y condicionado por la relación con el padre. La relación con el padre es determinante para la identificación. Desde los primeros capítulos, Freud nos dice que el Hombre de los lobos estaba muy orgulloso de que se le considerara el hijo del padre. Él es como su padre. En este sentido, la identificación con el padre es un *ser como el padre*. Freud querrá volver a encontrar esa identificación incluso al final de la neurosis infantil. Por lo tanto hay todo un hilo en el que se ve que el Hombre de los lobos anhela ser una copia del padre. Esto nos es referido a propósito de la escena con Groucha, en la que él resultará activo: «La acción del niño de dos años y medio en la escena con Groucha es el primer efecto —llegado a nuestro conocimiento— de la escena primordial; lo figura como una copia del padre y nos permite discernir una tendencia de desarrollo en la orientación que luego merecerá el nombre de masculina». ¹ Tenemos por lo tanto una copia del padre. La página 98 también hace alusión a la misma escena: «La escena con Groucha [...] nos muestra a nuestro pequeño al comienzo de un desarrollo que merece ser reconocido como normal, salvo quizás por su carácter prematuro: identificación con el padre, erotismo uretral en subrogación de la masculinidad». Por lo tanto, se puede seguir ese hilo de la identificación con el padre a lo largo de todo el texto.

La segunda vertiente de la identificación ya no es la identificación con el padre sino con el objeto del padre. Ambas identificaciones se oponen. En el registro de esta identificación con el objeto del padre se puede situar la sorprendente reducción propuesta por Freud en el capítulo sobre la neurosis obsesiva, cuando ya habla de la coexistencia de diferentes corrientes en el sujeto: «Más bien, sólo podremos dar razón de esta relación de las cosas, que se nos presenta compleja, si nos atenemos a la coexistencia de tres aspiraciones sexuales que tenían por meta al padre». ² Ese «tener por meta al padre» no

concierno a la identificación con él, sino a las diferentes maneras de ser el objeto del padre. Freud lo resume de una manera muy divertida: «Desde el sueño, era homosexual en lo inconsciente; en la neurosis, retrocedió al nivel del canibalismo; pero la anterior actitud masoquista siguió siendo dominante». Tenemos por lo tanto tres modalidades que curiosamente son diferenciadas como la del inconsciente, la de la neurosis y la de la actitud. En el inconsciente, tenemos la homosexualidad. En la neurosis, tenemos el estadio oral o el canibalismo. En la actitud, tenemos el masoquismo. Lo que es común a esos tres términos es el *por el padre*. Tenemos por lo tanto *ser poseído, ser comido y ser golpeado*:

IDENTIFICACIÓN

1) con el padre (ser como el padre)

2) con el objeto del padre	<table> <tr> <td>Inconsciente</td> <td>Homosexualidad</td> <td>ser poseído</td> </tr> <tr> <td>Neurosis</td> <td>Canibalismo</td> <td>ser comido</td> </tr> <tr> <td>Actitud</td> <td>Masoquismo</td> <td>ser golpeado</td> </tr> </table>	Inconsciente	Homosexualidad	ser poseído	Neurosis	Canibalismo	ser comido	Actitud	Masoquismo	ser golpeado
Inconsciente	Homosexualidad	ser poseído								
Neurosis	Canibalismo	ser comido								
Actitud	Masoquismo	ser golpeado								

A partir de la neurosis obsesiva, el progreso ya no se produce en la dirección de complementar las casillas vacías del esquema anterior. Hemos implicado por nuestra parte una castración simbólica, pero en el texto de Freud no tenemos nada para completar las casillas que nos faltan. Por el contrario, lo que se pone en el centro —y constituye el centro de gravedad del capítulo VII— es el problema de la identificación con el objeto del padre. Lo que evidentemente se enuncia a partir del erotismo anal, pero me parece que el centro o el núcleo de ese capítulo consiste en precisar la identificación que el sujeto mantiene con el objeto del padre. Lo que debería ocupar ese lugar serían los términos que remitiesen a la identificación con el padre en la modalidad *Serás un hombre, hijo mío*. Sin embargo, lo que lo ocupa, se manifiesta dominante y Freud mostrará a través del erotismo anal es la identificación con el objeto del padre.

La analidad adquirirá entonces un estatuto muy diferente al de un estadio regresivo. Tenemos un primer valor de la analidad como punto de retorno de la regresión producida por la primera castración. En progresión sobre ese estadio hay una regresión más profunda a partir de K_2 . El capítulo VII, «Erotismo anal y complejo de castración», cambia completamente el valor de la analidad, que resultará ser —según una bonita expresión de Freud— «la lengua del erotismo anal» [*die Sprache der anale Erotik*]. Por lo tanto, Freud hace valer en la analidad un estatuto mucho más desarrollado: es lo que sirve al sujeto para hablar la sexualidad, para hablar la relación con el padre, es decir, la identificación con el objeto del padre. En esa expresión freudiana, «lengua del erotismo anal», se establece la identificación con el objeto del padre.

Por eso Freud puede poner en paralelo el erotismo anal y la castración. En el fondo, es la castración lo que debería permitir que el sujeto hablara la identificación con el padre. Si nos preguntamos qué es el término freudiano de castración, podemos decir que es la lengua normal de la identificación con el padre con tensiones y afectos que pueden ser, respecto a él, muy diferentes. Es el *Tú serás un hombre, hijo mío*, es decir: *Todavía no lo eres pero no por eso eres una mujer, eres un hombre en potencia*. La confrontación erotismo anal/castración se debe a que hay una lengua que el sujeto no tiene a su disposición y, en lugar de hablar de identificación con el padre, Freud habla de identificación con el objeto del padre.

Les presento este capítulo VII, «Erotismo anal y complejo de castración», con bastante precisión al ordenarlo según la identificación, pero su sentido no aparece de inmediato porque en principio se presenta como la sucesión de las significaciones del objeto anal, las heces. Freud muestra cómo, según las diferentes etapas del desarrollo del sujeto, ese mismo elemento es susceptible de recibir diferentes significaciones. Lo que por sí solo permitiría que hiciéramos intervenir en este capítulo la distinción entre significante y significado, es decir, que tratáramos al objeto anal como un significante que recibe significaciones diferentes según las diferentes etapas. Ése es el punto de vista dominante en Freud. Podríamos incluso decir que si el estatuto real del objeto no está, para él, en primer plano es precisamente porque está tan atento a esas variaciones de la significación en el objeto anal.

Estoy intentando ver —aún no lo he logrado— cuál es el esquema que implicaría el texto de Freud. Para el texto de Schreber, Lacan construyó un esquema utilizando la alusión de Freud al carácter asintótico de la esperanza del presidente Schreber. A partir

de ahí construyó un esquema que satura cierto número de elementos del caso. Si queremos hacer lo mismo en el caso que nos ocupa, se podría partir verosímilmente de ese capítulo VII pero sería más difícil de hacer que nuestro esquema geométrico. Freud nos da una indicación sensiblemente más compleja al inicio de ese capítulo VII cuando dice: «Este trabajo [...] encuentra un límite natural donde se trata de confinar en el plano de la descripción una figura multidimensional».³ Tenemos aquí un problema de topología o, en todo caso, de geometría espacial. Es interesante comprobar que ese punto de vista geométrico está en Freud por todas partes, en todo caso en su texto sobre Schreber y en el del Hombre de los lobos. Por el momento nosotros estamos aún bastante lejos porque estamos con los esquemas en la pizarra, en el plano.

DINERO

¿Cómo se desarrolla ese capítulo VII? De una manera muy enrevesada. Desde el principio Freud nos habitúa a la noción de que el objeto anal tiene significaciones, es decir, que no es igual a sí mismo. Empieza por ahí, en cortocircuito y apoyándose en lo que está fundamentado por el psicoanálisis, es decir, el estatuto del dinero, estatuto que introduce desde el principio: «Los analistas están de acuerdo desde hace tiempo en que las múltiples mociones pulsionales que se resumen bajo la designación de erotismo anal poseen una extraordinaria significación. [...] También en que una de las exteriorizaciones más importantes del erotismo transformado oriundo de esa fuente se presenta en el tratamiento del dinero». La carta forzada de la experiencia clínica instala de entrada al dinero en el centro de este asunto.

Esto le permite a Freud alinear cierto número de hechos, aunque ese punto de partida parezca aquí casi arbitrario. ¿Por qué comienza Freud por el dinero? Hay dos motivos para esta elección inicial.

Si Freud comienza por el dinero es porque más tarde nos lo volveremos a encontrar como elemento esencial de la relación de filiación. Para el Hombre de los lobos hay una relación con el padre que pasa por el dinero, es decir: recibir algo del padre. Notemos igualmente la intolerancia del sujeto cuando es su hermana la que recibe del padre cualquier cosa.

En segundo lugar, esta elección justifica de entrada la importante noción de que el

objeto anal tiene una significación. Freud incluye por lo tanto la equivalencia *heces = dinero* como un preámbulo necesario para introducir la existencia de los trastornos intestinales de su paciente: «Ya estamos preparados para enterarnos de que en su posterior neurosis lo aquejaron unas perturbaciones de la función intestinal muy rebeldes, si bien fluctuaban a raíz de diversas ocasiones». ⁴ ¿Por qué introduce Freud la función del dinero antes de ese hecho clínico que ya se había comprobado en el caso del paciente? Se trata de prepararnos para que esos problemas intestinales tengan una significación diferente a la del dinero. Al empezar por el dinero, Freud nos habitúa insensiblemente a que las heces sean como un significante cuyo significado hay que descubrir. Una vez que nos hemos acostumbrado a esa relación, menciona los problemas intestinales para interrogar su significación. Para hallarla, vuelve verdaderamente más acá de la significación monetaria de las heces que había establecido en la introducción.

Dicho de otra manera, el esquema conceptual es: 1) las heces tienen una significación, son susceptibles de tener significaciones; 2) teniendo el sujeto trastornos intestinales, se trata de saber cuál es su significación: «Ahora vuelvo a la infancia del paciente, a una época en que era imposible que para él la caca tuviera el significado de dinero». Freud recuerda entonces, para empezar, que las heces tienen una significación monetaria. Después nos dice que el sujeto tiene trastornos intestinales y que, para conocer su significación, nos es preciso volver a un tiempo anterior:

$$\text{Dinero} = \text{Heces} \frac{S}{s} = \text{Trastornos intestinales} \frac{S}{?}$$

Se trata de una manera de proceder que atañe verdaderamente al convencimiento. Tiene incluso un carácter retórico con la finalidad, en un primer momento, de fundamentar ante el público cierta idea sobre un punto preciso, de manera que otro punto más complejo se beneficie luego de ello. Freud apela a algo que todo el mundo conoce, heces = dinero; después introduce el hecho de los trastornos intestinales e investiga la significación de esos trastornos, de los que dice que aparecieron muy pronto, antes de que las heces tuvieran la significación del dinero.

La referencia de Freud para responder a esta pregunta —la primera que emerge en este capítulo— es una discontinuidad, a saber, el cambio de actitud del sujeto en su infancia respecto a la incontinencia anal. A un lado y otro de ese corte, el sujeto

incontinente tiene una actitud de desafío o de vergüenza respecto a esa incontinencia anal: «Y no se avergonzaba de ello; era una exteriorización del desafío a la gobernanta» [...] Un año después [...], «le ocurrió ensuciarse de día en los calzones. Se avergonzó terriblemente». ⁵ Freud se orienta a partir de esa discontinuidad entre el desafío y la vergüenza:

Incontinencia anal: Desafío / Vergüenza

«Se avergonzó terriblemente y, cuando lo limpiaban, se lamentó: “Así no puedo vivir más”. Algo se había alterado entretanto, sobre cuya pista nos puso el examen atento de su queja. Se averiguó que repetía de otra persona las palabras “Así no puedo vivir más”. En alguna ocasión la madre lo había llevado consigo mientras acompañaba hasta la estación ferroviaria al médico que le había hecho una visita. En el trayecto ella se quejó de sus dolores y hemorragias, y se desahogó con esas mismas palabras: “Así no puedo vivir más” sin sospechar que el niño a quien llevaba de la mano, las guardaría en su memoria». Si queremos descubrir lo que es el significante-amo y lo que son esas palabras que permanecen, mientras los escritos salen volando, tenemos un ejemplo mayor en el *no puedo vivir más así* de la madre. «Esa queja, que por otra parte él estaba destinado a repetir incontables veces en su posterior enfermedad, significaba entonces una identificación con la madre». Éste es el punto decisivo de este capítulo. No hay ahí un *como el padre*, sino un *como la madre*, es decir, un *como una mujer*, que continúa siendo completamente determinante para el sujeto.

Podríamos volver a leer el caso a partir de esa divergencia entre el *como el padre* y el *como una mujer*. Si lo releemos haciendo un reparto entre esas dos vertientes no hay duda de que el *como una mujer* o el *como la madre* es absolutamente dominante y constante. Dicho de otro modo, el verdadero título de ese capítulo VII podría ser «La identificación con la madre», siendo el erotismo anal la lengua en la que, para el sujeto, se habla la identificación con la madre. Si su desarrollo se hubiera proseguido, habríamos debido obtener la identificación con el padre y el lenguaje en el que se hablaría esa identificación. Pero, al contrario, lo que tenemos es algo que continúa apegado a la posición de goce homosexual en tanto reprimida. Efectivamente ¿de qué nos estamos ocupando con el erotismo anal tal como Freud nos lo presenta? Del retorno de lo

reprimido, que es la homosexualidad: Freud trata los síntomas intestinales del Hombre de los lobos como el retorno de ese reprimido que es la homosexualidad.

Freud sigue aportando muchos otros elementos para justificar la conexión que establece con la identificación con la madre. «Ahora bien, ¿qué significado podría tener la identificación con la madre? Entre el empleo atrevido de la incontinencia a los tres años y medio y el horror a ella a los cuatro años y medio se sitúa el sueño con que empezó su período de angustia, el sueño que le permitió entender con efecto retardado [*nachträglich*] la escena vivenciada cuando tenía un año y medio y que esclareció el papel de la mujer en el acto sexual». ⁶ He ahí esa anotación con la que el propio Lacan intentará arreglárselas en los términos de la época del informe de Roma, es decir, mostrar cómo todo esto se reparte entre el sujeto y el yo —es una clave de lectura que Lacan aplica al caso aunque no se mantendrá forzosamente—. El sujeto se identificó profundamente con la posición de la mujer o de la madre en el acto sexual, que es otra manera de decir la fijación de la posición homosexual inconsciente: ser poseído por el padre. Esto no es el *como el padre* sino el *por el padre* que está presente desde el inicio y que toma el valor *mujer*. Ser poseído sexualmente por el padre como una mujer.

El eje es el problema de la castración. No digo nada nuevo a quienes leyeron el texto. La castración gira en torno a la dificultad que Freud encuentra en ese momento: ¿cómo es que la posición femenina del sujeto se habla en la lengua del erotismo anal y no en la lengua de la castración? ¿Por qué es hablada en la lengua anal y no en la lengua genital? ¿Cómo es posible que esa identificación se haga en el plano anal, cuando se supone que el sujeto sabe lo que es la mujer en cuanto castrada? Freud lo ve muy claramente en verdad: «Tenemos que suponer, en efecto, que en el curso del proceso onírico comprendió que la mujer era castrada, tenía en lugar del miembro masculino una herida que servía para el comercio sexual; que la castración era la condición de la feminidad, y por causa de esta amenazadora pérdida él había reprimido la actitud femenina hacia el varón y había despertado con angustia de la ensoñación homosexual. ¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual, ese reconocimiento de la vagina, con la elección del intestino para identificarse con la mujer?». ⁷

Freud nos lleva de la mano. ¿Cómo es que lo supuestamente adquirido no se mantiene frente a la identificación anal? Es la indicación de que la convicción de la realidad de la castración no es suficiente para dar validez y asegurar la castración cuando se presenta, o

se propone, la identificación con la mujer. Estamos verdaderamente en las inmediaciones de una falta. La convicción de la realidad no quedó bien atornillada en este sujeto.

Esto nos conduce a la raíz de la necesidad de la categoría de lo simbólico. Vemos ya —y es, pese a todo, formidable— que Freud introduce distinciones en la castración. Hay un punto en la realidad que ya a Freud le parece extremadamente complejo. La actitud del sujeto en relación con ese punto de realidad es extremadamente compleja: puede pensarlo sin creerlo y puede ver la castración por todas partes sin tener ningún convencimiento. Éste es un punto totalmente enigmático. El propio Freud es el que nos prepara para distinguir estratos. Efectivamente *Gedanke* sin *Glaube* y *Gedanke* con *Glaube* son ya dos estatutos de la castración, y ahora nos vemos en el límite de captar que hay, a pesar de todo, un tercer estrato que habría que situar, es decir, que esa convicción aguanta, aguanta el tirón hasta el final con sus consecuencias. Pero a este propósito nos percatamos de que, incluso aunque Freud diga que hay convicción, ésta no conduce en absoluto a una identificación con el padre, sino que cede ante una identificación con la madre en una modalidad que no toma en cuenta en absoluto el problema genital.

Dicho de otro modo, en este primer paso comprendemos que hay como un elemento invisible que falta. Hay un término que va más allá de aquellos que Freud emplea como conocimiento, reconocimiento, etc. Cualesquiera que sean los términos que Freud emplee, se nota que le falta uno: un término que indicaría que el sujeto saca las consecuencias de esa convicción, es decir, que se mantiene en ella. Esa página donde se localiza la objeción de Freud es el punto decisivo a partir del cual vemos que Freud integra de inmediato la *Verwerfung* e intenta articular la represión y la forclusión exactamente en ese punto. Todo el mundo leyó el texto y vio que el problema es la identificación con la madre. Estamos en la segunda línea del esquema en el que se indica la identificación con el objeto del padre. Todo el problema reside en que la identificación con el padre sigue siendo problemática hasta el final.

18 de febrero de 1988

REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (I)

Habíamos llegado al umbral de la página 74, es decir, a ese famoso pasaje que, según la lectura de Lacan, distingue la represión de la forclusión. Éste era el punto decisivo al que habíamos llegado. Recuerdan ustedes que, en ese famoso capítulo titulado «Erotismo anal y complejo de castración», se podía apreciar el insistente problema de la identificación y precisamente de la identificación con la madre. Habíamos comprobado que esa identificación con la madre se expresaba en la lengua de la analidad. Es el punto en el que estamos.

Si recuperamos ese mismo esquema, podemos completar fácilmente la quinta columna [*sic*]. Para Freud, lo que se instala en el momento de la religión es claramente un mecanismo que se puede poner en serie con los precedentes aunque se distinga de ellos: la sublimación. Esta fase traduce el esfuerzo del sujeto por sublimar las dificultades anteriores y, en particular, lo que constituye la dificultad esencial de la fase precedente, es decir, su posición respecto al padre. Retomo el capítulo sobre la neurosis obsesiva: «El conocimiento de la historia sagrada le dio la posibilidad de sublimar la predominante actitud masoquista hacia el padre».¹ Esta sublimación le permite, siempre en términos de actitud, sublimar la posición masoquista femenina y podemos escribir el término *actitud crística masculina* en la quinta columna [*sic*]. La posición crística masculina se sitúa por lo tanto ahí. Ahí se dio un paso, en ese lugar. Pero está claro, según dice el propio Freud, que el paso no se dio a la perfección: «En la duda de si Cristo puede tener un trasero se insinúa la actitud homosexual reprimida, pues tal cavilación no pudo significar más que este interrogante: si el padre podía usarlo como a una mujer, como a la madre en la escena primordial». Pese a esa sublimación, no parece que la posición de goce haya cambiado. Sigue apareciendo en relación con la homosexualidad reprimida sobre la que trabaja la sublimación. No se necesita por lo tanto volver a definir ni la posición de goce ni la oposición motriz del sentimiento viril o de la libido genital.

En lo que atañe al comportamiento, se puede hablar en este lugar de *comportamiento obsesivo*. Esta sintomatología es muy visible, en efecto. El Hombre de los lobos se identifica con Cristo —manera de tomar una actitud masculina— pero los elementos de la fase anterior siguen transparentándose.

Castración		Registro	Posición de goce	Rechazo	Oposición	Comportamiento	Actitud
K ₁	<i>Gedanke-Glaube</i>	posibilidad	imaginario -p	pasividad	inversión	<i>Selbstgefühl</i> viril	sádico masoquista
K ₂	<i>Gedanke+Glaube</i>	convicción de realidad	real Π	homosexualidad	represión	libido genital narcisista (angustia de castración)	fóbico masoquismo femenino
K ₃		asunción simbólica	simbólico ⊕	religión grandes intereses de la humanidad	sublimación		obsesivo cristica masculina

Intentemos ahora abordar el problema de la represión y la forclusión pensando en la página 74. Represión y forclusión exigen que volvamos sobre el problema de la represión en el caso del Hombre de los lobos. ¿Cómo justifica Freud ese concepto? Es un concepto mucho más clásico que el de forclusión porque es freudiano y, en psicoanálisis, nadie lo ha discutido. ¿Por qué medio introduce y justifica Freud la represión en este caso? La justifica a partir del sueño de los lobos ¿Por qué? No sólo porque le pareció que era de estructura y que reunía cosas que él mismo había establecido, sino por la razón precisa de que ese sueño se articulaba con una discontinuidad. La escucha de Freud —ya lo hemos destacado— estaba visiblemente orientada hacia esa discontinuidad. Lo vimos en la datación precisa que hace del episodio de la seducción. Localiza una discontinuidad en la actitud del paciente: era bueno y, en un momento dado, se volvió malvado. A partir de esa comprobación, Freud da todo su valor al episodio de la seducción y a la correspondiente amenaza de castración. En cuanto al sueño, en el que entiende que se cumple una represión decisiva para la historia del paciente, sigue notando una discontinuidad e incluso una inversión. El sueño se sitúa poco antes del cuarto cumpleaños del sujeto. Normalmente, espera ese momento anticipando su satisfacción. Manifiesta en su actitud buenos modales y actividad. Pero, a partir de ese momento datable, vamos a encontrar en él angustia, «fenómenos de angustia martirizadora». Y tal como yo lo leo, ahí se localiza una segunda discontinuidad. Freud trata de explicar por qué se produce esa transformación en ese momento.

¿Qué es lo que permite explicar esa transformación? De esta observación puede sorprendernos el aspecto etiológico del desarrollo de Freud. La búsqueda de la causa es lo que verdaderamente marca todo el estilo de la observación. Freud usa una palabra para calificar la discontinuidad: *Scheidung*, que se traduce por *separación*. Está en la última frase del capítulo III: «Ahora bien, el suceso que permite esta separación no fue un trauma externo, sino un sueño del que despertó con angustia». Por lo tanto, el término de separación se dispone en relación con el cambio entre la anticipación alegre de los regalos de Navidad y la actitud de angustia que se seguirá. Podemos fijarnos en la expresión que el propio Freud emplea a este respecto: *die Verwandlung der Befriedigung im Angst*, «la mudanza de la satisfacción en angustia». Freud explicará esta transformación por la represión. Es una anotación que muestra cómo Freud comprende en serie la angustia y la satisfacción, susceptibles de transformarse una en otra, y en el registro de los afectos.

Pero a la vez que establece una correlación entre el momento del sueño y la transformación de la actitud del sujeto, Freud nos dice que el sueño, en sí mismo, no presenta nada que permita explicarla. En el sueño no tenemos la causa de esa transformación y Freud se ve llevado a hablar entonces, desde el punto de vista de una investigación etiológica, de *die Lücke im Traum*, es decir, de la laguna que hay en el sueño. No hay ninguna laguna en el sueño en tanto tal. Un sueño es lo que es. Un sueño es un sueño. Si Freud puede decir que hay una laguna [*Lücke*] en el sueño es en la medida en que cuestiona el por qué del cambio de actitud que se sitúa en el momento de ese sueño. El sueño no da directamente la respuesta; esconde la causa y esa causa, que tiene su lugar en esa laguna, hay que encontrarla. Es en la laguna del sueño donde verdaderamente busca Freud la causa como causa escondida.

Intentemos captar los detalles del recorrido de Freud a propósito de la represión. En primer lugar, se orienta por la transformación de la satisfacción en angustia y plantea la pregunta: ¿por qué esa transformación? Es claro que Freud no está paralizado mentalmente ante la interpretación. Hay una actitud etiológica susceptible quizás de hacerlo errar pero que, en cualquier caso, es su posición. Se pregunta entonces por qué.

En segundo lugar, da un sentido preciso al estatuto de la satisfacción. En el primer momento, es la satisfacción de saber que va a encontrar los regalos al pie del árbol de

Navidad. Pero Freud no se queda satisfecho con esto porque ya había construido el esquema que le permitía plantear que, para el sujeto, la satisfacción es una satisfacción recibida del padre. Es lo que analizamos con la actitud masoquista consistente en hacerse golpear por él. Es una actitud sexual, erotizada con respecto al padre. Freud se pregunta entonces de qué satisfacción se trata. Hay una satisfacción aparente —la de recibir los regalos de Navidad— y una satisfacción profunda y latente —la satisfacción sexual recibida del padre—. Es ésta la que cambia de sentido y se convierte en angustia. Lo que se transforma es el valor de la significación afectiva de la satisfacción sexual recibida del padre. Podemos representarlo como un silogismo:

- 1) la satisfacción se muda en angustia;
- 2) esa satisfacción es fundamentalmente la satisfacción sexual recibida del padre;
- 3) se trata de una inversión en la satisfacción sexual recibida del padre.

Freud se pregunta entonces cuál es el factor que puede efectuar esa inversión. Utilizo ahora precisamente el término *factor*. ¿Cuál es el factor que puede operar esa transformación? Se ve que, en la concepción de Freud, el operador es una imagen. La escena primordial, que se hizo tan célebre, se inscribe exactamente en ese lugar. Tiene que ser reconstruida, a partir del sueño, para explicar la inversión del valor de la satisfacción sexual recibida del padre. Los términos que Freud emplea son muy sorprendentes. Dice que no puede ser más que una imagen, *Bild*. A partir de nuestros propios presupuestos, nosotros diríamos que sólo puede ser un significante. Dada nuestra concepción causal del significante, la imagen de la escena primitiva es para nosotros un significante. Un significante que es un operador. Insisto en el término *factor* u *operador* porque es lo que permite comprender en qué términos habla Freud de la castración en este texto. Freud habla de *Wirklichkeit*, es decir, de la realidad en tanto operativa. Habla ahí verdaderamente de un factor.

Esta castración —que es la lección extraída de la escena primitiva, de la imagen— debe permitir explicar la transformación de la satisfacción. Para que la satisfacción recibida del padre se vuelva repulsiva tiene que transformarse en angustia, tiene que alcanzar al cuerpo que goza en su integridad misma. Es a lo que Freud llama castración. No es sólo la convicción de que las mujeres no tienen pene, de que tienen una herida en su lugar. Hay que tomar en serio la amenaza. De ser una posibilidad se convierte en real,

lo que quiere decir que se vuelve operativa en el caso del sujeto. Antes era algo del orden de *por mucho que digas...* Pero en ese momento entra en la realidad. Es un paso hacia la realidad de la castración bajo una modalidad operativa. El término *Überzeugung*, convicción, tiene evidentemente su valor, pero la expresión *Wirklichkeit der Kastration* muestra verdaderamente el lugar factorial en que se inscribe. Se vuelve efectiva para el sujeto.

En ese momento, Freud reconstruye el esquema del sueño con toda precisión. Hay tres tiempos. En primer lugar, aspiración a la satisfacción sexual por el padre: ahí se ve cuál es el deseo del sueño. En segundo lugar, comprensión de la castración: Freud lo dice con mayor firmeza: «Fundamentar el convencimiento en la existencia de la castración», lo que quiere decir que esa satisfacción no es sólo beneficio sino que hay un riesgo grave de perder una parte del cuerpo. En tercer lugar, angustia, miedo —*Angst*— al padre. El armazón lógico es por lo tanto extremadamente simple y fuerte, como lo es por lo demás el momento precedente de la seducción.

«WIRKLICHKEIT» DE LA CASTRACIÓN

¿Por qué pasamos de la satisfacción a la angustia? Es preciso que haya habido entre ambas un elemento operativo. Al que Freud llama castración. La castración no es sino el operador que explica la transformación de la satisfacción en angustia. Ahí donde nosotros hacemos intervenir un significante, Freud hace intervenir una imagen. Es lo que, para él, es efectivo y operativo. Saben ustedes que Lacan hacía intervenir la *Imago* donde más tarde hará intervenir al significante. La castración es por lo tanto el factor de conmutación de la satisfacción en angustia. Insisto en el carácter de *Wirklichkeit* de la castración.

Tenemos a continuación una anotación de Freud muy interesante: que el resultado de ese momento no es una posición, una corriente decidida, sino una verdadera fragmentación de la libido del sujeto. Otra anotación muy destacable indica que la escena primordial —potencialmente portadora de todos sus efectos— no aporta dichos efectos sino a través del sueño que interviene dos años y medio después. Sigue habiendo por lo tanto un efecto de retroacción. La causa no se vuelve activa sino dos años y medio

después, en un sueño al que Freud le da el mismo estatuto efectivo y de poder causal que a lo que llamaríamos un acontecimiento contemporáneo.

En ese contexto pronuncia Freud el término de represión. Tal como lo recupera Lacan en la metáfora paterna, el concepto de represión es bastante problemático: su tesis en cuanto a la represión del deseo de la madre es la tesis correspondiente a lo que en Freud es la *Wirklichkeit* de la represión, que Lacan atribuye al Nombre-del-Padre, apareciendo el falo en posición de efecto. En 1918, el factor operativo para Freud es el propio falo, el propio órgano masculino. En la metáfora paterna de Lacan, lo que está en el lugar de la represión es el Nombre-del-Padre. En el texto de Freud, es un estatuto del falo. Esto se prestaría, por lo tanto, a muchas comparaciones si quisiéramos ir en ese sentido, y a considerar también la evolución de Freud en lo que concierne al complejo de castración y a lo que lleva a cabo la represión. Pero cualesquiera que sean las variaciones en la problemática analítica, lo que permanece constante en definitiva es que se aísla el momento del desarrollo del sujeto en el que se produce un vuelco de este tipo. La represión implicada se produce mediante la protesta narcisista viril. Además, Freud utiliza de buen grado el término adleriano de protesta narcisista viril.

Esto nos indica también que la castración de la que aquí se trata no es del registro de la asunción de la castración. ¿Cómo aparece la incidencia del momento edípico? Su incidencia deja al sujeto fundamentalmente ante dos identificaciones posibles, de las que hemos hablado en términos de castración.

En primer lugar, ser una mujer sufriendo el acoplamiento. Lo que en absoluto queda proscrito por la emergencia de la castración. Al contrario, como posibilidad está totalmente abierta al sujeto e incluso es lo que considera el Hombre de los lobos y lo que reprimirá. Esto da el sentido de su pasividad. Esa pasividad obliga de alguna manera a ser consecuente, es decir, hasta llegar a ser una mujer sufriendo el acoplamiento. Es una de las posibilidades que introduce la castración.

A continuación tenemos la segunda identificación que es la de ser un hombre, ser el hijo de mi padre, o incluso ser un hombre como mi padre. Lo que Freud llama castración es el momento en que se constituye esta elección para el sujeto. No se trata de la naturaleza de la elección sino de su constitución misma. Es en lo que la psicosis paranoica constituye el mejor ejemplo que se puede dar de la *Wirklichkeit* de la castración en el sentido de Freud. Efectivamente, incluso en sus formas más catastróficas, tenemos en la psicosis a un sujeto que está ante el problema de ser una

mujer sufriendo el acoplamiento, un sujeto que piensa en principio que es bello, después que pese a todo es llegar demasiado lejos para, finalmente, reconciliarse con la idea. La psicosis es un excelente ejemplo de *Wirklichkeit* de la castración en el sentido de Freud: «Se expresa una ternura femenina, la disposición a renunciar a la masculinidad propia si a cambio uno puede ser amado como mujer. Es precisamente aquella moción contra Dios que se expresa con palabras inequívocas en el sistema delirante del paranoico Senatspräsident Schreber».

Si consideramos, página 78, la distinción freudiana de las tres corrientes —la corriente que aborrece la castración, la que la acepta y la de la forclusión—, ¿dónde se encuentra la psicosis en ese esquema freudiano? No parece que se encuentre inmediatamente en el lado de la tercera corriente, la del rechazo de la castración. Considerando los términos freudianos de la época, hay que percatarse de que la castración se encuentra en el plano de la segunda corriente. Para Freud, el sujeto psicótico tiene la convicción de la realidad de la castración y hace la elección de aceptar la renuncia a su virilidad para ser amado como una mujer, o para consolarse con la femineidad como sustituto. Para el Freud de la época, la convicción de la *Wirklichkeit* de la castración es lo que el paranoico comparte absolutamente. La psicosis es una demostración de la *Wirklichkeit* de la castración.

En este punto, según Freud, se vinculan psicosis y homosexualidad. No están vinculadas sólo por razones adyacentes sino en razón de esa encrucijada edípica. En relación con la elección de ser un hombre, sobre el modelo del *Serás un hombre, hijo mío*, homosexualidad y psicosis están del otro lado, del lado de la elección de ser una mujer. El Hombre de los lobos se aproximaba a lo genital por la vía de la homosexualidad, pero he aquí que la represión lo alejó de ella.

EL ANTIGUO PADRE Y EL NUEVO

Habíamos subrayado que Freud nos dice, al tratar el problema del padre, que al llegar a la religión el Hombre de los lobos «defendía [...] al padre antiguo contra el nuevo».² Esta anotación es muy importante porque el antiguo padre es el padre del que se espera la satisfacción sexual, mientras que el nuevo sería el padre sublimado. Podríamos añadir a nuestro esquema la columna del padre. Tendríamos en principio el padre que pega a un niño. A continuación, tendríamos el padre que copula, que es el del sueño. El tercer

padre debería ser el de la sublimación. ¿Cómo podemos llamarlo? No es un padre que pegue. No es un padre que copule. Es el padre que realiza la asunción. Es el que pacifica, el que promete. Es aquel en el que nosotros encarnamos todas las virtudes de la palabra. Es el que une, el que protege, el que garantiza, el que dice: *Ahora es así, pero será mejor más tarde*. Es el que hace esperar. Habría que encontrar un término que lo reuniera todo.

No hablo del padre de la religión como tal, sino del de la sublimación, de la que la religión es una de sus formas. Desde luego, es ambiguo, ambivalente, etc. A través del término de sublimación, busco lo que podría ser ese momento preciso. Es el padre de la sublimación. Es el que nombra, el que reconcilia. Vamos a poner ahí unos puntos suspensivos:

PADRE
que pega a un niño
que copula
. . .

Esa anotación freudiana de que defendía al antiguo padre contra el nuevo, está evidentemente en la línea de la pregunta que nos planteamos sobre el trazado de las etapas. El caso del Hombre de los lobos también es —hay que decirlo— uno de los grandes textos de Freud sobre la sublimación. Todo el final está dedicado a saber por qué el Hombre de los lobos ya no sublima. Conforme la libido se aleja de la homosexualidad reprimida, se vuelca en la cuenta de la sublimación, nos dice Freud. Esto indicaría que lo que se espera en ese tercer lugar de la primera columna [*sic*], es una nueva posición de goce por medio de la sublimación. Ahí es donde podría inscribirse la religión o, como dice Freud, los grandes intereses de la humanidad. Freud llama sublimación al mecanismo que permitiría que la libido, que está retenida en lo reprimido, se desprenda para adoptar una forma nueva. Se ve en qué sentido sublimación y represión están en una misma serie pero son distintas.

Una vez establecido el esquema referente a los capítulos II, III, IV, VI —dejamos aparte el quinto por ser más retrospectivo—, vemos mejor ahora cómo se ordenan los capítulos VII y VIII. El problema central de esos dos capítulos es la identificación con la

madre, en el sentido de que K_3 no se consumó. Freud retoma el problema de saber si el Hombre de los lobos dio, o no, el paso hacia una actitud masculina. Esos dos capítulos se contraponen y son, incluso, antitéticos. El fondo del capítulo VII consiste en comprender en qué sentido el sujeto permanece identificado con la mujer, a pesar de la libido genital narcisista que lo alejaría de esa identificación. El del capítulo VIII es comprender en qué sentido es pese a todo un hombre, y de verdad. Entonces, esos dos capítulos, se contestan uno a otro y se sitúan en el lugar de la tranquilidad que se hubiera podido obtener según un desarrollo normal. En lugar de ese desarrollo tenemos dos capítulos, dos problemas. ¿Qué dice el capítulo VII, referido al erotismo anal? Al interpretar los síntomas intestinales del Hombre de los lobos, Freud reconstruye el hecho de que el sujeto se identifica en eso con su madre: desde el punto de vista del erotismo anal, usa las mismas frases que su madre y adopta la misma actitud que ella. Pero hay un problema en el que se sitúa el punto decisivo. Efectivamente, aun cuando descubrimos que el sujeto tenía que reprimir su homosexualidad para no identificarse con la mujer y porque quiere proteger la libido genital narcisista —no quiere que se los corten—, Freud comprueba no sólo que la actitud femenina se trasluce, sino también que no ha variado. Ése es el problema lógico para Freud. Siempre descubre algo en un momento de discontinuidad. Ya hemos visto que la incontinencia anal del sujeto cambia de sentido antes y después del sueño.

Freud considera que el sujeto se pone en el lugar de la madre, que le envidia su relación con el padre y que el órgano en que se expresa la identificación con la mujer es la zona anal. Es lo que expliqué la última vez. A continuación está la objeción que Freud se hace: «Tenemos que suponer, en efecto, que en el curso del proceso onírico comprendió que la mujer era castrada».³ Hemos tenido que admitirlo para explicar la transformación de la satisfacción en angustia, y he aquí que ahora se identifica con la mujer «por medio del intestino». Dicho de otro modo, lo que está en cuestión para este sujeto a partir de ese momento es verdaderamente la *Wirklichkeit* de la castración. ¿Ha sido operativa la castración, sí o no? ¿Ha modificado las interpretaciones anteriores sobre *ser un hombre, ser una mujer o tener una relación con el padre*? ¿Ha modificado todo eso, o no lo ha modificado?

Esta contradicción existe y es ahí donde tuerca la página que introduce lo que Lacan fijó como el problema de la forclusión. Subrayemos que tenemos ya una distinción de planos. El Hombre de los lobos rechaza la identificación con la madre en el plano genital y la acepta en el plano anal. Vemos en qué plano aborda la feminidad como castración y en qué plano acepta la feminidad en su interpretación anal. Freud lo soluciona diciendo, página 73, que fundamentalmente ambas coexisten. No hay en el inconsciente *o...*, *o...*. Están profundamente mezcladas. En el inconsciente pueden existir cosas contradictorias. La gran solución freudiana para este caso es, por lo tanto, la coexistencia. Podemos preguntarnos si es algo que permita el causalista significativo lacaniano que nos ha acostumbrado a algo muy distinto, al *todo o nada*. Desde luego que en el plano imaginario las cosas se mezclan, pero la lectura que Lacan hace de ese pasaje de Freud no se acomoda tanto a esa coexistencia de los diferentes niveles. Pese a todo, hay que salir de esa mezcolanza por un punto esencial. El Nombre del Padre, ésa es la intención de Lacan.

«Sin duda —escribe Freud—, esta contradicción existe, y ambas concepciones no se concilian entre sí. Sólo que cabe preguntarse si hace falta que se concilien. Nuestra extrañeza proviene de que siempre nos inclinamos a tratar los procesos anímicos inconscientes como a los conscientes, olvidando las profundas diferencias entre ambos sistemas psíquicos».⁴ Es ésta una profesión de fe muy general en Freud. Podríamos decir que es el *Einfühlung* de Freud, la relación casi afectiva que él tiene con el inconsciente, o que la *Stimmung* del inconsciente para él no es la *Stimmung* del inconsciente para Lacan.

Finalmente Lacan instala la lógica en el inconsciente. Incluso muestra que Freud la instaló enseguida sin saberlo. Es una lógica desde luego inconsistente, pero decir que no pasa nada porque el inconsciente se contradiga no es exactamente la tonalidad que Lacan da al inconsciente. Nos vemos compelidos, por lo demás, a inscribir las cosas bajo una forma lógica y a intentar conciliarlas. Las fórmulas de la sexuación de Lacan son fórmulas que no pertenecen a la lógica clásica, pero nosotros las logificamos detalladamente y vemos que hay cierto debilitamiento de la lógica clásica en Freud.

Freud prosigue: «Cuando la espera excitada del sueño de Navidad le presentó como por arte de magia la imagen del comercio sexual otrora observado (o construido) de los padres, sin duda emergió primero la antigua concepción». Freud intentará resolver el problema a partir de lo que es su esquema operativo, es decir, a partir de la escena

primordial, que es en el fondo el sistema significativo presentado bajo una forma imaginaria.

Continúo la lectura de ese pasaje: «sin duda emergió primero la antigua concepción, según la cual el lugar del cuerpo de la mujer que recibía al miembro era el ano. ¿Qué otra cosa podría haber creído cuando fue espectador de esa escena al año y medio? Pero entonces sobrevino lo nuevo, teniendo él cumplidos ya los cuatro años. Las experiencias que había hecho a partir de ese momento, las alusiones a la castración que había escuchado, despertaron y pusieron en duda la “teoría de la cloaca”, le arrimaron el discernimiento de la diferencia entre los sexos y del papel sexual de la mujer. Se comportó entonces como suelen hacerlo los niños a quienes se da un esclarecimiento indeseado —sexual o de otra clase—. Desestimó lo nuevo —en nuestro caso por motivos derivados de la angustia frente a la castración— y se atuvo a lo antiguo». Tenemos ahí esa misma actitud respecto al padre, que Freud ya había mencionado anteriormente. Se ve en qué sentido puede operar la libido genital narcisista que está ahí en acción. Puede conducir al sujeto a reprimir su homosexualidad o a aceptarla. La tercera posibilidad, desde el punto de vista de la teoría, casi es la regresión. Conservar no lo nuevo sino lo antiguo es permanecer en ese estadio en que no se sabe nada, en que no se tiene la convicción de la castración. Vemos que la *Wirklichkeit* de la castración es el punto crucial. El sujeto sabe ahora que lo genital está en juego. En primer lugar, puede reconocer su homosexualidad y por lo tanto aceptarla. En segundo lugar, puede rechazarla y adoptar una posición viril. Estas dos diferentes posiciones suponen que se tenga la convicción de la *Wirklichkeit* de la castración, suponen K_2 .

Por el contrario, para la tercera posición, Freud emplea el término de *Verwerfung*. ¿Cómo calificar esa *Verwerfung*? Es una regresión de etapas y no una regresión de estadios. El sujeto vuelve al estatuto K_1 :

$$\begin{array}{l} K_2 \quad \left\{ \begin{array}{l} 1) \text{ aceptar la homosexualidad} \\ 2) \text{ rehusar la homosexualidad} \end{array} \right. \\ K_3 \quad 3) \text{ } Verwerfung \text{ (regresión de etapas)} \end{array}$$

«Desestimó lo nuevo [...] y se atuvo a lo antiguo. Se decidió en favor del intestino y contra la vagina, de la misma manera y por los mismos motivos que más tarde tomó

partido contra Dios y en favor de su padre». Dicho de otra manera, ese movimiento de regresión de las etapas, entre K_2 y K_3 , lo observa Freud en el capítulo sobre la neurosis obsesiva. Aísla el movimiento de rechazo del nuevo padre por el antiguo. No es tan seguro que la convicción de la realidad de la castración haya tenido efecto: «El nuevo esclarecimiento fue rechazado, la antigua teoría fue conservada; esta última bien pudo prestar el material para la identificación con la madre, emergida luego como angustia ante la muerte intestinal».

↑	K_1 <i>Gedanke sin Glaube</i>	Posibilidad (teoría cloacal)	Imaginario
↑	K_2 <i>Gedanke + Glaube</i>	Convicción de realidad UWK	Real
	K_3	Asunción del símbolo	Simbólico

Pero Freud prosigue: «No es que la nueva intelección no surtiera efecto alguno; todo lo contrario, desplegó un efecto extraordinariamente intenso, convirtiéndose en el motivo para mantener en la represión [esfuerzo de desalojo] el proceso onírico íntegro y excluirlo de un posterior procesamiento consciente». ¡Es extraordinario! Freud no puede renunciar a la noción de que ha habido una represión. Esa represión no ha podido hacerse sino bajo el régimen de la UWK [*Überzeugung der Wirklichkeit der Kastration*],⁵ pero Freud tiene que anotar al mismo tiempo que el sujeto continuó en la teoría de la cloaca. No anula en absoluto la columna de la relación sexual pero su base es vacilante. En todo caso, está dividida.

Continúo: «Pero con esto su efecto quedó agotado; no tuvo influjo ninguno sobre la decisión del problema sexual». Esa decisión del problema sexual en alemán es: *Entscheidung des sexuelle Problems*. El término *Entscheidung* es un término que pertenece típicamente al margen subjetivo. Es sobrecogedor: «no tuvo influjo ninguno sobre la decisión del problema sexual. Era por cierto una contradicción que a partir de ese momento una angustia de castración pudiera subsistir junto a la identificación con la mujer por medio del intestino, pero era sólo una contradicción lógica, lo cual no significa mucho. El proceso entero se torna así más bien característico del modo en que trabaja el inconsciente». Y es ahí donde se encuentra la frase a la que Lacan prestó tanta atención:

«Una represión [*Verdrängung*] es algo diverso de una desestimación [*Verwerfung*]». En este punto se juega lo esencial de la teoría de la psicosis.

A continuación quizás podamos yuxtaponer a ese pasaje aquel otro en el que Freud retoma el conjunto de la posición del paciente respecto a la castración: «Nos ha devenido notoria la inicial toma de posición de nuestro paciente frente al problema de la castración. La desestimó [*verwarf*] y se atuvo al punto de vista del comercio por el ano. Cuando dije que la desestimó, el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella siguiendo el sentido de la represión [esfuerzo de desalojo]. Con ello, en verdad, no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera».⁶

Por lo tanto, me parece indiscutible que Lacan no fuerza en absoluto el término de Freud en ese pasaje. Vemos a qué se refiere la observación de Freud de que la represión de la homosexualidad es una manera de reconocer plenamente la operatividad de la castración. La represión es un no a la homosexualidad. Lo que supone que la pasividad haya tomado el sentido de la homosexualidad. La represión que dice no, no dice que no a la efectividad de la castración. Al contrario, la demuestra. Hay represión porque el reconocimiento de la UWK entra en conflicto con la libido genital narcisista. Lo que produce la angustia de castración es el reconocimiento de que va en serio y hace que el sujeto se encuentre ante una elección. La represión por lo tanto es una manera de reconocer plenamente la castración. Todo el problema consiste entonces en saber si, aunque no reprima y acepte la homosexualidad, reconozco la *Wirklichkeit* de la castración. A este respecto, no es seguro que la homosexualidad a que alude Freud en ese pasaje sea la homosexualidad perversa. Pero dejemos este problema aparte.

¿En qué sentido el sujeto está situado ahí, en la represión y en todo lo que va aparejado con ella? ¿Y en qué sentido regresa sin embargo? Es una regresión de un tipo especial. No es la regresión de los estadios, la regresión de lo oral a lo anal, etc. Es en el plano de la teoría. Se trata, de alguna manera, de una regresión intelectual. No hay que plantearse únicamente la pregunta de si Lacan tuvo razón o se equivocó. La pregunta es por qué Freud, en ese momento del texto, distingue dos términos. Esto se juzga en la reconstrucción de la matriz de conjunto del problema. Ahora bien, la matriz de conjunto del problema, a partir del capítulo VII, es la identificación con la mujer. Hay algo que actúa desde la represión hacia atrás y que depende de la convicción de realidad. Algo actúa ahí y es a lo que Freud llama *Verwerfung*. Algo cuestiona la *Wirklichkeit* de la

castración y hace que no sea operativa. Que no sea operativa y no modifique todas las significaciones de la vida del sujeto, en particular las significaciones de su satisfacción. Efectivamente, ¿qué es la castración sino el operador que hace pasar de la satisfacción a la angustia y que cambia completamente lo que las cosas quieren decir? Se puede gozar de que papá te pegue y después, en cierto momento de la existencia, experimentarlo como algo insoportable y angustiante. Verdaderamente es un cambio esencial en las significaciones de la existencia.

Por lo tanto lo que esa noción de *Verwerfung* pone en tela de juicio quizás sea que la *Wirklichkeit* de la castración no tuvo efecto para ese sujeto. Freud está preso de esa contradicción: no se consumó en un plano y, en otro, sí. En un sentido no operó, no fue operativa, y en otro sentido sí lo fue. Verdaderamente Freud tiene un problema en este punto.

SUJETO COMO HOMBRE, YO COMO MUJER

Puede que todo el problema sea también saber cuál es el estatuto de la virilidad del Hombre de los lobos. Por lo demás, ése es el problema que Freud va a plantear en el capítulo VIII, que es la resolución del caso. Vemos a un muchachito que, desde el principio, tenía ganas de copular con mujeres a cuatro patas y que quería hacer como su padre. A continuación hubo un incidente, la seducción, que lo llevó por muy mal camino, etc., pero antes, antes de que entrara en la serie de la seducción, era un buen chico. No exagero. ¿Por qué Freud se guarda a Groucha en la manga hasta el final? No introduce a la sirvienta, ni a la mariposa, hasta el final porque es lo que por fin permitirá la resolución del caso: hay una corriente de profunda identificación masculina en el sujeto que, en el fondo, permite la resolución.

¿A qué se refiere la corta pero interesante frase de Lacan al final del primer capítulo del informe de Roma? Establece los dos episodios ulteriores que Freud descubre al final. ¿Cuáles son los episodios más precoces de la vida del Hombre de los lobos? En primer lugar, la escena primitiva y, en segundo lugar, la escena con Groucha. La escena primitiva pone al sujeto en una posición femenina y la escena con Groucha lo pone en una posición masculina. Lacan focaliza las cosas entre esos dos puntos, diciendo que la escena con Groucha da la posición simbólica del Hombre de los lobos y que la escena

primitiva da su posición imaginaria. Por una parte, tenemos una posición simbólica que es el principio de una compulsión y, por otra, tenemos una captura imaginaria. Verdaderamente, Lacan focalizó las cosas entre los dos episodios más precoces.

Al querer situar la posición simbólica del sujeto, Lacan lo hace con la fórmula *yo no estoy castrado*, pero no dice qué valor preciso le da. Lacan considera que la virilidad indiscutible del Hombre de los lobos es una virilidad que consiste en afirmar, por el hecho mismo del carácter compulsivo de su actividad sexual, que él no está castrado. La fórmula, en sí misma, no es convincente —será preciso ver el sentido que Lacan quiere darle— porque no parece estar del lado de la *Verwerfung*. La *Verwerfung*, en el sentido de Freud, no permitiría formular las cosas así. Ésta es la frase de Lacan: «para reconocer en el aislamiento simbólico (del yo no estoy castrado) en que se afirma el sujeto la forma compulsiva a la que queda encadenada su elección heterosexual, contra el efecto de captura homosexualizante que ha sufrido el yo devuelto a la matriz imaginaria de la escena primitiva».⁷ Lacan distingue ahí por tanto los dos episodios más antiguos de la vida del Hombre de los lobos. En un lado sitúa la posición subjetiva, en el otro la captura del yo.

EL DEDO CORTADO

Querría señalar un punto importante del texto, la alucinación del dedo cortado que está en este apartado, página 79. En todo ese conjunto de problemas, ¿dónde inscribe Freud esta alucinación? Lo que es patente en el texto, como mencionará Lacan, es que la alucinación del dedo cortado no es en absoluto un testimonio de la *Verwerfung*, para Freud. La alucinación del dedo cortado se inscribe necesariamente, por el contrario, en el registro UWK. Es incluso una pieza en la que se apoya Freud —al contrario que Lacan por lo tanto— para decir que, aunque haya habido un movimiento por aquí, ha habido ese otro movimiento por allá. Si se pretende oponer a Freud y Lacan, hay que saber sobre qué punto se hace. A estas alturas del texto está claro que no se los puede oponer a partir del hecho de que Freud no hiciera distinciones entre *Verdrängung* y *Verwerfung*. Al contrario, las distingue lógicamente. En cambio, en lo que concierne a la interpretación del dedo cortado, está claro que Freud la considera una prueba del carácter operativo de la castración en el Hombre de los lobos.

Dicho esto, que en Freud sea la prueba de la UWK, no zanja en absoluto el problema de la psicosis o la neurosis porque, según él, en la psicosis precisamente hay convicción de la realidad de la castración. Para Freud, la UWK existe en la psicosis. Nos damos cuenta de que no vale la pena discutir sobre los diagnósticos de Freud y Lacan porque los criterios de localización clínica y teórica son complejos y están desplazados en uno con respecto al otro. Entonces vamos a terminar hoy con estos tres puntos. En primer lugar, que Freud distingue *Verdrängung* y *Verwerfung* en estas páginas. En segundo lugar, que la alucinación del dedo cortado proviene, según él, del registro UWK —convicción de la realidad de la castración— y no de la *Verwerfung*. En tercer lugar, que la *Verwerfung* no es, para él, lo propio de la psicosis. La psicosis, al contrario, supone la UWK. Es incluso la razón por la que menciona la psicosis cuando se trata de la regresión de las etapas de K_3 a K_2 más bien que cuando se trata de la regresión de K_2 a K_1 . Para él, la psicosis consiste en hacer la elección de la feminidad ante la convicción de la realidad de la castración, es decir, hacer la elección de Schreber —lo que supone que se haya comprendido que concernía a los órganos genitales—. Para Freud, en ese momento, la psicosis es impensable fuera del registro de la castración.

25 de febrero de 1988

REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (II)

Nos aproximamos ahora a la zona en que podemos poner en paralelo a Freud y a Lacan en relación con nuestro tema. Estamos en la página 74 del texto donde Freud, de una manera totalmente explícita, opone la represión a la *Verwerfung*, y entramos por lo tanto en las aguas en que Lacan se sumergió para recoger y crear ese concepto de forclusión.

Hay que leer y releer esa página 74. Para orientarnos, Lacan sigue proponiéndonos una divergencia en la construcción de Freud, la divergencia entre comportamiento e inconsciente. Intentábamos ver cómo se distinguen cierto número de categorías con las que hemos hecho columnas. Pretendíamos obtener así un cierto esclarecimiento a través de la clasificación, pero lo que se nos hizo manifiesto fue que el capítulo VII y el capítulo VIII del texto se oponen con toda claridad. El capítulo VII se centra en la identificación con la mujer y el capítulo VIII está destinado a mostrar en qué el paciente es un hombre. Hay por lo tanto un *ser una mujer* y un *ser un hombre* que hay que descubrir cómo se distribuyen. ¿En qué plano el sujeto es una y en qué plano es otro? ¿En qué plano el sujeto se identifica con *ser una mujer* y en qué plano copula sin embargo con una mujer? Esto es lo que hay que ordenar ahora y en absoluto se trata de una construcción estafalaria. Son problemas que nacen de la práctica analítica y en la actualidad también.

Nos vemos obligados a distinguir dos vertientes que Lacan recupera y refleja con la oposición entre comportamiento e inconsciente. El comportamiento, nos dice, es ese acceso a la realidad genital. Son por ejemplo las relaciones del Hombre de los lobos con la ñaña, con Groucha después. El término de comportamiento está justificado porque se trata de una actitud realizada, de su manifestación en la realidad, y Freud la interpreta como de orden erótico y ya como una anticipación de la posición genital. Por lo tanto, en primer lugar, el comportamiento.

En segundo lugar, Lacan le opone la posición que el sujeto tendría en su inconsciente y pone la mira en la teoría de la cloaca tal como Freud la expone. Hay que volver a leer,

me parece, esa página 74 del texto de Freud para captar el nudo del problema y aprehender, en su complejidad, por qué Freud da ese rodeo y nos complica la vida con esa alusión a la *Verwerfung*. Después de todo, en ciertos aspectos, podríamos preguntarnos si no se podría prescindir de ella. Podríamos considerar que se trata de un neurótico que recurre al registro anal para ciertos fines, lo que de ningún modo fundamenta una psicosis. Efectivamente —podemos verlo en el propio texto de Freud—, hay como una excrecencia con la *Verwerfung*. Hay un plus en relación con esa articulación.

LA ASCESIS PSICOANALÍTICA

Quizás fuera preciso hacer ahora un pequeño *excursus* sobre la razón de que prestemos tanta atención al Hombre de los lobos. No jugamos sólo a desbaratar el diagnóstico de neurosis o de psicosis, es mucho más que eso. Es éste un problema que nos fastidia y se puede decir que tapona la pregunta que se trataría de plantear. Es como todas las preguntas que nos planteamos. Nos planteamos una pregunta a partir de su respuesta. Plantear la pregunta del diagnóstico de neurosis o psicosis a propósito del Hombre de los lobos sólo tiene un sentido en principio, que tendemos siempre a tomar como punto de partida lo que ya sabemos de la neurosis y la psicosis. El trabajo que hay que hacer —el que a mí me interesa en todo caso— no empieza por lo que sé de la neurosis y la psicosis para clasificar al Hombre de los lobos, sino al contrario, empieza por lo que no sé para aprender lo que son la neurosis y la psicosis a partir del Hombre de los lobos. Es un punto de vista fundamentalmente diferente. Esta lectura sólo será interesante si nos conduce a profundizar, incluso a modificar, nuestras categorías de neurosis y psicosis. No se trata simplemente de aplicarlas. Esta lectura sólo tiene interés verdaderamente en la suspensión del saber adquirido. Lo que no quiere decir que no debemos intentar un diagnóstico. Además, se ha intentado y es lo normal. Pero no debemos cargar con esto indefinidamente convirtiéndolo en un problema que supure como una llaga y continúe picándonos indefinidamente. El problema está, a cada paso, en el texto de Freud. La diferencia de fondo no es entre el diagnóstico de neurosis o psicosis. Está entre querer empezar por lo que sabemos ya de la neurosis y la psicosis o intentar aprender lo que es la neurosis y lo que es la psicosis, es decir, partir del principio de que no sabemos lo que

son. Es un punto de vista metodológico, si se quiere, pero es exactamente el que Freud recomienda y Lacan recupera y señala: abordar un caso analítico olvidando lo que se sabe de antemano. Esto no quiere decir que, de repente, se deba empezar de cero. Se trata de una ascesis que, con las sorpresas que produce, consiste en aprender de nuevo lo que son las psicosis, las neurosis y las perversiones a partir de lo que dice un sujeto.

Esa misma suspensión vale también en lo que concierne a las categorías de Freud. ¿Nuestro punto de partida es que sabemos lo que quieren decir esos términos? ¿O partimos del hecho de que no sabemos absolutamente nada? El mío, mi punto de partida es por completo el de que no sé. Considero que es el propio texto el que tiene que volver a enseñarnos y volver a definirnos lo que es la castración. Tomar este término y hacerlo circular entre Freud y Lacan no es orientarse, incluso aunque sepamos que ya tiene valor que sea el propio significante el que se desplace. ¿Qué es *hombre* y *mujer* para Freud? ¿Qué es la represión, la identificación, la sexualidad? Lo que yo veo es que esos términos se definen los unos por los otros e intento captar su solidaridad, su conexión, y cómo Freud se desplaza por ellos. No se desplaza con una claridad perfecta. Es un poco como la jungla, y con relación a lo cual podemos destacar que Lacan abre caminos más directos. Pero al mismo tiempo, lo que Lacan hace, en ciertos aspectos, es extraer algo y no extrae siempre lo mismo o no lo utiliza siempre en el mismo sentido. Abre en esa jungla un jardín a la francesa, pero hay material de sobra. En la jungla, todo vuelve a brotar. Con el texto de Freud es parecido. Abrimos un camino, nos detenemos un momento y, cuando volvemos, seguimos haciendo otra vez el jardín a la francesa ligeramente desplazado. Hay en Freud ese aspecto de almacén, esa faceta inagotable, que le permitió a Lacan volver sobre los mismos puntos y destacar en ellos diferentes aspectos.

Es preciso entonces que nos situemos en esa suspensión metodológica que me parece verdaderamente adecuada a nuestra posición clínica y la condición para progresar en ella. No tuve que esforzarme para eso. Tomé como punto de partida el hecho de que no comprendía absolutamente nada de la página 74 del texto, especialmente el párrafo que se termina por «Una represión [*Verdrängung*] es algo diverso de una desestimación [*Verwerfung*]». Por lo tanto, creo que vale la pena repasar tranquilamente las partes de este texto.

Nos encontramos entonces en el momento en que Freud estableció la identificación con la madre por la vía de los fenómenos intestinales de su paciente. Es el punto central del capítulo titulado «Erotismo anal y complejo de castración». Este capítulo podría llamarse: «La identificación con la madre». El capítulo VIII podría llamarse: «La virilidad del Hombre de los lobos».

Así pues, ahí está la objeción que Freud se hace a sí mismo: «En este punto tenemos que prestar oídos a una objeción cuyo examen puede contribuir mucho a aclarar esta situación en apariencia confusa. Tenemos que suponer, en efecto, que en el curso del proceso onírico comprendió que la mujer era castrada, tenía en lugar del miembro masculino una herida que servía para el comercio sexual; que la castración era la condición de la feminidad, y por causa de esta amenazadora pérdida él había reprimido la actitud femenina hacia el varón y había despertado con angustia de la ensoñación homosexual».¹ Este pasaje describe con eficacia lo que se cumplió en el sueño normalmente. Y nos indica con precisión cuál es el valor de la castración para Freud. Hay que ponerla en la rúbrica de la *Überzeugung* de la *Wirklichkeit* de la *Kastration* (UWK), en la convicción de la realidad de la castración, en su sentido operativo. Normalmente esa convicción se consumó en el sueño y tuvo cierto número de efectos intensos, siendo el principal de ellos la represión.

Volvamos al texto. Freud dice que hubo de admitir que el sujeto tuvo acceso a la UWK. Lo que nos muestra cómo trabaja Freud. Progresá haciéndose a sí mismo objeciones y es preciso que veamos cómo están constituidas. ¿Por qué, según él, hay oposiciones allí donde, llegado el caso, nosotros no veríamos ninguna? Podríamos decir que en el Hombre de los lobos hubo una represión de la actitud femenina pero que, por lo demás, está identificado con la mujer y que por lo tanto no hay contradicción ni problema. Ahora bien, está claro que para Freud hay un problema. Ése es el sentido de su objeción (p. 73): «¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual [*dies Verständnis des Geschlechtsverkehrs*], este reconocimiento de la vagina [*diese Anerkennung der Vagina*], con la elección del intestino para identificarse con la mujer?» Esta objeción que Freud se hace motivará la introducción en el texto del término *Verwerfung*. Es exactamente esta frase: ¿cómo la UWK se aviene «con la elección del intestino para identificarse con la mujer?».

Prosigo con el texto: «¿No descansan los síntomas intestinales en la concepción, probablemente más antigua, de que el recto es el lugar del comercio sexual, concepción que contradice por completo a la angustia de castración?». Lo que quedará corroborado en el siguiente párrafo introducido por Freud en la forma de una pregunta que adelanta la respuesta problemática a la compatibilidad entre el reconocimiento de la realidad de la castración y la identificación con la mujer por medio del intestino. «Sin duda; esta contradicción existe y ambas concepciones no se concilian entre sí. Sólo que cabe preguntarse si hace falta que se concilien». Freud justificará entonces ese pequeño párrafo de la página 73 donde dice en sustancia: tenemos aquí dos puntos de vista verosímilmente opuestos pero esos puntos de vista opuestos coexisten. La introducción de la *Verwerfung* se produce en este contexto.

Leo ahora el párrafo siguiente, el que finaliza con la diferencia entre represión y forclusión. «Cuando la espera excitada del sueño de Navidad le presentó como por arte de magia la imagen del comercio sexual otrora observado (o construido) de los padres, sin duda emergió primero la antigua concepción según la cual el lugar del cuerpo de la mujer que recibía al miembro era el ano. ¿Qué otra cosa podría haber creído cuando fue espectador de esa escena al año y medio? Pero entonces sobrevino lo nuevo, teniendo él cumplidos ya los cuatro años. Las experiencias que había hecho a partir de ese momento, las alusiones a la castración que había escuchado, despertaron y pusieron en duda la “teoría de la cloaca”, le arrimaron el discernimiento de la diferencia entre los sexos y del papel sexual de la mujer. Se comportó entonces como suelen hacerlo los niños a quienes se da un esclarecimiento indeseado —sexual o de otra clase—. Desestimó lo nuevo —en nuestro caso por motivos derivados de la angustia frente a la castración— y se atuvo a lo antiguo. Se decidió en favor del intestino y contra la vagina, de la misma manera y por los mismos motivos que más tarde tomó partido contra Dios y en favor de su padre. El nuevo esclarecimiento fue rechazado, la antigua teoría fue conservada; esta última bien pudo prestar el material para la identificación con la mujer, emergida luego como angustia ante la muerte intestinal, y para los primeros escrúpulos religiosos sobre si Cristo había tenido trasero, etc. No es que la nueva intelección no surtiera efecto alguno; todo lo contrario, desplegó un efecto extraordinariamente intenso, convirtiéndose en el motivo para mantener en la represión (esfuerzo de desalojo) el proceso onírico íntegro y excluirlo de un posterior procesamiento consciente. Pero con esto su efecto quedó agotado; no tuvo influjo ninguno sobre la decisión del problema sexual. Era por cierto

una contradicción que a partir de ese momento una angustia de castración pudiera subsistir junto a la identificación con la mujer por medio del intestino, pero era sólo una contradicción lógica, lo cual no significa mucho. El proceso entero se torna así más bien característico del modo en que trabaja el inconsciente. Una represión [*Verdrängung*] es algo diverso de una desestimación [*Verwerfung*]]».

No sé si decir que en este párrafo no se comprende absolutamente nada es forzar mucho las cosas. En todo caso, hay un salto conceptual que hay que volver a pensar o a reproducir completamente. ¿Qué es lo más seguro en este asunto? Lo más seguro, según Freud, es que hay algo en los sujetos: que tendrían la convicción de la realidad de la castración. Según él, esta convicción tiene un papel completamente determinante. Él sabe reconocer, entre sus pacientes, a quienes tienen ese convencimiento y a quienes no lo tienen. Esa convicción se salda en saber que la mujer está castrada, en saber que tiene una herida en el lugar del miembro viril, en saber que no se puede ser una mujer a menos que se esté castrada. Es un conjunto de nociones que, para Freud, se fijan con los términos de convicción de la realidad de la castración.

CADENA CAUSAL

Freud considera que el sueño del Hombre de los lobos es la prueba de ese convencimiento en este sujeto. Por eso hay un motor manifiestamente decisivo de los mecanismos psíquicos subsiguientes: que, del lado masculino, esa convicción de la realidad operativa de la castración entra en conflicto con un valor aislado como la libido narcisista —*narzißtische genitale Libido* (NGL)—. La libido narcisista genital entra en conflicto con la convicción de la realidad operativa de la castración. UWK entra en conflicto con NGL y produce lo que Freud llama la *Kastrationsangst*, la angustia de castración. Es lógico y simple. La angustia de castración es el producto:

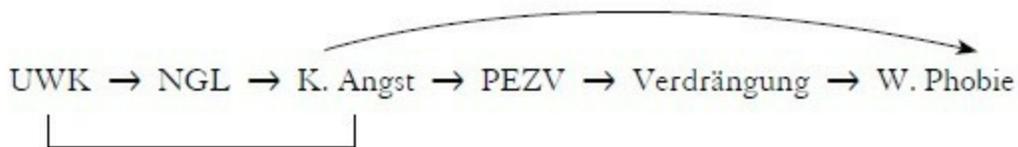


Esta angustia de castración tendrá efectos. En el párrafo que acabamos de leer de nuevo, la angustia de castración se sitúa verdaderamente como la causa, releva sin duda a la convicción de la castración y desarrolla lo que Freud llama la *Wirkung*, el efecto. En este

párrafo, el problema se plantea en términos de mecanismo. El problema es saber hasta dónde lleva sus efectos la angustia de castración. Como causa, la angustia de castración lleva sus efectos hasta el punto preciso que podemos abreviar por PEZV, *die passive Einstellung zum Vater*, la actitud pasiva respecto al padre:



La angustia de castración es el resultado del conflicto entre UWK y NGL. Está referida a la actitud pasiva respecto al padre y tiene como efecto la represión de esa actitud pasiva. ¿Cuál es entonces el producto final respecto al comportamiento? Es la fobia al lobo, la *Wolfphobie*:



Tenemos con ésta una cadena causal muy precisa. Es ahí donde la angustia de castración desarrolla su efecto. Lo desarrolla con la represión: «la nueva intelección [...] desplegó un efecto extraordinariamente intenso, convirtiéndose en el motivo para mantener en la represión (efecto de desalojo) el proceso onírico íntegro y excluirlo de un posterior procesamiento consciente». Eso es lo que dice Freud. Es lo que me hace considerar fundamentada la cadena causal de esta maraña.

Freud acentúa especialmente la fuerza que se sigue del nuevo conocimiento de la castración, para decir que no queda nada de ella después: «Pero con esto su efecto quedó agotado; no tuvo influjo ninguno sobre la decisión del problema sexual». Subrayé el empleo extraordinario de esta expresión: *die Entscheidung des sexualen Problems*. *Entscheidung* es la decisión. Dicho de otro modo, hay todo un registro en el que ese conocimiento de la castración es activo, y después otro registro en el que no tiene incidencia. ¿Cómo pueden calificarse entonces esos dos registros en que piensa Freud?

TRES PUNTOS

El problema gira en torno a la pregunta ¿qué hacer con respecto al padre? En lugar de una posición pasiva hacia el padre vamos a tener el miedo al padre, el miedo al lobo, etc. Freud es muy explícito a este propósito. Es lo que llama el problema del *sexuales Ziel*, el problema de la meta sexual. Recuerden el final del capítulo sobre el sueño. Freud es muy preciso a este respecto: plantea el problema en términos de meta. «Su meta sexual pasiva no podía menos que mudarse en una meta femenina [...]. Esa meta femenina cayó bajo la represión y se vio precisada a dejarse sustituir por la angustia ante el lobo».² Para Freud, en el registro de la meta sexual, hay cierto número de transformaciones, incluso una represión.

A continuación viene algo bastante misterioso y que él llama el problema sexual. Está claro que puede haber un efecto importante sobre la meta sexual sin que alcance en nada al problema sexual. El mismo punto, UWK, puede tener un efecto masivo sobre la meta sexual —el sujeto reprimirá la posición pasiva y adoptará una actitud fóbica— y un efecto nulo sobre el problema sexual. Es muy singular. Dejemos aparte ese primer punto.

El segundo punto es que, pese a todo, cuando alude por primera vez a la *Verwerfung* del nuevo conocimiento de la castración, Freud agrega una precisión: «Desestimó lo nuevo», y añade: «en nuestro caso por motivos derivados de la angustia frente a la castración». Es bastante singular. Ese rechazo de lo nuevo es atribuido a un efecto de la angustia de castración. Dicho de otra manera, hay un doble efecto de la angustia de castración: un efecto de represión en el plano de la meta sexual y un efecto de forclusión del nuevo conocimiento. Éste es el segundo punto que hay que señalar. Lo que es divertido en este esquema es que hay una especie de autosupresión de la convicción de la realidad de la castración. Está esa convicción que parece adquirida, que se opone a la libido genital narcisista y produce la angustia de castración. Esa angustia conduce a que haya *Verwerfung* —no se quiere oír ni hablar más de eso— y además conduce a la represión. Vemos con claridad que Freud no se atormenta ni mucho ni poco por admitir que hay dos cosas que coexisten. Lo que es constante es la angustia de castración. Por una parte, suprime su propia causa. La angustia de castración nace, a pesar de todo, del efecto de que se haya reconocido la castración. Pero el efecto de que se haya reconocido la castración suprime la castración. Hay ahí un esquema de autosupresión muy divertido.

Sin embargo, ¿cómo es que se reconoce ese efecto? Lo reconocemos porque tiene efecto sobre el registro de las *sexuales Ziel*. Ese registro no es, después de todo, tan misterioso porque es apreciable en el plano del comportamiento. Nos percatamos de que

la actitud del Hombre de los lobos con respecto al padre cambia a partir de cierto momento, exactamente igual que anteriormente nos habíamos percatado de que había pasado de ser un buen chico a ser un díscolo. Dicho de otro modo, aunque lo que esté en tela de juicio sea la represión, es reconocible en el plano del comportamiento del sujeto. Digamos que es reconocible en el plano de su pantomima —término que hemos aprendido a vincular con el fantasma—. La angustia de castración es, pese a todo, una causa compleja en el texto de Freud.

Sigamos y lleguemos al tercer punto. Se trata de situar ahora la identificación con la mujer: *Identifizierung mit dem Weib*. Si cito los términos alemanes es porque tratamos de extraer matemas del texto de Freud. Esa identificación parece estar en la serie de la forclusión, es ésta la que la hace posible a través del rechazo del nuevo esclarecimiento. Esa identificación parece estar en contradicción efectivamente con la libido genital narcisista que supone la preservación de los órganos genitales. Pero no hay contradicción desde el momento en que falta un ajuste, desde el momento en que el sujeto no tiene la convicción de la realidad de la castración. El sujeto se imagina entonces que puede conservar todo su pequeño material aunque se identifique con la mujer. La UWK lo hace posible.

¿Es ésta la construcción que Freud nos propone en su totalidad? Es muy singular, efectivamente. Retomemos las cosas a partir de la posición pasiva respecto al padre, a partir de PEZV.

El destino normal del Hombre de los lobos, a partir del momento en que hay UWK, sería el de una posición homosexual. A partir del momento en que hay convicción de la realidad de la castración, ¿en qué se convierte la posición pasiva? Se convierte en una posición homosexual. Toma un sentido genital, un valor genital. Lo que antes era *me gusta que papá me pegue* debería tomar un valor erótico genital más marcado. Dicho de otro modo, debería tomar el valor de una transformación en meta femenina, es decir, en asunción homosexual de la feminidad. Se trata de lo que Freud llama *Verwandlung*, transformación. «Así, su meta sexual pasiva no podía menos que mudarse en una meta femenina». Y es lo concerniente al momento del sueño. En el momento en que ha habido convicción de la realidad operativa de la castración, la posición sexual pasiva habría debido transformarse en meta femenina. Pues bien, «esta meta femenina cayó bajo la represión y se vio precisada a dejarse sustituir por la angustia ante el lobo». Dicho de otro modo, en el lugar de una simple *Verwandlung*, hubo *Verdrängung*. Lo que quiere

decir que el sujeto no adoptó la meta femenina. Abandona la posición o la meta sexual femenina, siendo esa meta femenina la de hacerse poseer como una mujer. Comprende que el sentido de la posición pasiva es la posición femenina y, en ese momento, hay represión.

¿Cuál es el valor de las objeciones hechas al final de la vez anterior? Preguntarse simplemente por qué Freud no se contenta con decir que la meta femenina del sujeto quedó reprimida, por qué no se contenta con tratar la identificación con la mujer como un retorno de lo reprimido de la posición pasiva. Después de todo, no somos nosotros quienes vamos a enseñar a Freud el retorno de lo reprimido. Sabemos que en esa fecha, hacía ya mucho tiempo que lo había descubierto. Lo más destacable de esa página es precisamente que Freud no se contenta con el retorno de lo reprimido para situar la identificación con la mujer. Según él, no la enmarca suficientemente. Ahí es donde se inscribe la *Verwerfung*.

No habría necesidad alguna de la noción de rechazo de la convicción de la realidad de la castración si simplemente la identificación con la mujer se hubiera podido situar en esa línea. Está clarísimo. En el lugar de la identificación con la mujer, Freud instala ese elemento suplementario que es la *Verwerfung*.

TEORÍA SEXUAL

En la página 74, dice que «La actitud femenina hacia el varón —*die weibliche Einstellung zur Mann*—, rechazada por el acto represivo, se repliega, por así decir, a la sintomatología intestinal y se exterioriza en las frecuentes diarreas». La actitud femenina es desechada por la represión y vuelve al intestino. Hay un retorno de lo reprimido con desplazamiento. Vemos que en el texto están los elementos para reducir el problema que Freud introdujo con la *Verwerfung*. ¿Pero por qué no se da por contento con ellos? Es lo mismo que preguntarse en qué se distingue el registro del *sexuales Ziel* del registro del problema sexual. De todos modos podemos notar que ese registro que Freud llama teoría sexual está por todo el texto, «teoría sexual» que Lacan pondrá entre comillas y que es un registro bastante problemático.

¿Qué son exactamente esas teorías sexuales? Para Freud es un plano visiblemente distinto del plano de la elección sexual, de la meta sexual o de la posición sexual. Emplea

una palabra muy bonita para el nuevo conocimiento: *die neue Aufklärung*. Es la *Aufklärung* de la castración, las Luces de la castración. Es éste un registro que puede parecer muy intelectual, un registro del saber al que se agrega evidentemente el índice freudiano de la convicción. Es un saber al mismo tiempo que una posición subjetiva, un saber que tiene su rasgo propio y que es distinto del embrollo que hay en el plano del comportamiento, del *Ziel*, etc. Hay un registro del saber sobre el sexo en el que se trata de conocimiento, de convicción, de explicación, de noción. Hay todo un conjunto de términos en Freud. Es un registro al que el sujeto tiene acceso o no lo tiene, que rechaza o que admite. Ese registro aparece en un plano distinto al de los *sexuales Ziel*. Se trata de un plano que se agrega a él, porque se podría tener muy bien, pura y simplemente, una identificación con la mujer en el plano del retorno de lo reprimido. Hay un índice suplementario para Freud. Hay una identificación con la mujer pero no sólo en calidad de retorno de lo reprimido. En todo caso, se trata de una identificación que a Freud no le parece enteramente reductible al retorno de lo reprimido. Es un indicio de lo que está en juego, el saber sobre el sexo en el sujeto. En el plano del sexo hay un problema que debe decidirse. No hagamos psicología con esa decisión, el término de *Entscheidung* vale también para las máquinas, para los procesos lógicos. Es un término que se utiliza para saber si un elemento pertenece o no a un conjunto.

¿Cómo podemos formular ese problema sexual? ¿Es solamente un *quién soy yo* en el plano sexual? ¿Es algo que llega más lejos? ¿No se trata esencialmente, como dice Freud, de lo que es una mujer? A ese respecto vemos que la objeción esencial que Freud se hace no se refiere a la identificación con la mujer. Freud sabe que es perfectamente compatible con el retorno de lo reprimido. Es perfectamente admisible que un sujeto reprima la actitud femenina. Por ejemplo, sus lapsus serán interpretables a partir de su identificación femenina reprimida, así como sus pasos en falso, etc. En lo que Freud pone el acento es en que la identificación con la mujer se hace a través del intestino. Es la vía elegida para esa identificación lo que a Freud le parece que escapa al registro único del retorno de lo reprimido. Es lo que dice en su objeción de la página 73: «¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual, este reconocimiento de la vagina, con la elección del intestino para identificarse con la mujer?».

¿Qué es, a este propósito, la elección del intestino? Es el rasgo por el cual el sujeto reconoce *ser una mujer*. Si se toma la pregunta en el ámbito del problema sexual, si se traduce ese problema sexual por el *¿qué es una mujer?*, y si admitimos que ese registro

está constituido para Freud, vemos que el sujeto encontró como respuesta que una mujer es alguien a quien le duele el vientre. Es el rasgo de identificación que encontró. Una mujer es alguien a quien le duele el vientre y ya no puede vivir más así. Finalmente, si nos atenemos a la predilección por los enemas, alguien que quiere una introducción por el trasero. Hay una serie de proposiciones que son las respuestas del sujeto a la pregunta *¿qué es una mujer?* dejando aparte, como si no existiera, la realidad de la castración.

Podríamos intentar diferenciar la identificación con la mujer como retorno de lo reprimido —lo que supone que se adopten los rasgos de la mascarada femenina pero sin poner en duda la existencia de la castración— y la identificación con la mujer que supondría, ya que elige esos rasgos, que la convicción de la realidad de la castración no se haya planteado, no se haya comprobado.

No progreso aquí de la resolución de un problema a la resolución de otro. Al contrario, los hago aparecer, y especialmente en esta página 74. Ya es un progreso que los problemas se vean porque así vemos exactamente dónde se inscribe la proposición de Freud según la cual una represión es algo distinto a una forclusión.

Freud dice: «Era por cierto una contradicción que a partir de ese momento una angustia de castración pudiera subsistir junto a la identificación con la mujer por medio del intestino». Freud advierte una oposición entre la identificación con la mujer por medio del intestino y la angustia de castración, y después precisa que fue «sólo una contradicción lógica, lo cual no significa mucho. El proceso entero se torna así más bien característico del modo en que trabaja el inconsciente. Una represión [*Verdrängung*] es algo diverso de una desestimación [*Verwerfung*]». Me parece que la distinción entre esos dos términos se refiere esencialmente a lo que hace compatible la existencia de la represión, motivada por la angustia de castración, y la identificación con la mujer, como retorno de lo reprimido.

¿En qué consiste la ambigüedad de esa frase? En que seguimos preguntándonos si está hecha para definir la represión o si está hecha para definir la forclusión. No hay que olvidar que, al comienzo, de lo que se trata en el texto es de la forclusión, del rechazo de lo nuevo. Freud planteó el rechazo de lo nuevo y, al final del texto, vuelve a la represión y acentúa la oposición entre esos dos términos desde el punto de vista del conocimiento. Desde el punto de vista del saber sobre el sexo, dice que sólo puede ser del todo uno o del todo el otro. Desde el punto de vista de la represión pueden ser muy bien los dos juntos porque una represión no es como una forclusión. A medida que se avanza en el

texto, se llega a una posibilidad de coexistencia entre la represión y el retorno de lo reprimido. A este respecto, el estatuto de la identificación con la mujer cambia entre uno y otro. Hay una identificación con la mujer que depende de la forclusión de la castración y hay otra que está vinculada con la represión.

Freud muestra que hay una contradicción, pero dice que es únicamente lógica y que «una represión es algo diverso de una desestimación». Esto quiere decir que una represión trae consigo un retorno de lo reprimido. La angustia de castración puede haber llevado a efecto la represión de la actitud femenina, pero eso no impide que esa actitud retorne. Por lo tanto, en mi opinión, la intención de la frase del final del párrafo es definir la represión por oposición a la forclusión, según la cual se está de un lado o del otro. Todo lo que es del orden de la represión y de la meta sexual es diferente de lo que concierne al saber sobre el sexo, que es un plano fundamental para Freud.

Ustedes no comprenden nada de esto y yo tampoco, pero carece de importancia. Reconozcamos que, para Freud, ese plano es fundamental. Evidentemente, nosotros sabemos de qué se trata porque además Lacan nos lo explicó. Pero hay algo en Freud que está en el plano del problema sexual, el del saber sobre el sexo o el de *¿qué es una mujer?* Y no tiene nada que ver con la meta sexual.

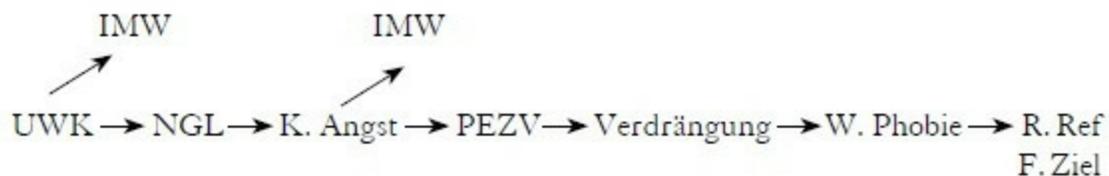
¿Qué nos legitimará para decir más tarde, con Lacan, que ese aspecto del problema sexual es del orden del significante? Que ese plano está bajo el régimen del todo o nada, o bajo el régimen de lo antiguo o lo nuevo. Habrá a continuación otros pasajes en los que Freud nos lo complicará. Pero esa oposición binaria de lo antiguo y lo nuevo es en sí misma indicativa del plano significante en el que se constituye, para Freud, la pregunta que trata del saber sobre el sexo. Por el contrario, en el plano de la represión no hay antiguo y nuevo. En el plano de la represión está lo reprimido y el retorno de lo reprimido. No es la misma estructura de oposición.

Tenemos que saltar de la página 74 a la 78 donde retomamos el problema de la castración en Freud. Esa página 78 atañe al complejo de castración captado en el nivel anal. Freud estudia el cambio de significación de la analidad, el *Bedeutungswandel*,³ pasando del regalo al niño y al valor fálico de la analidad, porque menciona expresamente el abandono de las heces como modelo de la castración. «La entrega de la caca en favor de (por amor de) otra persona se convierte a su vez en el arquetipo de la castración, es el primer caso de renuncia a una parte del cuerpo propio». Como ustedes saben, Lacan se apoya en esto y distingue un primer modelo de la castración en el destete, si se quiere

admitir que el seno es una parte del cuerpo del niño, y que el plano de separación deja al seno de su lado.

A partir de la página 78 Freud retoma las cosas en términos de coexistencia general, lo que podría hacer pensar que todo viene a ser lo mismo, cuando lo que intenta es situar de qué manera son compatibles, cómo pueden coexistir en el mismo sujeto un rechazo forclusivo y un mecanismo de represión con retorno de lo reprimido. El esquema que hemos presentado ya resumía los términos del problema. Si reconocemos la angustia de castración y la represión, es preciso que haya reconocimiento de la castración. Al mismo tiempo, hay otro circuito que de alguna manera está autosuprimido y que parece necesario para explicar la decisión del problema sexual en el sujeto. En un recodo del texto, descubrimos a Lacan para dar forma a lo que está poco tematizado por Freud, es decir, la diferencia entre la elección de la meta sexual y el problema sexual. Sin embargo, se aprecia que esto es lo que orienta la construcción del texto de Freud.

Nos quedamos en este esquema:



3 de marzo de 1988

FREUD Y LA FORCLUSIÓN

Querría retomar una vez más todavía este problema del lugar que Freud le da a la forclusión porque, después de lo que acabamos de examinar, no parece verdaderamente que sea el mismo que le da Lacan. ¿Por qué mantiene Freud esa posición? Volvamos a empezar desde el motor de todo este examen. El motor es una contradicción. Freud razona a partir de una contradicción por resolver. Todo el capítulo sobre el erotismo anal está construido en torno al hecho de que hay una contradicción y que hay que resolverla. Freud la resuelve mediante el recurso a la represión, pero considera al mismo tiempo que esa respuesta sigue siendo, de alguna manera, problemática.

En principio, considera establecida la identificación con la mujer por medio del intestino y se formula a sí mismo una objeción: ¿cómo la identificación con la mujer por medio del intestino es compatible con el reconocimiento de la realidad efectiva de la castración? —castración que responde al *qué es una mujer* con un *es un ser castrado*—. ¿Cuál es la respuesta de Freud a esa objeción? La respuesta que da al final del párrafo de la página 74 destaca la diferencia entre lo inconsciente y lo consciente, la diferencia entre el inconsciente y la lógica. La respuesta esencial es un: así es como trabaja el inconsciente. El trabajo del inconsciente se hace precisamente a través de la contradicción. Vemos que ésa es su respuesta. Es el trabajo del inconsciente.

Recuperemos la pregunta formulada en la página 73: «¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual, este reconocimiento de la vagina, con la elección del intestino para la identificación con la mujer?». Es entonces un problema de conciliación, *Vertrag*. La expresión empleada en alemán es *sich vertragen*, es decir, soportarse, avenirse. Tenemos ahí la expresión *vertragen sich nicht*,¹ es decir, que sigue siendo incompatible o inconciliable. El problema por lo tanto es el de una contradicción cuyos dos términos son inconciliables. El trabajo de Freud es el de mostrar, dado lo que es el

trabajo del inconsciente, cómo esos términos aparentemente inconciliables son sin embargo conciliables.

Entonces, lo que explica ese tipo de contradicción es la represión. El propio concepto de represión es lo que permite pensar que los términos inconciliables sean conciliables. Esto mismo es lo que justifica la introducción del concepto de represión. Hay una conexión muy importante entre contradicción y represión. ¿Cuál es entonces el valor exacto de la frase sobre la forclusión y la represión: «Una represión es algo diverso de una desestimación»? El inicio del párrafo siguiente lo indica. Freud resolvió el problema diciendo que se trata de dos puntos de vista que están separados por un estadio de la represión. Su solución es entonces, pese a todo, una estratificación. Lo que en un momento se halla marcado por una incompatibilidad es desplegado como una estratificación.

¿Qué introduce el problema inicial de esa incompatibilidad? Creemos estar en el plano genital, en el plano de la castración reconocida; pero están los síntomas intestinales que traducen una identificación con la mujer y he aquí que nos volvemos a encontrar entonces con el estadio anal. Esto es lo que introduce el problema inicial de la incompatibilidad. El problema planteado entonces es el de saber cuál es el valor de ese retorno a lo anal. ¿Cuál es el valor de ese retorno a lo anal cuando nosotros nos creemos sólidamente instalados en el ámbito de lo genital? Freud no se contenta con decir que se trata de histeria y que, por lo tanto, es perfectamente compatible con el estadio genital.

El pasaje que comentamos está situado bajo el registro del retorno a lo anal y la primera respuesta de Freud es entonces que el sujeto rechazó K. Recordarán ustedes que en nuestros pequeños esquemas, cuando hablábamos de la castración, notábamos que en el estadio K_1 el sujeto hacía la distinción entre *Gedanke* y *Glaube*. Tenía el pensamiento de la castración pero no tenía la convicción. Esto puede servir para calificar el estadio anal de la creencia. Lo que quiere decir que cuando está en A, se adhiere a la teoría de la cloaca. El sujeto *cree* en la teoría de la cloaca. Es la misma palabra que Freud emplea cuando menciona la observación del sujeto, al año y medio, del coito parental: «¿Qué otra cosa podría haber creído cuando fue espectador de esa escena, al año y medio?». Haber creído es *geglaubt haben*. La creencia se refiere al intestino como lo que ajusta al hombre con la mujer:

K_1 *Gedanke* sin *Glaube*

A Glaube

Hay por lo tanto dos creencias que son incompatibles: la creencia anal y la creencia genital. Primera posición: el sujeto rechaza la una por la otra, es la forclusión. Pero Freud no se atiene a esto. Se ve obligado a comprobar no que hay una en lugar de la otra, sino que están las dos juntas. Después del punto de vista diacrónico, el problema es entonces el de la sincronía, siendo su mejor prueba que la angustia de castración permanece. Es lo que construye Freud y es en ese momento cuando dice, efectivamente, que hay una contradicción. Si hubiera una forclusión completa, no habría contradicción. Pero hay angustia de castración, por lo tanto coexistencia y por lo tanto contradicción. Freud agrega después que eso no le preocupa porque así es como trabaja el inconsciente. Es entonces cuando dice que una represión es algo distinto de una desestimación.

Dicho de otro modo, en ese párrafo de la página 74 Freud pasa de la hipótesis de la forclusión a la de la represión. Es la represión lo que supuestamente resuelve la contradicción, aceptándola. La forclusión es una manera de rechazar la contradicción: hay una creencia que está completamente excluida y hay otra que permanece. Si nos quedáramos solamente en la creencia anal ya no habría problema. La forclusión sería entonces una solución por exclusión de uno de los dos términos. Pero, al final del párrafo, Freud comprueba que hay coexistencia: la solución no es entonces la forclusión, sino la represión. Decir que la represión es diferente de la forclusión, equivale a decir cómo trabaja el inconsciente. No trabaja por exclusión pura y simple, trabaja por represión según la cual dos puntos de vista incompatibles son perfectamente conciliables. Está claro que Freud define la represión como la solución adecuada a la contradicción que planteó desde el principio. Cuando hay elementos incompatibles el inconsciente no razona, como ustedes, excluyendo uno de los términos, mantiene los dos. La represión por lo tanto es otra cosa que una forclusión. La represión permite que coexistan los dos.

Lo esencial de ese pasaje es entonces la elaboración del concepto de represión. Es una elaboración del concepto de represión, mucho más que una elaboración del concepto de forclusión. Lo que parece propio del inconsciente es la represión. Con el conjunto de este razonamiento, tenemos propiamente la primera respuesta de Freud.

La segunda respuesta de Freud es que hay que mirar esa analidad un poco más de cerca. ¿Tan incompatible es con la castración? Es por lo que Freud nos dice que «no lo comprenderemos [las perturbaciones intestinales] hasta no haber descubierto el cambio

de significado de la caca». Esto quiere decir que creemos que una mierda es una mierda, pero que él nos va a enseñar que también es un falo: lejos de que haya exclusión entre esos dos niveles, hay compatibilidad porque lo anal puede adoptar perfectamente el sentido de lo genital. La serie del niño, el regalo y el dinero puede tomar perfectamente un sentido que sea compatible con la castración.

Ven ustedes lo rigurosa que es la arquitectura lógica de Freud. Responde doblemente a la objeción que se planteó a sí mismo. En principio, responde a través del mecanismo propio del inconsciente que hace compatible lo incompatible. El mecanismo propio del inconsciente no es la forclusión sino la represión. Y responde a continuación diciendo que lo anal es también lo genital, que no son tan diferentes uno de otro.

Por lo tanto, esperaríamos ahora que la forclusión quedara descartada. Todo está construido para que así sea. De ahí la desagradable sorpresa de la página 78 cuando vemos que, lejos de descartarla, Freud incluye la forclusión. La incluye como un estadio de esa historia de la represión, como un estadio que se mantiene con pleno derecho y de manera válida.

Querría terminar haciéndoles notar que en el texto hay un curioso cambio acorde con todo esto. Cuando Freud se pone a hablar ahora de la realidad de la castración, ya no es el término de *Wirklichkeit* el que emplea. La *Wirklichkeit* de la castración se desvaneció y ahora nos las tenemos que ver con la *Realität* de la castración. Cuando se trata del *Urteil*, del juicio, ese juicio es referido a la *Realität* de la castración: *Urteil über Realität*.² Súbitamente hay un nuevo término en juego que en el texto francés pasa desapercibido. Hay otro tipo de realidad ahora que ya no es la realidad operativa de la castración. Hemos visto que la realidad operativa de la castración se ejercía en el sentido de la represión. Ahora ya no es la *Wirklichkeit* sino la *Realität* de la castración. Queda en suspenso para el futuro el problema de saber el por qué de ese cambio.

10 de marzo de 1998

REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (III)

Voy a hacer una pequeña retrospectiva sobre el capítulo VII para intentar captar, una vez más, de qué modo la inspiración de Freud da nacimiento a esa arquitectura. La arquitectura de un texto y su inspiración fundamental se pueden reconocer efectivamente. Durante toda la exposición de su texto, Freud reservó el problema del erotismo anal para añadirlo en ese momento preciso del capítulo VII. Presentó en principio una sucesión clínica de tres etapas cronológicas: la seducción, el sueño, la religión y la neurosis obsesiva que la acompaña. Después se reservó, para el capítulo VII, la consideración de esquema de la experiencia que atraviesa esas tres etapas: «*Adrede se omitió todo lo atinente al erotismo anal; ahora supliremos esa falta presentándolo reunido*». ¹ El erotismo anal es concebido atravesando los diferentes momentos y tenemos ahora pues un cuarto momento totalmente específico.

El cariz de ese capítulo VII es muy relevante. Su eje es el problema de la identificación con la madre sobre la que ya nos hemos extendido. Es interesante señalar que Freud no comienza por la identificación con la madre. Curiosamente comienza en principio por el dinero, explicándonos que el dinero está ligado a las heces. Comienza dando respaldo a la idea de que las heces tienen una significación. Lo hace recurriendo a lo que está demostrado por el saber analítico. En principio da crédito a esa noción de que las heces pueden tener una significación y sólo en un segundo tiempo llega a una etapa en la que las heces ya no pueden tener la significación del dinero. Rehace del revés entonces una historia que llega hasta la identificación con la madre, y es ahí donde se sitúa el fragmento central, es decir, la construcción de la contradicción que existe en el ámbito de lo que hemos supuesto que se había adquirido con anterioridad en el curso de esa historia, es decir, el acceso al estadio genital. Se suponía que toda esta historia convergía en la asunción genital pero a causa de la identificación persistente con la mujer o con la

madre a través del intestino suponemos a renglón seguido que esa historia no llegó a su término o que no llegó de una manera normal. Ésa es la contradicción.

Podemos recortar en cinco momentos el pasaje central de esa contradicción. En primer lugar, tenemos la posición de contradicción: hay incompatibilidad entre la identificación con la mujer por medio del intestino y el conocimiento de la castración. En segundo lugar, tenemos la solución de esa contradicción: hubo forclusión de las Luces de la castración, por lo que es lógica la identificación con la mujer. En tercer lugar, se nos plantea sin embargo la objeción de que las Luces de la castración tuvieron efectos de represión porque hay angustia de castración. En cuarto lugar, tenemos la afirmación de la contradicción: hay contradicción entre la identificación con la mujer y la angustia de castración. En quinto lugar tenemos la solución de que entre los dos puntos de vista hay un estadio de la represión que los separa.

No es abusivo concebir ahora las cosas de una manera lógica. El propio Freud razona en términos lógicos. Se refiere a la lógica para intentar definir el trabajo del inconsciente. La lógica del trabajo del inconsciente no tiene las mismas leyes que la lógica consciente. Podemos presentar esto mediante una implicación. Si hay K, entonces hay Vg IMW (*Verdrängung der Identifizierung mit dem Weib*), es decir, represión de la identificación con la mujer. En consecuencia puede haber fobia al lobo:

$$K \longrightarrow Vg\ IMW \longrightarrow W.\ phobie$$

Pero hay una objeción: hay identificación con la mujer. Así que si esto es falso, lo otro no puede seguir siendo verdadero. Es precisa una negación sobre K y es a esa negación a la que Freud llama forclusión. Aunque desde luego que hay K, porque hay fobia al lobo. De lo que resulta que Freud se ve obligado a plantear que hay K e IMW conjuntamente:

Si K, entonces Vg IMW y W. phobie;	ahora bien, IMW, entonces K y Vw
Ahora bien, K, puesto que W. phobie,	entonces K y IMW

En definitiva ¿cuál es la conclusión lógica de Freud? Por una parte, hay castración, represión de la identificación con la mujer y fobia al lobo. Por otra parte, hay forclusión de la castración, lo que tiene como consecuencia que la identificación con la mujer se

mantenga. Ahí es precisamente donde aparece la frase que dice que la represión es algo distinto de la forclusión. ¿Cuál es el sentido preciso de esa frase? Lo más sorprendente es que hay en acción dos tipos de negación: un tipo de negación que dice represión y un tipo de negación que dice forclusión. Hay una divergencia y la simple noción de negación no basta para construir este esquema.

¿En qué es la represión distinta de la forclusión? En primer lugar, para Freud, la forclusión es una negación absoluta. Expulsa, borra, hace que algo no se constituya. En segundo lugar, la represión significa que algo es negado y mantenido al mismo tiempo. Como el problema de Freud es el de mostrar que esas dos etapas coexisten, aplica el término de represión a la negación entre esas dos etapas. Hay por lo tanto un uso doble del término de represión en la arquitectura de esta página. Está la represión que hay en la primera línea, pero también la represión que es válida entre las dos líneas. Que una represión sea diferente de una forclusión quiere decir que la línea en que la forclusión vale no está forcluida. Está reprimida porque se mantiene en ese lugar. Ése es exactamente el sentido de esta frase. Creo que con esto llegamos al final de su desmenuzamiento. Hay que distinguir la represión en tanto que figura en el esquema y la represión en tanto que es la clave del esquema. La línea de la forclusión está reprimida. Aunque negada en el siguiente escalón, a pesar de todo se mantiene: «El proceso entero se torna así más bien característico del modo en que trabaja el inconsciente». Freud aplica el concepto de represión al conjunto del proceso, y en ese momento es cuando puede decir que una represión es distinta de una forclusión. Hay una relación de represión entre ambos términos y no una relación de forclusión. Si hubiera una relación de forclusión, la identificación con la mujer desaparecería completamente.

¿Está claro? Tiene que estar claro. Me esfuerzo para que esta página sea comprendida por completo y para que se capte con exactitud el sentido de la frase que Lacan extrajo. Sobre el esquema, en esta primera línea, están los problemas intestinales, es decir, la identificación con la mujer por medio del intestino. Es exactamente lo que dice Freud. La vieja teoría de la cloaca está reprimida pero no forcluida, aunque implique una forclusión. La forclusión no está forcluida, la forclusión está reprimida. ¿Qué hace que se tronchen de risa? ¿Es la idea de que la forclusión no esté forcluida? Sin embargo es el punto esencial. En un segundo momento los problemas intestinales pueden hallar una interpretación como retorno de lo reprimido, pero hay un nivel básico de estos problemas en el que concuerdan con la identificación con la mujer. Es lo que Freud mantiene, en

todo caso. Lo que no impide que podamos interpretar además esos problemas intestinales como un retorno de lo reprimido.

Ése es entonces el primer punto referido a la distinción entre represión y forclusión, es decir, los dos tipos de negación que esos dos términos representan: uno que lo borra todo, otro que borra y mantiene.

El segundo punto atañe a qué se refiere la represión y a qué se refiere la forclusión. Está claro que la forclusión se refiere a *Aufklärung, Verständnis, Erkenntnis*, es decir, a todos los términos del saber. Por lo tanto, se refiere al significante. Vale en el plano del problema sexual. Para lo concerniente a la represión, la tesis de Freud es constante: «Las represiones van dirigidas contra los investiduras libidinosas de objeto». Entre represión y forclusión hay, por una parte, una diferencia de mecanismo: la negación no funciona en absoluto de la misma manera en los dos casos. Por otra parte, hay una diferencia respecto al punto de aplicación de cada una de esas dos negaciones. Una se refiere al saber, la otra a las investiduras libidinales de objeto. Para Freud, las represiones son represiones de la libido. En la represión que Freud menciona aquí, se trata de transferencias libidinales en un sitio o en otro:

Verwerfung: Significante

Verdrängung: Libido (goce)

No es abusivo decir que ahí radica el problema de lo que debemos llamar el metabolismo del goce. No es ningún abuso sustituir el término libido de Freud por el lacaniano de goce. El goce es una nueva inscripción de la libido freudiana con, desde luego, todos los acondicionamientos que podamos ver en él. Entre represión y forclusión, por lo tanto, hay una oposición que es la de la dimensión del significante y la dimensión del goce.

Lo que con toda evidencia se trata de saber es adónde se transfiere ese goce y cuáles son los objetos-soporte de esos investimentos. Pero esto es lo que da la articulación con el punto de vista de Freud: en el plano en que se trata de la represión, se ve que los síntomas toman unos el relevo de los otros. Es el *Ablösung* —lo que se tradujo por «relevo de los síntomas»—. De igual modo, Freud habla de represión de las actitudes: *Verdrängung der Einstellungen*. Vemos diferenciarse la noción del posible cambio de las actitudes, es decir, que se pasa de la seguridad a la fobia, de la amabilidad a la maldad, etc. Se trata de cierto número de transformaciones de la actitud, pero Freud se ve llevado

siempre a decir que finalmente la actitud pasiva permanece hasta el final. Lo que quiere decir que por una parte hay un metabolismo de esas actitudes, de esos modos de goce, pero hay por otra un goce profundo que permanece inerte y que no es alcanzado por el conjunto de ese metabolismo. Incluso cuando habla de actitudes hay dos planos para Freud. Uno en el que hay transformación y otro plano fundamental en el que no hay cambio, en el que un modo de goce permanece absolutamente constante a través de todos sus avatares. Creo que no es abusivo hacer esta distinción en el punto del texto en que estamos. No por nada Lacan toma este texto como punto esencial de apoyo. Es un texto en el que no sólo aprendemos cómo Freud concebía y estructuraba la experiencia, sino también cómo Lacan construyó sus categorías. A ese respecto, tiene un papel eminente por completo.

EL HOMBRE DE LOS LOBOS EN EL SEMINARIO I

Agnès Aflalo me dijo varias veces que mirara lo concerniente al caso del Hombre de los lobos en el Seminario I de Lacan, y yo voy a pedirles que se remitan a dos pasajes que enmarcan el texto de Hyppolite en ese seminario. El primero se sitúa en la página 74. Comienza: «A quienes asistieron a mi comentario sobre el Hombre de los lobos...» y se acaba con: la *Verwerfung* (*Verwerfund*)* «de la realización de la experiencia genital es un momento muy especial, que Freud mismo distingue de todos los demás». ² Agrego seguidamente que lo que hará posible que Lacan aclare este texto de Freud es que le aplica a ese párrafo el texto freudiano sobre la denegación. El genio de Lacan está en cotejar ese texto con el de la denegación, y también en demostrar que lo que con tanta dificultad vemos surgir en Freud es la misma inspiración del texto sobre la denegación. Poco importa que esté localizado algunos años después y que se presente de diferente manera. Hay que cotejar esos dos textos desde el punto de vista de lo que los inspira. Uno se aclara con el otro. En todo caso, podríamos retomar el texto sobre la denegación con el fin de ver que, si aplicamos un texto sobre el otro, surge lo que plantea Lacan. Es lo que le permitirá hablar del caso en términos de *Bejahung* y darle todo su valor a la forclusión oponiéndola a la afirmación. Es una construcción verdaderamente de Lacan, y no de Freud, pero es una construcción que se sustenta en la de Freud. Está claro que

nunca encontraremos nada nuevo desmenuzando las construcciones. No se encuentra nada nuevo sino confrontando las construcciones con aquello que las inspira.

El segundo pasaje está en la página 97 y comienza por: «Veamos al hombre de los lobos. No hubo para él *Bejahung*, realización del plano genital...» y se acaba con: «En ese momento de su infancia nada permite clasificarlo como un esquizofrénico y, sin embargo, se trata en efecto de un fenómeno de psicosis».

VACUIDAD DE LOS CONFLICTOS DIAGNÓSTICOS

Tenemos aquí una indicación muy precisa de la posición de Lacan en esa fecha. En absoluto se opone al diagnóstico freudiano de neurosis obsesiva. No plantea un diagnóstico de psicosis, pero ve que se reúnen las condiciones para una psicosis en el adulto. La posición de Lacan en 1946 en «Acerca de la causalidad psíquica» verifica la reserva que tiene para plantear el diagnóstico de psicosis: «Además, el espejismo de las apariencias [...] exige el inasible consentimiento de la libertad cual aparece en el hecho de que la locura sólo se manifiesta en el hombre y con posterioridad a la “edad de razón”, y de que aquí se verifica la intuición pascaliana de que “un niño no es un hombre”». ³ Hay que hacer uso de esta cita con precaución, porque es de tal naturaleza que puede conmocionar muchas de nuestras posiciones actuales. Pero la de Lacan en 1946 es ésta: no hay psicosis más que del adulto.

¿Qué es lo que da su consistencia al punto de vista de Lacan? Si lo modificamos, muchas otras cosas se modifican también. No creo en absoluto que sea lo que debemos hacer, sobre todo en el momento en que nuestros amigos Robert y Rosine Lefort presentan un libro que se fundamenta enteramente en el paralelismo entre el presidente Schreber y el Niño del lobo al que Rosine tuvo en tratamiento. Es un libro que está hecho para afirmar un verdadero paralelismo entre la psicosis del niño y la psicosis del adulto. No van a ser dos líneas de Lacan de 1946 las que vengán a oponerse a una práctica y un funcionamiento indudable. A partir del momento en que se adopta permanentemente una costumbre, no hay que oponerse a ella por fuerza. Lo que muestra también lo vacío de los conflictos diagnósticos. Es mucho más interesante volver a las condiciones de posibilidad de los diagnósticos. Cuando hay un fenómeno de psicosis, cuando alguien sostiene que hay una psicosis, tiene que hacer aparecer entonces su

axioma. En todo caso está claro que Lacan, en 1946, no considera que haya necesariamente una psicosis cuando hay un fenómeno de psicosis. Considera que la psicosis exige algo más. Apela incluso a la edad de la razón y al consentimiento de la libertad, es decir, a una libertad que exige que ya se tenga la razón. Hay que ver el contexto en su conjunto. Lo más interesante entonces es dominar el campo de los posibles teóricos, es decir, hacer un reconocimiento de la propia cartografía conceptual que permita definir cierto número de posiciones, según determinadas elecciones. Están también los creadores de cartografías, los que revolucionan la manera de plantear los problemas. No hay duda de que Lacan es uno de ellos.

ELECCIÓN DE OBJETO

Intentemos volver a situar el problema de la elección de objeto de ese capítulo VIII en el problemático conjunto del caso.

Serge Cottet reunió al principio los rasgos más sobresalientes del problema de la elección de objeto para este sujeto, en principio su claridad. Hay una elección de la que lo menos que se puede decir es que es unívoca. No hay duda, ni siquiera conflicto, y esa claridad adquiere la forma propia de la compulsión completamente decidida, es lo que hace hablar de desencadenamiento automático.

Esa univocidad de la elección de objeto contrasta con la explosión de la libido del sujeto. Anteriormente Freud se ocupó de mostrarnos lo extremadamente complejas que son sus posiciones: masoquista, caníbal, homosexual. Freud acentúa por tanto la heterogeneidad de las diferentes posiciones del sujeto. Acentúa también los desfases, los niveles que muestran que el Hombre de los lobos rechaza lo nuevo, conserva lo antiguo y, sin embargo, acepta lo nuevo en cierta medida. Tenemos entonces unas arquitecturas complejas que plantean problemas teóricos; a lo que Freud responde con ese maravilloso concepto de represión que permite decir que algo es suprimido y aceptado a la vez.

Después, en el capítulo VIII, se vuelve al tema de la elección de objeto. Tenemos ahí la claridad, la simplicidad, la elegancia de líneas, un estilo completamente diferente del estilo egipcio del inconsciente del sujeto en el que todo está puesto en relación, incluso las cosas incompatibles. Al lado de este estilo de batiburrillo, tenemos simplemente una

pequeña escena, una escultura, que es la mujer agachada con una figurilla al lado, la del hombre. Hay por lo tanto un contraste del todo sorprendente.

Un tercer rasgo muy destacable, señalado por Serge Cottet, es la sobredeterminación de esa elección que, aunque profundamente determinada por la escena primitiva, recupera cierto número de acontecimientos y de encuentros de la vida del sujeto. Por lo demás, el capítulo está situado enteramente bajo ese signo, porque se titula «Complementos desde el tiempo primordial. Solución». Está hecho para mostrar cómo, a partir de esa primera base, la elección se enriquece con toda una sucesión.

¿Por qué aparece esto en este momento preciso del texto? Al principio del capítulo, Freud da una explicación bastante curiosa al decir que se va a tratar en adelante de lo que permitió desanudar el caso. Considera que de lo que se trata verdaderamente con la elección de objeto es del misterio último del caso.

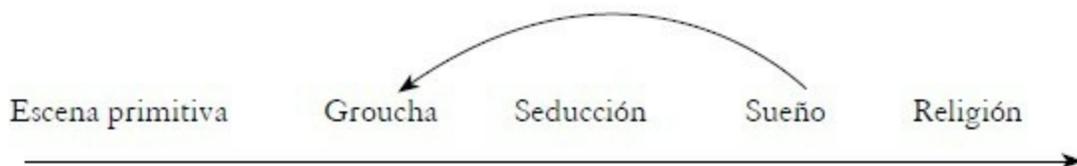
Enseguida vemos que la dificultad propia de ese capítulo es igual a aquella otra que habíamos mencionado con anterioridad cuando examinábamos el erotismo anal y la identificación con la mujer, el *como una mujer* fundamental del sujeto, que Freud justifica y que intenta situar. Si introduce en este momento la pregunta por la elección de objeto es porque —¡oh sorpresa!— ese sujeto, en su existencia, no actúa en absoluto como una mujer sino como un hombre. Podríamos llamar a esto el conflicto de las identificaciones.

Hubo una identificación con la mujer, basada en la identificación con la madre de la escena primitiva. Es esto lo que el paciente creyó en un principio, ahí se fijó su creencia profunda. Y después, a continuación, tenemos la elección de objeto del *como el padre*. Sobre el fundamento de la escena primitiva, Freud mostró en principio de qué modo el sujeto se orientó por relación a la madre, al punto de que su modo de goce es pasivo y homosexual. Después muestra que, por el contrario, hay otro registro muy diferente en el que el modo de goce del sujeto parece estrictamente opuesto, es decir, viril, decidido en extremo, compulsivo, etc. Ésa es la contradicción presente. Al final de la primera parte de su informe de Roma, Lacan pone el acento además en la oposición entre esos dos registros, el de la homosexualidad y el de la compulsión.

No hay compulsión homosexual en el Hombre de los lobos y, por lo tanto, el problema que se plantea es el de saber lo que quiere decir para él *ser un hombre*. ¿Qué quiere decir en el plano de la *Verwerfung* de la *Aufklärung* de la castración? Hemos visto que se trataba de un plano introducido por Freud para justificar la identificación con la mujer.

Entonces ¿qué quiere decir, en ese plano, ser un hombre? ¿Qué respuesta tiene el sujeto? ¿Se establece esa respuesta en principio en el plano de la forclusión de la castración? Cuando Lacan habla del aislamiento simbólico del *yo no estoy castrado* al que se fija la compulsión amorosa del Hombre de los lobos, dice que la pregunta *¿qué es ser un hombre?* debe juzgarse siempre en un plano simbólico, en el plano de la decisión sexual. ¿Se trata de un *yo no estoy castrado* en el plano de la forclusión de la castración? Podría ser un *no estoy castrado* que estuviera en el plano del reconocimiento de la castración. Pero lo que Lacan implica es que ese *no estoy castrado* está en el plano de la forclusión de la castración. No arreglo el problema, pero lo que para Freud ya estaba en tela de juicio en la página 45, era la creación de su virilidad por el Hombre de los lobos.

Ahora el problema es saber cómo se articulan la identificación con la madre y la identificación con el padre, la identificación con la mujer y la identificación con el hombre. Teníamos la serie cronológica siguiente: seducción, sueño, religión —remitiendo el sueño a la escena primordial—. El complemento que aporta el capítulo VIII es el de la escena con Groucha y es lo que permite que Freud rehaga una serie transversal o transhistórica como la del erotismo anal: todo esto toma su punto de partida en la escena primordial que es reactivada retroactivamente en la escena con Groucha, la escena de la seducción implica a la hermana en esto, el sueño reactiva la escena primordial y entonces la neurosis obsesiva, contemporánea de la religión, confirma el elemento de degradación que está presente. Podemos hablar de sobredeterminación porque, a partir de un único momento de fijación, se ve que los diferentes momentos de la historia vienen a agregarse y a encajarse en la misma dirección:



También es sorprendente ver en qué términos habla Freud de la elección de objeto. La contrapartida del término elección es el término condición. La expresión de condición de amor o de condición de la elección de objeto se repite varias veces en este capítulo. Para determinar cuál es el *partenaire* sexual de un sujeto dado, hay cierto número de condiciones que son el producto de una historia primordial. Hay que verlo sobre el fondo

de la ausencia de relación sexual. ¿Qué quiere decir que la relación sexual existe en una especie? Quiere decir que hay condiciones innatas de elección que permiten reconocer a la pareja sexual. Ahora bien, el propio hecho de hablar de condición de amor y de elección de objeto es la marca, según Freud, de que hay una elaboración particular del sujeto que determinará cuál es su *partenaire*.

El vocabulario de Freud es extremadamente determinista, extremadamente causalista. «Establece una importante conexión entre la escena primordial y la posterior compulsión amorosa que tan decisiva pasó a ser para su destino, y además introduce una condición de amor que esclarece esa compulsión».⁴ El término de condición de amor está presente constantemente en el texto. Se vuelve a encontrar en la página siguiente: «Hasta su elección de objeto definitiva [...] se muestra dependiente [...] de la misma condición de amor, como emisaria de la compulsión que desde la escena primordial, pasando por la escena con Groucha, gobernaba su elección amorosa». Tenemos aquí una indicación precisa sobre la manera en que Freud concibe la relación con el objeto de amor: en términos de la condición de un conjunto de rasgos.

Finalmente, ¿cómo las articula Freud? Aunque ese capítulo pone en primer plano la identificación viril del Hombre de los lobos, Freud prosigue precisando sin embargo — precisamente ahí hace aparición lo anal— que su posición fundamental es la de la identificación con la mujer. Lo fundamental de lo que el sujeto retuvo de la escena primitiva es la identificación con la mujer. Freud no menciona la elección de objeto y la identificación viril del Hombre de los lobos sino para recordar que era preciso «que sea un hombre quien le administre el enema. Esto sólo puede significar que se ha identificado con la madre».⁵ ¡Y ahí estamos! ¡Ahí volvemos! Después del paréntesis que hace sobre la elección de objeto, Freud vuelve a la identificación con la madre: «el hombre hace el papel del padre, el enema repite el acto de la cópula [...] he ahí los deseos que cierran el círculo de la fijación al padre; con ello la sexualidad* ha hallado su expresión suprema y más íntima».

Esta posición de Freud se confirma completamente con el resumen del caso que da un poco más adelante. Pone en la balanza la posición viril —que parece implicar una elección heterosexual en extremo decidida del sujeto— y la posición femenina: «la actitud homosexual [...] se hubiera afirmado en él con tal tenacidad como un poder inconsciente».⁶ Dicho de otro modo, cuando Freud resume el caso en una única fórmula, tenemos una oscilación entre actividad y pasividad, pero él no tiene dudas sobre lo que le

parece que es el modo fundamental de goce del sujeto, su identificación con la mujer. Es por lo que la parte de elección de objeto heterosexual parece casi como un enclave, una defensa con respecto al modo de goce fundamental del Hombre de los lobos.

17 de marzo de 1988

XIII

EL HOMBRE DE LOS LOBOS EN *INHIBICIÓN*, *SÍNTOMA Y ANGUSTIA*

Llegamos al final de este trimestre e, igualmente, casi al final del caso del Hombre de los lobos. Quizás no tengamos tiempo de dar el diagnóstico final, pero puede que hayamos superado el problema tal como se había planteado en nuestra problemática de partida.

HUMILLACIÓN

Querría dar simplemente una cita de Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* después de haberlo leído de nuevo para hoy. Es una frase que tomaré a la vez como conclusión provisional de nuestro estudio del caso del Hombre de los lobos y como exergo del conjunto de este seminario que se continúa. Así podríamos buscar, cada año, una frase de Freud o de Lacan que fuera emblemática. Ésta me parece bien y se la doy a ustedes. Está sacada del capítulo VII de *Inhibición, síntoma y angustia*: «Es casi humillante que luego de un trabajo tan prolongado sigamos tropezando con dificultades para concebir hasta las constelaciones más fundamentales».¹ En ese afecto de casi humillación se concentra, de hecho, la dignidad del trabajo que podemos hacer, que es precisamente el de ponernos de nuevo ante los datos más fundamentales de la experiencia y la teoría analíticas y, al mismo tiempo, hace que nos percatemos de que no llegamos a concebirlos del todo. Evidentemente, podemos decir que utilizamos matemas precisamente porque no llegamos a concebirlos del todo. Efectivamente, no hay necesidad de concebir los matemas, sólo hay que hacerlos rotar. Pero, como saben, los matemas que utilizamos son al mismo tiempo «cuasi matemas» y por lo tanto siguen reclamando un esfuerzo de concepción.

Esa frase de Freud es especialmente apropiada al problema de la castración. La

castración es efectivamente un dato fundamental de la experiencia y de la teoría de Freud y, al mismo tiempo, es por excelencia lo que resulta difícil de concebir. Este exergo valdrá igualmente, estoy convencido, para la continuación.

CONTRADICCIÓN

Tengo la impresión de que Freud va un poco rápido cuando se trata de la represión y la regresión. A propósito de la historia de la enfermedad del Hombre de los lobos, escribe: «a partir del sueño decisivo se comporta como un niño “díscolo”, martirizador, sádico, y poco después desarrolla una genuina neurosis obsesiva». ² No es el recuerdo que yo tengo del caso. Esto me parece, si no un error, al menos un resumen bastante curioso. Recuerdan ustedes la diferencia introducida entre K_1 y K_2 , entre la castración ligada al episodio de la seducción y la castración ligada al sueño. Recuerdan ustedes también el esquema de la regresión que les propuse. Contrariamente a lo que dice Freud, el Hombre de los lobos no se vuelve malvado y sádico a partir del sueño, sino a partir de la seducción. No me atrevo a decir que sea un error de Freud, pero si nos referimos a la página 25 del caso, leemos: «Refirió que tras el rechazo y la amenaza de la ñaña abandonó muy pronto el onanismo. Así la incipiente vida sexual regida por la zona genital sucumbió a una inhibición externa y por el influjo de ésta fue arrojada hacia atrás, hasta una fase anterior de organización pregenital. A consecuencia de la sofocación del onanismo, la vida sexual del niño cobró caracteres sádico-anales». Es la regresión sádico-anal la que hace que el sujeto se vuelva «irritable, atormentador, se satisfacía de esa manera en animales y seres humanos». Por lo tanto, no es exacto decir, como hace Freud en la página 101 de *Inhibición, síntoma y angustia*, que el Hombre de los lobos se comporta de una manera malvada y sádica a partir del sueño. No ocurre a partir del sueño sino a partir del anterior episodio de la seducción. Lo que queda confirmado en el resumen que Freud da en la página 99 del caso del Hombre de los lobos: «El influjo de la seducción se prolonga [...]. Ahora muda en buena parte al sadismo en su correspondiente pasivo, el masoquismo». El problema del comportamiento sádicoanal está referido constantemente a la seducción y a la amenaza de castración ligada a ella. Es diferente con el sueño. ¿Qué es lo que está ligado al sueño propiamente dicho? La aparición de la fobia, con el temor a la devoración, devuelta por Freud al estadio oral. Ésta le parece una

regresión más profunda. A medida que progresamos en la historia del sujeto, regresamos a un estadio de organización libidinal anterior.

No extraigo por el momento consecuencias mayores de mi observación pero en fin, esa frase de la página 101 es un resumen muy desahogado del caso. Si el texto está redactado en 1914, *Inhibición, síntoma y angustia* lo está en 1924 y quizás Freud no tuviera, diez años después, todas las referencias del caso bien claras en la cabeza. Sin embargo hay que suponer que quizás no fuera una casualidad. Hay ciertamente una organización que explicaría esa frase tan singular y extraña en el texto.

¿Cuál es la relación que se puede establecer globalmente, digámoslo así, entre el texto sobre el Hombre de los lobos e *Inhibición, síntoma y angustia*? Me encantó que Agnès Aflalo propusiera una relación entre ambos. Me parece efectivamente que *Inhibición, síntoma y angustia* es, en su tesis fundamental, una consecuencia del texto sobre el Hombre de los lobos. No puedo abusar de esa dirección porque habría que examinarlo en detalle. En este punto, no sería excesivo hacer la recomendación de que se remitan ustedes al volumen de la Standard Edition. Strachey hizo un excelente resumen de las diferentes posiciones de Freud sobre la angustia y destaca de manera muy insistente, como el propio Freud, que *Inhibición, síntoma y angustia* señala un cambio en la teoría de la angustia. ¿Qué es lo que *Inhibición, síntoma y angustia* pone en primer plano? La castración. El texto comienza a poner la castración en el primer plano de la metapsicología. El texto sobre el Hombre de los lobos aporta en este punto un elemento ciertamente importante. En efecto, recuerden todos los esquemas que hicimos en la pizarra y que situaban, de manera muy clara, a la angustia de castración antes de la represión. Ése es el punto decisivo de la construcción metapsicológica del caso. ¿Qué es lo que aparece en primer plano y hemos escrito de diferentes maneras en la pizarra? Pusimos la castración con la suposición de que esa castración pudiera ser creíble para el sujeto, es decir, que él tuviera la convicción de la existencia de la *Wirklichkeit* de la castración. Después planteamos que entraba en conflicto con el narcisismo de las partes genitales, es decir, con el narcisismo fálico. Y al final planteamos, en consecuencia, que había angustia de castración, seguida de represión, de la que el subproducto era la fobia. Desgraciadamente no he tenido tiempo de retomar el artículo de 1915 sobre la represión en el que la angustia no está aislada en modo alguno —si mi recuerdo es bueno— como causa de la represión.

Habría que encontrar exactamente por dónde pasa el corte. Seguro que se produce en esos años. En todo caso, con el texto sobre el Hombre de los lobos estamos ya en la misma vertiente que *Inhibición, síntoma y angustia*. Ese volumen está hecho verdaderamente para explicar la teoría que se elaboró en el núcleo del caso del Hombre de los lobos, es decir, la angustia de castración como motor de la represión. No hay ambigüedad sobre este punto en el texto del Hombre de los lobos. Tomemos por ejemplo la página 36: Freud habla de «mudanza de afecto» y es exactamente ese mismo término —que constituye el problema mismo de la represión— el que emplea en *Inhibición, síntoma y angustia*. Tienen ustedes una segunda referencia a este propósito en la página 100: «El motor de esta represión parece ser la masculinidad narcisista del genital, que entra en un conflicto, [...], con la pasividad de la meta sexual homosexual. La represión es entonces un éxito de la masculinidad». Más precisamente todavía, en la página 103, tienen ustedes: «Puede decirse que la angustia que interviene en la formación de estas fobias es angustia ante la castración». Podemos retomar también la famosa página 73 en la que, a propósito de la *Aufklärung* de la castración, dice Freud: «la nueva intelección [no quedó] sin efecto; todo lo contrario, desplegó un efecto extraordinariamente intenso, convirtiéndose en el motivo para mantener en la represión el proceso onírico íntegro y excluirlo de un posterior procesamiento consciente». En varias ocasiones se afirma la misma tesis. En el núcleo del texto sobre el Hombre de los lobos está el problema de la castración y de la angustia de castración.

Inhibición, síntoma y angustia está del todo en la línea de este texto y ciertamente en ruptura, como señala el propio Freud, con las tesis anteriores sobre la angustia que hacían de ésta una consecuencia de la represión. La conexión entre ambos textos es estrecha en extremo y va más allá de las observaciones que Freud llega a hacer explícitamente sobre su texto de 1914. *Inhibición, síntoma y angustia* es verdaderamente la teoría metapsicológica destinada a explicar lo que se recabó del caso del Hombre de los lobos, en tanto que no cuadra enteramente con los anteriores análisis de Freud, y sobre el punto decisivo de la angustia de castración. ¿Qué es la angustia de castración? Es el operador que pone en comunicación la teoría edípica y la teoría metapsicológica de Freud. Es la clave de toda la teoría lacaniana del goce. Es

precisamente la homología entre la teoría edípica y la teoría metapsicológica. Su eje es la angustia de castración.

En *Inhibición, síntoma y angustia* notamos para empezar que no es la inhibición lo que está en primer plano. Es el punto de partida. Fue preciso verdaderamente que Lacan estructurara en serie los tres términos. La inhibición está en el punto de partida con la finalidad, sobre todo, de que se la diferencie del síntoma. La inhibición es una limitación de las funciones del yo, mientras que el síntoma no tiene lugar en el yo. Para comprender lo que es un síntoma, hay que salir del yo e ir hacia algo distinto. Ése es en verdad el primer capítulo. Ese primer capítulo se termina con el síntoma como algo que no sucede en el yo. Agregó que es preciso comprender de entrada que Freud tiene la mira puesta en la libido y la pulsión. La inhibición está en el plano del yo y, para captar lo que es un síntoma, hay que salir del yo y llegar a la libido y a la pulsión.

Lo esencial de lo que Freud establece a continuación es la formación de síntomas. Examina entonces el proceso de la represión y el papel que desempeña la angustia *en torno a* la represión. Intenta saber precisamente dónde se localiza ese *en torno a*. Es lo que Freud intentará aclarar con el síntoma fóbico especialmente. Vemos de entrada —es el capítulo II— cómo se formula el problema del síntoma. Se formula esencialmente a través de la relación entre el yo y el ello —menciona al superyó más brevemente—. Del ello proviene una moción pulsional y del yo proviene una represión que quiere decir que el yo no apoya esa moción pulsional. El yo se niega a cooperar.

Se plantea entonces el problema de saber —podríamos reconstruir esto paso a paso— en qué se convierte la pulsión después de la represión, y esto teniendo en cuenta que a lo que tiende la pulsión es a una satisfacción o, como lo decimos nosotros, a un goce. El resultado, eso de lo que Freud habla en términos de mudanza de los afectos, no se sitúa en absoluto en el plano de la apariencia fenoménica solamente, del *Lust* transformado en *Unlust*. A este respecto, lo que connota la entrada en juego del yo represor y lo que será el síntoma como sufrimiento, antes incluso de hablar de señal de angustia, es el *Unlust*. Es el *Unlust* como señal. Es en referencia al principio del placer como opera el yo.

Freud se plantea entonces el problema preciso de saber de dónde le viene al yo la energía para producir el *Unlust*. La respuesta se basa en la tesis de su escrito sobre la represión que distingue al representante pulsional, es decir, el significante, del *quantum* de afecto, es decir, el objeto *a*. Es así verdaderamente como se descifra esto. Aquí Freud afina mucho la teoría que, por nuestra parte, encontramos al final del texto sobre el

Hombre de los lobos, donde se dice que la represión se refiere a la pulsión. Freud es mucho más preciso ahora: se ve que la represión se refiere a los significantes de la pulsión. «El yo quita la investidura de la agencia representante de la pulsión que es preciso reprimir», nos dice. Es lo que se traduce para nosotros, llegado el caso, por los desplazamientos de 2f. Cuando Lacan hace pasar el 2f de un término a otro, traduce lo que, en Freud, son los desplazamientos del investimento. «El yo quita la investidura de la agencia representante de la pulsión que es preciso reprimir, y la emplea para el desprendimiento de *displacer*». Ese *displacer* es la propia angustia. La angustia es el punto de *Unlust*. Desde luego las preguntas que Freud se plantea son utilizables de manera pragmática pero, en esencia, son sobre todo preguntas metapsicológicas. Atañen al funcionamiento del principio de placer y del principio de realidad, incluso aunque no se aluda a este último. Son preguntas que hay que captar sobre el fondo de la metáfora del principio de placer y el principio de realidad, es decir, la sustitución del primero por el segundo.

La cosa se complica con el comentario que Freud se ve llevado a hacer en el siguiente paso. El yo está diferenciado del ello, pero de hecho es idéntico a él. Lo que expone en el capítulo III repercute retroactivamente sobre la teoría del *Unlust* como señal. La angustia es señal de *displacer*: por eso Lacan podrá decir —a partir del momento en que hace del *Lust/Unlust* el objeto *a*— que la angustia no carece de objeto. Se trata por lo tanto de un concepto del objeto mucho más refinado.

La teoría del síntoma como goce encuentra su fundamento sin ninguna duda en *Inhibición, síntoma y angustia*: «El síntoma sigue escenificando su papel de correcto sustituto y retoño de la moción reprimida cuya exigencia de satisfacción renueva una y otra vez». ¿Cuál es entonces el destino de la pulsión cuando ha sido reprimida? Es en términos significantes como pensamos el retorno de lo reprimido, pero no es menos cierto que la exigencia de satisfacción interna a la pulsión se continúa en el síntoma. Ése es el aspecto descuidado por Lacan en su elaboración más temprana, que la represión y el retorno de lo reprimido deben leerse de una doble manera: por una parte en la vertiente signifiante —es un mensaje que se articula— y, por otra parte, en la vertiente del goce. La represión es correlativa de un proceso que concierne a la pulsión, es decir, a la exigencia de satisfacción, es decir al goce. Ese goce habita en el síntoma bajo la forma del *Unlust*.

En ese contexto emprende Freud el examen de la formación de los síntomas fóbicos comenzando por los de Juanito. Tenemos la angustia que permite que el yo proceda a la represión —ahí es donde hay que distinguir la angustia como causa—, y la angustia como síntoma. Es ahora cuando todo esto se encadena, porque la angustia del caballo en la fobia es un síntoma. No hay que reducir inmediatamente la teoría metapsicológica de la angustia a su valor fenoménico, de otro modo se anula toda la construcción de Lacan sobre la angustia y el goce. El goce no es algo que vayamos a observar. En la misma medida en que hay una conexión entre angustia y goce, hay que dejar de hacer un paradigma de la angustia. En los términos de Freud en todo caso, las angustias tienen estatuto de síntomas. La angustia del caballo es una angustia que se sitúa en el plano del síntoma. De lo que estamos hablando es de la angustia como señal del *Unlust* que, hay que decirlo, es con mucho un proceso inconsciente. El *Unlust* se articula con la exigencia de satisfacción del sujeto. Es en esa misma medida en la que se puede decir que la angustia no carece de objeto.

El esquema que Freud hace es muy simple. Ilustra con él la metáfora del síntoma —es decir, el caballo en el lugar del padre—. Si algo justifica decir que el síntoma es una metáfora es desde luego esa construcción de Freud. El resplandor de «La instancia de la letra...» radica en decir que el síntoma es una metáfora, traduce exactamente las consideraciones del capítulo IV de *Inhibición, síntoma y angustia*. Freud dice que esa sustitución basta para constituir una neurosis: «Lo que la convierte en neurosis es, única y exclusivamente, otro rasgo: la sustitución del padre por el caballo». Freud definió la neurosis mediante la metáfora del síntoma. Está claro que en los textos de Freud —y es lo que permite establecer la ligazón entre la teoría del Edipo y la teoría metapsicológica— entra en acción ese mecanismo de sustitución o de metáfora que, pese a todo, es la vía central, la carretera principal que Lacan nos hizo descubrir y el armazón mismo de su teoría del goce.

Caballo

Padre

Junto a esa sustitución del padre por el caballo, hay otra más. Es una sustitución muy

singular. Por una parte, está la hostilidad hacia el padre que se transforma en angustia del caballo: Freud nos dice que comprenderíamos mejor que se transformara en hostilidad hacia el caballo antes que en angustia. Hay todo un desarrollo sobre este punto porque no es lo que se hubiera debido esperar. Freud dice que el único rasgo de neurosis es la sustitución del padre por el caballo, pero se corrige en la página siguiente. Si hubiera habido simplemente paso de la hostilidad respecto al padre a la hostilidad respecto al caballo, no habría habido neurosis propiamente dicha: «Si de hecho él hubiera desarrollado como síntoma principal una hostilidad así, dirigida sólo al caballo en lugar del padre, no habríamos formulado el juicio de que padecía de una neurosis». El punto crucial entonces, sobre la base de la metáfora significativa o del cambio de objeto, es que hay angustia en lugar de hostilidad. Freud explica por lo tanto el síntoma de la angustia diciendo que no había sólo hostilidad hacia el padre, sino igualmente ternura respecto a él, ternura femenina respecto al padre. Así es como Freud define la represión propiamente dicha. Al principio hay una oposición. Lo dice con todas las letras: «Por tanto, donde pesquisábamos sólo una represión de pulsión, tenemos que admitir el encuentro de dos procesos de esa índole». Tenemos aquí, retomada en el plano de la pulsión, la propia temática de la sobredeterminación:

Angustia

Hostilidad

Ternura

Es exactamente ahí donde surge la diferencia apreciada por Agnès Aflalo y que está efectivamente en el texto: en el caso de Juanito, «mediante la formación de su fobia se cancela también la investidura de objeto-madre tierna, de lo cual nada deja traslucir el contenido de la fobia». Hay por lo tanto un proceso de represión que se refiere a casi todos los componentes del complejo de Edipo. Ese proceso concierne al padre y a lo que lo sustituye. Por el contrario, ya no oímos hablar más de la madre. Ahí encontramos la sorprendente diferencia con el Hombre de los lobos. La fobia del Hombre de los lobos, que se puede comparar con la de Juanito hasta cierto punto, se distingue de ella precisamente en que concierne a la madre. Es el punto que retoma Freud en el capítulo VII. En el caso de Juanito la ternura por la madre desaparece después de la fobia, pero en el caso del Hombre de los lobos «vemos que tras la formación de la fobia la ligazón-

madre tierna ha desaparecido, ha sido radicalmente tramitada por la represión, mientras que la formación sintomática (formación sustitutiva) se ha consumado en torno de la moción agresiva. En el caso del Hombre de los lobos las cosas son más simples; la moción reprimida es en efecto una moción erótica, la actitud femenina frente al padre, y en torno de ella se consuma la formación de síntoma».³

¿Cuál es la teoría desarrollada de la señal de angustia en el capítulo VII? En primer lugar se produce un proceso de investimento libidinal en el ello. En segundo lugar, el yo reconoce el peligro de la castración. En tercer lugar, da la señal de angustia. En cuarto lugar, inhibe la pulsión gracias al principio de placer/displacer. Después de esto, Freud nos muestra cuáles son las ventajas de la angustia fóbica, es decir, que le indica al sujeto que no debe aproximarse a un objeto. No es en absoluto lo mismo que la angustia de castración en la vertiente metapsicológica. ¿Cuál es, para el sujeto, el beneficio que hay en el paso de la angustia de castración a la angustia como señal? Freud lo dice con claridad. Que la angustia fóbica es facultativa, es decir, que tiene la ventaja, con respecto a la angustia metapsicológica, de producirse sólo cuando está el objeto. Las conductas de evitamiento del objeto evitan por lo tanto el surgimiento de la angustia. La angustia sólo aparece cuando es percibido el objeto. Está claro que esto se distingue de un objeto que no se puede percibir continuamente. La situación de angustia fóbica es el análogo degradado y pacificado de la situación en que el objeto de que se trata está siempre en el mismo lugar. Se puede ver en la fobia que la angustia no carece de objeto, como dice Lacan. La angustia fóbica no carece de objeto. Es por lo que lo evita. Pero no hace más que remitir al objeto como objeto *a*, que no está en absoluto en el nivel fenoménico. Sus coordenadas fundamentales no están en el plano fenoménico. Es un objeto que no se puede evitar y que condiciona todos los procesos inconscientes. La señal de angustia en la realidad, la que el sujeto manifiesta, es ya de alguna manera la metáfora de la señal de angustia fundamental, de la señal del *Unlust* que, pese a todo, es el objeto de una reconstrucción y no de una percepción.

Evidentemente, estoy lejos de haber ordenado todas las preguntas del texto. He tenido que prescindir de muchas cosas. Hay que ver que todo esto se opone a la anterior teoría de Freud en la que la represión operaba una escisión entre el elemento significativo y el elemento goce, entre el representante de la pulsión y el *quantum* de afecto que es susceptible de transformarse en angustia. Pero el caso del Hombre de los lobos nos enseña que el sujeto está ya condicionado por la angustia de castración y por una

referencia al problema de la castración. Hay que ver por qué nos interesa esto. ¿Cómo va a tratar Lacan ese plano en el que la angustia de castración es el motor de la represión? Va a tratarlo en su lugar exacto, es decir, a partir del problema de la castración. ¿Y qué va a poner como functor para describirlo? Pues va a poner -f, es decir, que va a tratar la propia angustia de castración en términos de significantes. Podrá dar una traducción significativa de ella porque se percató de que el problema de la castración en Freud sólo puede plantearse en términos significantes. A continuación podrá explicar la transformación del afecto en angustia en relación con el lugar de -f. Por ejemplo, en la fobia, ese -f es susceptible de afectar a los objetos de la prohibición: no podemos aproximarnos a esos objetos.

Aunque no hayamos hecho más que abordar el problema, vamos a detenernos aquí en el caso del Hombre de los lobos y la psicosis. Habrá que retomar *Inhibición, síntoma y angustia*.

24 de marzo de 1988

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Gustavo Dessal (comp.)
LAS CIENCIAS INHUMANAS

Shula Eldar (comp.)
MUJERES, UNA POR UNA

AA. VV.
LA REGLA DEL JUEGO

José María Álvarez Martínez
LA INVENCIÓN DE LAS ENFERMEDADES MENTALES

Clara Bardon y Montserrat Puig
SUICIDIO, MEDICAMENTOS Y ORDEN PÚBLICO

Miquel Bassols Puig
LLULL CON LACAN

Jacques-Alain Miller
INTRODUCCIÓN A LA CLÍNICA LACANIANA

AA. VV.
EL LIBRO BLANCO DEL PSICOANÁLISIS

AA. VV.
LA SOCIEDAD DE LA VIGILANCIA Y SUS CRIMINALES

I. SITUACIÓN DEL PROBLEMA

1. En su seminario de DEA de 1987-1988 sobre la clínica diferencial de las psicosis, J.-A. Miller dedicó muchas sesiones al Hombre de los lobos. El material que presentamos aquí recoge las sesiones que van de la I a la XIII. Incluye lo esencial de sus intervenciones en las sesiones del 10 de diciembre de 1987 al 24 de marzo de 1988, aunque muchos pasajes tuvieron que suprimirse, especialmente los relativos a la discusión en la sala. Transcripción: Jacques Peraldi. Texto establecido por Nathalie Georges y Philippe Hellebois con la contribución de Christine Carteron, Pascale Fari y Caroline Pauthe-Leduc. No revisado por el autor. [Publicado originalmente en los números 72 y 73 de *La Cause freudienne*, el presente texto ha sido traducido por Margarita Álvarez y Carmen Ribés. Revisado por Adolfo Jiménez.]

2. Freud, S., «Extrait de l'histoire d'une névrose infantile». En: Gardiner, M. (dir.). *L'homme aux loups par ses psychanalystes et par soimême*, París, Gallimard, NRF, 1981, p. 264. [Todas citas de Freud corresponden a la edición de Amorrortu (Freud, S., «De la historia de una neurosis infantil», *Obras Completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1981). En este caso, p. 108.]

3. Cf. Lacan, J., «Réponse au commentaire de Jean Hyppolyte sur la *Verneinung* de Freud. En *Écrits*, París, Seuil, 1966, p. 381 y ss. [«Respuesta al comentario de Jean Hyppolyte sobre la *Verneinung* freudiana», *Escritos I*, México, Siglo XXI Editores, 1984, pp. 370 y ss.]

4. Freud, S., «Extrait de l'histoire d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 237. [«De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, p. 78.]

5. Lacan, J., «Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse». En *Écrits*, *op. cit.*, p. 264. [«Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis». En *Escritos I*, *op. cit.*, p. 254.]

6. Cf. Aflalo, A., «Réévaluation du cas de l'homme aux loups». En *La Cause freudienne* n° 43, París, Navarin/Seuil, octubre de 1999, pp. 95-117.

7. Lacan, J., «Fonction et champ...», *op. cit.*, p. 311. [«Función y campo...», *op. cit.*, p. 299.]

II. EROTISMO ANAL, CASTRACIÓN, PARANOIA

1. Freud, S., «Extrait de l'histoire d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 231. [«De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, p. 72.]
2. Referido por Karin Obholzer en su libro, *Entretiens avec l'homme aux loups*, París, Gallimard, coll. «Connaissance de l'inconscient», 1981, p. 63.
3. *Ibidem*, pp. 87-90.
4. Freud, S., «Extrait d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 264. [«De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, p. 107.]

* Se trata del título de la conocida canción de Jane Birkin y Serge Gainsbourg que resultó tan provocadora en su época por recrear una posible relación sexual: «Te amo, yo tampoco». (*N. de los t.*)

III. EL MUNDO OCULTO POR UN VELO

1. Freud, S., «Extrait d'une névrose infantile», *op. cit.*, pp. 248-249. [Trad. cit., p. 91.]
2. *Ibid.*, p. 249. [*Ibid.*, p. 91.]
3. Cf. Lacan, J., *Séminaire sur L'Homme aux Loups* (1952). Notes d'un auditeur rédigées par J.-A. Miller. [Inédito.]
4. Cf. Lacan, J., «Fonction et champ...», *op. cit.*, p. 264. [«Función y campo...», *op. cit.*, p. 254.]

IV. DISCUSIÓN CLÍNICA

1. IRMA: *Instance de réflexion sur le mathème analytique* [Instancia de Reflexión sobre el Matema Analítico].
2. Freud, S., «Extrait d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 238. [«De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, p. 80.]
3. *Ibid.*, p. 239. [*Ibid.*, p 81.]

V. EL FALO Y EL PADRE

1. Cf. Lacan, J., «D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose», *Écrits, op. cit.*, p. 571. [«De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis», *Escritos 2, op. cit.*, pp. 552-553.]
2. Freud, S., «Extrait d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 174. [En la versión española: «en ellos sale a la luz de manera inequívoca lo esencial de la neurosis», *cf. op. cit.*, p. 11.]
3. *Ibid.*, p. 205. [*Ibid.*, p. 45.]
4. *Ibid.*, p. 264.

VI. LA MULTIPLICIDAD DE LOS PADRES

1. *Ibid.*, p. 178. [*Ibid.*, p. 15.]
2. *Ibid.*, p. 178. [*Ibid.*, pp. 17-18.]
3. *Ibid.*, p. 181. [*Ibid.*, p. 19.]
4. *Ibid.*, p. 182. [*Ibid.*, p. 20.]
5. Cf. especialmente *Ibid.*, p. 257. [*Ibid.*, p. 100.]
6. Cf. especialmente *Ibid.*, pp. 257-259. [*Ibid.*, pp. 100-102.]
7. *Ibid.*, p. 193. [*Ibid.*, p. 32.]

* En francés *mise en forme* (literalmente, «puesta en forma»), cuya traducción como «puesta en forma», «formación» e incluso «formalización» —cuyo sinónimo francés utiliza Miller en otros párrafos (*formalisation*)—, nos parece menos adecuada que la que hemos adoptado finalmente de «configuración». De esta manera, los capítulos VII y VIII, que llevan el título francés de *Mise en forme* (I) y (II), los hemos traducido por Configuración (I) y (II). (*N. de los t.*)

* En la traducción de Amorrortu figura el término «alfeñique», cuyo primer significado es «pasta de azúcar cocida y estirada en barras muy delgadas y retorcidas» (DRAE), mientras que la francesa utiliza el término —que J.-A. Miller recogerá en su exposición— de *bâtons de sucre* (barras de azúcar). Por la asociación que hace el Hombre de los lobos, el vocablo alemán debe contener también un significado próximo a «bastón». (*N. de los t.*)

VII. CONFIGURACIÓN (I)

1. *Ibid.*, p. 188. [*Ibid.*, p. 27.]
2. *Ibid.*, p. 205. [*Ibid.*, p. 45.]
3. *Ibid.*, p. 217. [*Ibid.*, p. 58.]
4. *Ibid.*, p. 254. [*Ibid.*, p. 97.]

* En el original: *formalisation*. Véase nuestra nota de la pág. 79 a propósito del término *mise en forme* («configuración»). (*N. de los t.*)

VIII. CONFIGURACIÓN (II)

1. *Ibid.*, p. 244-245. [*Ibid.*, p. 87.]
2. *Ibid.*, p. 219. [*Ibid.*, p. 61.]
3. *Ibid.*, p. 226. [*Ibid.*, p. 67.]
4. *Ibid.*, p. 228. [*Ibid.*, p. 69.]
5. *Ibid.*, p. 229. [*Ibid.*, p. 71.]
6. *Ibid.*, p. 230-231. [*Ibid.*, p. 72.]
7. *Ibid.*, p. 231. [*Ibid.*, pp. 72-73.]

* La expresión que usa aquí J.-A. Miller, «*mettre les pendules à l'heure*», viene a significar «poner las cosas claras» o «poner las cosas en su sitio». Elegimos la segunda opción para recuperar después «sitio» como sitio de lo genital. (*N. de los t.*)

* No hemos encontrado en la versión española el equivalente a lo que Miller denomina *mécanisme de répression* (y no de *refoulement*, que es la traducción francesa de la *Verdrängung*). Hemos decidido pues traducirlo por «mecanismo de rechazo» para diferenciar ambos términos. En adelante, traducimos siempre *répression* por «rechazo» y *refoulement*, por «represión». (*N. de los t.*)

IX. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (I)

1. *Ibid.*, p. 222. [*Ibid.*, p. 61.]
2. *Ibid.*, p. 221. [*Ibid.*, p. 62.]
3. *Ibid.*, p. 231. [*Ibid.*, p. 72.]
4. *Ibid.*, p. 231. [*Ibid.*, p. 73.]
5. Cf. Miller J.-A., «Marginalia de Milan», en *Cahiers de l'ACFVVLB* 3, octubre 1994, pp. 4-30. Artículo disponible en el sitio de l'ECF (causefreudienne.net). [«Marginalia de Milán. Construcciones en análisis», en *Uno por uno* 41, Barcelona: invierno de 1995.]
6. Freud S., «Extrait de l'histoire d'une névrose infantile», *op. cit.* pp. 236-237. [«De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, p. 78.]
7. Lacan J., «Fonction et champ...», *op. cit.*, p. 264. [«Función y campo...», *op. cit.*, p. 254.]

X. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (II)

1. Freud S., «Extrait de l'histoire d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 231. [«De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, pp. 72-73.]
2. *Ibid*, p. 205. [*Ibid.*, p. 45.]
3. Cf. Freud S., *Gesammelte Werke*, t. X., Frankfurt Fischer Verlag, 1991, p. 112.

XI. FREUD Y LA FORCLUSIÓN

1. *Cf. Ibid.*, p. 110.
2. *Cf. Ibid.*, p. 117.

XII. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (III)

1. Freud S. «Extrait de l'histoire d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 226. [«De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, p. 67.]
2. Lacan J., *Le Séminaire, livre I: Les écrits techniques de Freud*, París, Seuil, 1975, p. 55. [*El Seminario, libro I: Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona, Paidós, 1981, p. 76.]
3. Lacan J., «Propos sur la causalité psychique», en *Écrits, op. cit.*, p. 187. [«Acerca de la causalidad psíquica», en *Escritos I, op. cit.* p. 177.]
4. Freud S., «Extrait de l'histoire d'une névrose infantile», *op. cit.*, p. 243. [«De la historia de una neurosis infantil», p. 85.]
5. *Ibid.*, p. 249. [*Ibid.*, p. 92.]
6. *Ibid.*, p. 264. [*Ibid.*, p. 107.]

* Aunque en la versión francesa que estamos traduciendo figura el término *Verwerfung*, en el texto del Seminario I —tanto en español como en francés— figura como *Verwerfund*. (Cf. ambos textos en las páginas correspondientes: p. 55 en Seuil, p. 76 en Paidós). (*N. de los t.*)

* En el original «*l'homosexualité*» («la homosexualidad»). Pero en la traducción de Amorrortu, la cita que hemos reproducido, figura en su lugar «la sexualidad». (*Cf. op. cit.*, p. 93.) (*N. de los t.*)

XIII. EL HOMBRE DE LOS LOBOS EN «INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y ANGUSTIA»

1. Freud S., *Inhibition, symptôme, angoisse*, París, PUF, 1951/1978 (nueva traducción), p. 48. [«Inhibición, síntoma y angustia», en: *O. C., op. cit.*, vol. XX, p. 118.]

2. *Ibid.*, p. 24. [*Ibid.*, p. 101.]

3. *Ibid.*, p. 47. [*Ibid.*, p. 118.]

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:

www.rbalibros.com

Índice

PRÓLOGO	4
I. SITUACIÓN DEL PROBLEMA	19
II. EROTISMO ANAL, CASTRACIÓN, PARANOIA	25
III. EL MUNDO OCULTO POR UN VELO	36
IV. DISCUSIÓN CLÍNICA	41
V. EL FALO Y EL PADRE	45
VI. LA MULTIPLICIDAD DE LOS PADRES	59
VII. CONFIGURACIÓN (I)	74
VIII. CONFIGURACIÓN (II)	86
IX. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (I)	100
X. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (II)	116
XI. FREUD Y LA FORCLUSIÓN	130
XII. REPRESIÓN Y FORCLUSIÓN (III)	134
XIII. EL HOMBRE DE LOS LOBOS EN «INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y ANGUSTIA»	145
NOTAS	157